URSULA K. LE GUIN

LOS LIBROS DE TERRAMAR

III

LA COSTA MÁS LEJANA

MINOTAURO

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

El joven Arren, príncipe de Enlad y heredero del trono de Morred, llega a la isla de Roke con malas noticias. No sólo no hay magia en el mundo: una inquieta desazón se ha extendido por los Confines. La gente no encuentra sentido a la vida. Los artesanos y el comercio están arruinándose, las leyes declinan, la esclavitud aumenta. Algo perturba el Equilibrio del mundo.

Decidido a descubrir el mal que está causando el desequilibrio y amenazando a Terramar, Ged el Archimago se hace a la mar acompañado por el joven Arren y llegan eventualmente a la costa más lejana, la isla de Selidor, donde alguien ha abierto la puerta que lleva de la vida a la muerte. Sólo atravesando el reino de los muertos —descubre Arren—, escalando las Montañas del Dolor, encontrará el equilibrio, ayudará a restaurarlo, y será capaz de gobernar las vidas de otros hombres.

- Ursula K. Le Guin
  - 1. El serbal
  - 2. Los Maestros de Roke
  - 3. Hortburgo
  - 4. Luz de magia
  - 5. Sueños de la mar
  - 6. Lorbanería
  - 7. El loco
  - 8. Los Hijos de la Mar Abierta
  - 9. Orm Embar
  - 10. El Paso de los Dragones
  - 11. Selidor
  - 12. La Tierra Yerma
  - 13. La Piedra del Dolor

Ursula K. Le Guin
La costa más lejana

1. El serbal

En el patio de la fuente el sol de marzo brillaba entre las hojas verdes de los fresnos y los olmos, y el agua saltaba y caía a través de la sombra y la luz clara. Alrededor del patio abierto se levantaban cuatro altos muros de piedra. Detrás de ellos había cuartos y aposentos, patios y galerías, pasadizos y torres, y por último, circundándolo todo, la maciza muralla exterior de la Casa Grande de Roke, capaz de resistir los embates de las guerras, de los terremotos, y del propio mar, ya que había sido construida no sólo con piedras, sino también con una magia incontestable. Porque Roke es la Isla de los Sabios, donde se enseña el arte de la magia, y la Casa Grande es el centro y el corazón de la magia; y el corazón de la Casa Grande es ese patio de intramuros, pequeño y recóndito, donde el agua juega en las fuentes, y los árboles se yerguen bajo la lluvia, el sol o la luz de las estrellas.

Las raíces del árbol más cercano a la fuente, un maduro serbal, habían combado y resquebrajado el mármol del pavimento, y unas venas de musgo verde y brillante cubrían las grietas ramificándose alrededor de la pila. Un joven estaba allí sentado, en aquella baja giba de mármol y musgo, siguiendo con los ojos la caída del chorro central del surtidor. Aunque casi un hombre, era todavía un muchacho; esbelto, ricamente vestido. El rostro inmóvil, de delicadas facciones, parecía cincelado en bronce.

Detrás de él, a unos cinco metros, bajo los árboles del extremo opuesto del pequeño macizo central, se entreveía la figura de un hombre; en aquel cabrilleo incesante de sombras y luz cálida, no era fácil saberlo con certeza. Pero había un hombre, sí, vestido de blanco, de pie e inmóvil. Y así como el muchacho contemplaba la fuente, así el hombre contemplaba al muchacho. No había otro sonido ni otro movimiento que el centelleo del follaje y el juego del agua cantarina.

El hombre avanzó hacia el muchacho. Un viento sacudió al serbal y estremeció las hojas recién abiertas. El muchacho se levantó de un salto, ágil y azorado. Enfrentó al hombre y se inclinó ante él.

—Mi Señor Archimago —dijo.

El hombre se detuvo; un hombre bajo, enhiesto y vigoroso, envuelto en un albornoz de lana blanca. Sobre los pliegues de la capucha caída, el rostro era atezado y rojizo, de nariz aguileña, con una mejilla marcada por negras cicatrices. Los ojos eran brillantes y fieros. Sin embargo, habló con dulzura.

—Es un sitio agradable para el reposo, el Patio del Manantial —dijo, y añadió anticipándose a las excusas del muchacho—: Has hecho un largo viaje y no has descansado. Vuelve a sentarte.

Se arrodilló en el borde de la fuente y tendió la mano hacia el collar de gotas centelleantes que caían de la pila superior, dejando que el agua le corriera entre los dedos. El muchacho volvió a sentarse sobre las losas combadas y por un momento ninguno de los dos habló.

—Eres el hijo del Príncipe de Enlad y las Enlades —dijo el Archimago—, el heredero del Principado de Morred. No hay en toda Terramar heredad más antigua, y ninguna tan hermosa. Yo he visto los huertos de Enlad en la primavera, y los tejados de oro de Berila… ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Arren.

—Probablemente una palabra en el dialecto de tu país. ¿Qué significa en nuestra lengua común?

—Espada —respondió el muchacho.

El Archimago asintió con un gesto. Hubo un nuevo silencio, y al cabo el muchacho dijo, sin insolencia pero sin timidez: —Yo pensaba que el Archimago conocería todas las lenguas.

El hombre, los ojos fijos en el manantial, sacudió la cabeza.

—Y todos los nombres…

—¿Todos los nombres? Sólo Segoy, que fue quien pronunció la Primera Palabra al levantar las islas desde los abismos de los mares, conocía todos los nombres. Si bien es cierto —y la mirada brillante y feroz se posó en el rostro de Arren— que si yo necesitase conocer tu nombre verdadero, lo averiguaría. Mas no es en modo alguno necesario. Arren te llamaré; y yo soy Gavilán. Cuéntame ahora cómo fue la travesía.

—Demasiado larga.

—¿Soplaron adversos los vientos?

—Los vientos soplaron propicios, pero adversas son las noticias que traigo, señor Gavilán.

—Cuéntalas, pues —dijo el Archimago con voz grave, pero como quien cede a la impaciencia de un niño; y mientras Arren hablaba, miró otra vez el cristalino collar de gotas de agua que caían de la pila superior a la inferior, no como si no escuchase, sino como si oyera algo más que las palabras del muchacho.

—Sabéis, mi señor, que el príncipe mi padre es hombre de Magia, por descender del linaje de Morred, y por haber pasado un año en Roke, en su juventud. Posee conocimientos y cierto poder, aunque rara vez emplea sus artes, consagrado como está al gobierno y al buen orden del reino, y a la administración de las ciudades, y a los asuntos del comercio. Las flotas que de nuestra isla parten hacia el oeste, llegando incluso al Confín de Poniente, trafican con zafiros, pieles de buey y estaño. A principios de este invierno un capitán llamado Berila regresó a nuestra ciudad, trayendo una historia que llegó a oídos de mi padre, y mi padre mandó llamar al hombre, que le contó la

historia. —El muchacho hablaba con soltura y aplomo. Criado entre cortesanos, no tenía la timidez de los jóvenes—. El capitán dijo que en la isla de Narveduen, quinientas millas al oeste por las rutas de navegación, no había más magia. Que los sortilegios no tenían ya ningún poder, que las palabras mágicas habían sido olvidadas. Mi padre le preguntó si acaso todos los magos y hechiceros habían abandonado la isla, y él respondió que no, que había algunos que antaño practicaban las artes, pero que ya no echaban sortilegios, ni siquiera los que sirven para componer una caldera o encontrar una aguja perdida. Y mi padre le preguntó: ¿Y las gentes de Narveduen, no estaban consternadas? Y el capitán respondió otra vez: No, parecían indiferentes. Y sin embargo, dijo, la enfermedad hacía estragos entre ellos, y la cosecha del otoño había sido magra, y aun así, no parecía importarles. Dijo (yo estaba presente cuando habló con el príncipe), dijo: «Era como si estuvieran enfermos, como un hombre a quien le han dicho que antes de un año ha de morir, y él se dice a sí mismo que eso no es verdad, que vivirá eternamente. Van y vienen —dijo— sin siquiera echar una mirada al mundo». Y cuando otros mercaderes regresaban, contaban la misma historia, que Narveduen se había convertido en una tierra pobre y había perdido las artes de la magia. Pero como eran simples cuentos de los Confines, siempre extravagantes, nadie excepto mi padre les prestó atención. Entonces, para el Año Nuevo, durante la Fiesta de los Corderos que celebramos en Enlad, cuando las mujeres de los pastores llevan a la ciudad las primicias de los rebaños, mi padre designó al hechicero Raíz para que echase un encantamiento de multiplicación a los corderos. Pero Raíz volvió a palacio, acongojado, dejó la vara en el suelo y dijo: «Mi señor, no he podido decir los encantamientos». Mi padre lo interrogó, pero él sólo dijo: «He olvidado las palabras y las formas». Y mi padre fue entonces a la plaza del mercado y él mismo echó los encantamientos, y así culminó la Fiesta. Pero yo lo vi esa noche cuando volvió a palacio, y parecía preocupado y triste, y me dijo: «He recitado las palabras, mas no sé si tenían algún significado». Y en verdad, hay problemas entre los animales esta primavera, las ovejas mueren al parir, y muchos corderos nacen muertos, y algunos son… deformes. —La voz fresca, viva del muchacho bajó de tono. Se estremeció al decir la palabra, y tragó saliva—. Yo he visto algunos —añadió, y calló un momento—. Mi padre —continuó— cree que este estado de cosas, así como la historia de Narveduen, revela que una fuerza maligna está operando en nuestra parte del mundo. Desea el consejo de los Sabios.

—El que te enviara a ti prueba que ese deseo es urgente —dijo el Archimago—. Eres hijo único, y el viaje desde Enlad hasta Roke no es corto por cierto. ¿Tienes algo más que decir?

—Sólo algunos cuentos de las comadres de las colinas.

—¿Qué dicen las comadres?

—Que las suertes que las hechiceras leen en el humo y en los charcos de agua sólo presagian desventuras, y que los filtros de amor no surten efecto. Pero ésas son gentes que no conocen la verdadera magia.

—Las agorerías y los filtros de amor no cuentan demasiado, pero vale la pena escuchar lo que dicen las viejas comadres. Está bien, tu mensaje será tenido en cuenta por los Maestros de Roke. Pero no sé, Arren, qué consejo podrán dar a tu padre. Porque no es Enlad la primera comarca de donde nos llegan noticias tan adversas.

Aquella travesía desde el norte, costeando la gran isla de Havnor y descendiendo por el Mar Interior hasta Roke, era el primer viaje de Arren; por primera vez en esas últimas semanas había visto tierras extrañas, había conocido lo que es la distancia y la diversidad, y había comprobado que más allá de las encantadoras colinas de Enlad había un vasto mundo, y en él cantidades de gente. Pero aun así, tardó un momento en comprender.

—¿De qué otras comarcas? —preguntó por último un tanto atribulado. Porque había esperado regresar pronto a Enlad con un remedio rápido y seguro.

—Del Confín Austral, en primer término. Y recientemente, hasta del sur del Archipiélago, de Wathort. Ya no se hace más magia en Wathort, dicen las gentes. Es difícil saberlo con certeza. Desde hace un tiempo no hay allí más que piratas y rebeldes, y como en el dicho común, escuchar a un mercader meridional es escuchar a un embustero. Sin embargo, la historia es siempre la misma: las fuentes de la magia se han secado.

—Pero aquí, en Roke…

—Aquí, en Roke, no hemos sentido nada de eso. Aquí estamos al abrigo de la tempestad, del cambio y de la mala fortuna. Demasiado al abrigo, quizás. Príncipe, ¿qué harás ahora?

—Regresaré a Enlad en cuanto pueda llevar a mi padre una respuesta clara sobre la naturaleza de este mal, y sobre su remedio.

Una vez más los ojos del Archimago escrutaron el rostro del muchacho y esta vez, a pesar de su seguridad y desenvoltura, Arren desvió la mirada. No sabía por qué, ya que no había ninguna malevolencia en la expresión de aquellos ojos sombríos. Eran imparciales, serenos, compasivos.

Todo el mundo en Enlad reverenciaba a su padre, y él era el hijo de su padre. Nadie lo había mirado jamás de esa manera, no como a Arren, Príncipe de Enlad, hijo del Príncipe Reinante, sino como a Arren a secas. No le gustaba pensar que la mirada del Archimago lo intimidaba pero no podía resistirla. Era como si ensanchara aún más el mundo de alrededor, y ahora no sólo Enlad se hundía en la

insignificancia, sino también él: a los ojos del Archimago era tan sólo una figura pequeña, minúscula, en un vasto escenario de tierras circundadas por mares sobre las que se cernía la oscuridad.

Estaba sentado en el suelo, pellizcando el musgo brillante que crecía en las grietas de las losas de mármol y al fin dijo con una voz que se había vuelto grave hacía un par de años pero que ahora sonaba débil y enronquecida: —Y haré lo que vos me ordenéis.

—Es a tu padre a quien debes obediencia, no a mi.

Los ojos del Archimago seguían escrutando el rostro de Arren, y ahora el muchacho alzó la cabeza. En aquel acto de sumisión se había olvidado de sí mismo, y ahora veía al Archimago: el hechicero más insigne de toda Terramar, el hombre que había sellado para siempre el Pozo Negro de Fun-daur, el que había rescatado de las Tumbas de Atuan el Anillo de Erreth-Akbé y había levantado sobre cimientos profundos la muralla marina de Nepp; el navegante que conocía todos los mares, desde Astowell hasta Selidor; el único Señor de Dragones todavía vivo. Allí estaba, de rodillas junto a una fuente, un hombre de corta estatura y no joven por cierto, un hombre de voz serena y ojos profundos como la noche.

Arren se levantó del suelo con precipitación, se arrodilló ceremoniosamente y dijo, tartamudeando: —¡Mi señor, permitidme que os sirva!

La seguridad lo había abandonado; tenía las mejillas encendidas, le temblaba la voz.

En el flanco llevaba una espada, en una vaina de cuero nuevo con figuras incrustadas en oro y grana; pero el arma misma era una espada común, con una gastada empuñadura en cruz de bronce plateado. La sacó de prisa de la vaina y ofreció la empuñadura al Archimago, como un vasallo a su príncipe.

El Archimago no extendió la mano. Miró la espada y miró a Arren. —Es tuya, no mía —dijo—. Y tú no eres el siervo de nadie.

—Pero mi padre dijo que podía quedarme en Roke hasta averiguar qué mal es éste, y adquirir tal vez alguna maestría; no creo tener ningún talento particular ni tampoco ningún poder, pero ha habido magos entre mis antepasados… Si pudiera de algún modo aprender a serviros…

—Antes que magos —dijo el Archimago—, tus antepasados fueron reyes.

Se puso de pie y con paso recio, silencioso, se acercó al muchacho, y tomándolo de la mano lo obligó a levantarse. —Te agradezco este ofrecimiento de servicio —dijo—, y aunque no lo acepte ahora, puede que lo haga, cuando hayamos celebrado consejo sobre estas cuestiones. El ofrecimiento de un espíritu generoso no ha de declinarse a la ligera. ¡Ni la espada del hijo de Morred ha de

rechazarse a la ligera!… Y ahora, ve. El muchacho que te guió hasta aquí se ocupará de que comas y puedas bañarte, y descansar. Anda… —y le dio una leve palmada entre los omóplatos, una familiaridad que nadie se había tomado jamás con él, y que viniendo de cualquier otro habría agraviado al joven príncipe; pero de parte del Archimago era como un espaldarazo.

Arren era un muchacho activo: se deleitaba en la práctica de juegos y deportes y ejercitaba el cuerpo y la mente con orgullo y placer, y se desempeñaba con corrección en las obligaciones que le imponían el ceremonial y el protocolo de la corte, que no eran livianas ni simples. Sin embargo, nunca se había entregado por entero a nada. Todo se le había dado fácil en la vida, y él lo había hecho todo con facilidad; para él todo había sido un juego, y había jugado a amar. Pero ahora algo había despertado dentro de él, algo que no era un juego ni un sueño, sino el honor, el peligro, la sabiduría, una cara surcada de cicatrices, una voz calmosa y una mano morena sosteniendo con indiferencia la poderosa vara de tejo que cerca de la empuñadura llevaba la Runa Perdida de los Reyes, incrustada en plata en la madera negra.

Así damos siempre ese primer paso, repentino y rápido, que nos separa de la infancia, sin mirar hacia atrás ni hacia adelante, sin cautela, y con las manos vacías.

Olvidando las despedidas corteses, Arren se precipitó hacia la puerta, desmañado, radiante, obediente. Y Ged el Archimago lo siguió con la mirada.

Ged permaneció un rato junto a la fuente a la sombra del fresno y alzó luego el rostro hacia el cielo bañado por el sol.

—Amable mensajero para tan malas nuevas —dijo a media voz, como si le hablara a la fuente. La fuente no escuchó, pero continuó hablando con voces de plata, y él la escuchó un momento. Luego, encaminándose a otra puerta, que Arren no había visto, y que en verdad pocos ojos habrían podido ver, por muy de cerca que hubiesen mirado, llamó en voz alta—: ¡Maestro Portero!

Apareció un hombrecito sin edad. Joven no era, de modo que uno hubiera tenido que llamarlo viejo, pero la palabra no era la apropiada. Tenía un rostro seco, de un color marfileño, y una sonrisa agradable que le marcaba unos surcos largos y curvos en las mejillas. —¿Qué ocurre, Ged? —dijo.

Porque estaban solos, y él era una de las siete personas en el mundo que conocía el nombre del Archimago. Las otras eran el Maestro de Nombres de Roke; y Ogion el Silencioso, el hechicero de Re Albí, el que hacía ya largos años diera a Ged ese nombre en la montaña de Gont; y la Dama Blanca de Gont, Tenar-del-Anillo; y un hechicero de aldea en Iffish llamado Algarrobo; y en Iffish, también, la

mujer de un carpintero, madre de tres hijas, ignorante de las cosas de la magia pero sabia en otras cuestiones, a quien llamaban Milenrama; y por último del otro lado de Terramar, en el Confín de Poniente, dos dragones: Orm Embar y Kalessin.

—Hemos de reunimos esta noche —dijo el Archimago—. Iré a ver al Maestro de las Formas. Y mandaré recado a Kurremkarmerruk, para que deje de lado las listas y permita que sus alumnos descansen por una noche, y acuda a nuestra reunión, aunque no venga en carne y hueso. ¿Puedes ocuparte de los otros?

—Sí—dijo el Portero, sonriendo, y desapareció; y también el Archimago desapareció; y la fuente siguió hablando consigo misma, serena e incesante, a la luz del sol de aquel temprano día de primavera.

En un paraje hacia el oeste de la Casa Grande de Roke, y también un poco hacia el sur, es posible alcanzar a ver el Boscaje Inmanente. No figura en los mapas y no hay modo de llegar a él excepto para aquellos que conocen el camino. Sin embargo, hasta los novicios y aldeanos y labriegos pueden verlo, siempre a cierta distancia: un bosque de árboles altos cuyo follaje verde tiene un toque de oro, incluso en primavera. Y ellos —los novicios, los aldeanos, los labriegos — piensan que el Boscaje se desplaza de un lado a otro para confundir a la gente. Pero en eso se equivocan, porque el Boscaje no se mueve. Las raíces de esos árboles son las raíces del ser. Es todo lo demás lo que se mueve.

Ged salió de la Casa Grande y echó a andar a campo traviesa. Se quitó el albornoz blanco, porque el sol estaba en el cenit. Un campesino que araba la ladera pardusca de una colina alzó la mano a guisa de saludo, y Ged le respondió del mismo modo. Las avecillas se remontaban por el aire y cantaban. La hierba centella comenzaba ya a florecer en los barbechos y a la vera de los caminos. Lejos, en las alturas, un halcón trazó un amplio círculo en el cielo. Ged alzó los ojos y una vez más levantó la mano. Rauda se abatió el ave, en una precipitación de plumas al viento, y fue a posarse en la muñeca extendida de Ged, aferrándose a ella con garras amarillas. No era un gavilán sino un gran halcón de Roke, un halcón pescador de franjas blancas y pardas. Miró un instante de soslayo al Archimago, con un ojo redondo, de oro reluciente; luego, chasqueando el pico ganchudo, le escrutó el rostro con sus dos ojos redondos, de oro reluciente. —Intrépido —le dijo el hombre en la Lengua de la Creación—. Intrépido.

El gran halcón batió las alas y apretó las garras, observándolo.

—Ve pues, hermano, intrépido.

El labriego, en la distante falda de la colina bajo el sol resplandeciente, se había detenido a mirar. Una vez, en el último otoño, había visto al Archimago con un pájaro salvaje en la muñeca, y

un instante después ya no había allí ningún hombre, sino dos halcones que subían en el viento.

Esta vez se separaron mientras el labriego los observaba: el ave se elevó por el aire, el hombre siguió caminando a través de los campos fangosos.

Tomó por el sendero que conducía al Boscaje Inmanente, un sendero que iba siempre en línea recta, por mucho que el tiempo y el mundo se torcieran alrededor de él, y no tardó en llegar a la sombra de los árboles.

Algunos de los troncos eran muy grandes. Mirándolos uno podía convencerse al fin de que el Boscaje jamás se movía: los troncos eran como torres inmemoriales, grises de años, y las raíces como las raíces de las montañas. Sin embargo, entre éstos, los más antiguos, los había ralos de follaje, y con algunas ramas muertas. No eran inmortales. Pero entre los gigantes crecían también árboles jóvenes, altos y vigorosos, con brillantes coronas de follaje, y retoños, varas gráciles y tupidas, no más altas que una niña.

Bajo los árboles el suelo era blando, enriquecido por el mantillo de las hojas caídas a lo largo de años innumerables. En él crecían helechos y pequeñas plantas silvestres, pero de árboles sólo había una especie, aquella que no tenía nombre en la lengua hárdica de Terramar. Bajo las ramas, el aire olía a frescura y a tierra, y sabía en la boca a agua viva de manantial.

En un claro, despejado años atrás por la caída de un árbol enorme, Ged encontró al Maestro de las Formas, que habitaba en el Boscaje y nunca o casi nunca salía de él. Tenía el cabello amarillo como la mantequilla: no era un archipelagiano. Desde que fuera restaurado el Anillo de Erreth-Akbé, los bárbaros de Kargad ya no invadían las Comarcas del Interior. No eran gente afable y se mantenían aislados. Pero de tanto en tanto un joven guerrero o el hijo de un mercader partía solo hacia el oeste, atraído por el afán de aventuras o el deseo de aprender las artes de la magia. Uno de ellos había sido el Maestro de las Formas. Diez años atrás, un joven salvaje de Karego-At, de espada al cinto y penacho rojo, había llegado a Roke en una mañana lluviosa y había anunciado al Portero en un hárdico imperioso y escueto: «¡Vengo a aprender!».

Y ahora estaba allí, a la luz auriverde bajo los árboles, un hombre alto y apuesto de largos cabellos rubios y extraños ojos glaucos, el Maestro de las Formas de Terramar.

Es posible que también él conociera el nombre de Ged, pero en todo caso nunca lo pronunciaba. Se saludaron en silencio.

—¿Qué estás observando? —preguntó el Archimago, y el otro respondió—: Una araña.

En el claro, entre dos altas hojas de hierba, una araña había tejido

una tela, un círculo delicadamente suspendido. Las hebras de plata rutilaban a la luz del sol. En el centro, la hilandera esperaba, una criatura entre gris y negra no más grande que la pupila de un ojo.

—También ella hace formas —dijo Ged, estudiando la ingeniosa tela.

—¿Qué es el mal? —preguntó el hombre más joven.

La telaraña redonda, con su centro negro, parecía observarlos.

—Una tela que tejemos nosotros, los hombres —respondió Ged.

En aquel bosque ningún pájaro cantaba. Estaba en silencio a la luz del mediodía, y hacía calor. En torno de los dos magos se alzaban los árboles y las sombras.

—Hay noticias de Narveduen y de Enlad: las mismas.

—Sur y suroeste. Norte y noroeste —dijo el Hacedor de Formas, sin apartar los ojos de la telaraña.

—Nos reuniremos aquí esta noche: es el mejor sitio para celebrar consejo.

—Yo no tengo ningún consejo. —El Hacedor de Formas miró a Ged con ojos verdosos y fríos—. Tengo miedo —dijo—, hay miedo. Hay miedo en las raíces.

—Sí —dijo Ged—. Tendremos que buscar las causas profundas. Demasiado tiempo hemos disfrutado de la luz del sol, descansando en esa paz que trajo consigo la restitución del Anillo, cumpliendo tareas nimias, pescando en las aguas bajas. Esta noche tendremos que consultar los arcanos. —Y con estas palabras se marchó, dejando a solas al Maestro de las Formas, que miraba aún la araña suspendida de las hierbas a la luz del sol.

En el linde del Boscaje, allí donde las copas de los grandes árboles se alzaban sobre el suelo ordinario, se sentó de espaldas contra una raíz corpulenta, la vara en cruz sobre las rodillas. Cerró los ojos como para descansar, y envió un pensamiento emisario a través de las colinas y los campos de Roke, hacia el norte, hasta el cabo azotado por las olas marinas en que se alza la Torre Solitaria.

—Kurremkarmerruk —dijo, en espíritu, y el Maestro de Nombres alzó los ojos del voluminoso libro de nombres de raíces y hierbas y hojas y semillas y pétalos que estaba leyendo a sus alumnos, y dijo:

—Estoy aquí, mi señor.

Luego escuchó, un anciano alto y enjuto, de cabellos blancos bajo el capuchón oscuro; y los discípulos que estaban en los pupitres del aula de la torre lo miraron y se miraron entre ellos.

—Iré —dijo Kurrenkarmerruk, y volvió a inclinar la cabeza sobre el libro, diciendo—: Así pues, el pétalo de la flor del molí tiene un nombre, que es *iebera*, y también el sépalo, que es *partonath*; y el tallo y la hoja y la raíz tienen nombre también…

Pero al pie del árbol, el Archimago Ged, que conocía todos los

nombres del molí, llamó de regreso a su emisario; estiró las piernas más confortablemente, siempre con los ojos cerrados, y pronto se durmió a la luz del sol moteada por el follaje.

2. Los Maestros de Roke

La Escuela de Roke es el sitio adonde acuden, desde todas las Comarcas Interiores de Terramar, los jóvenes que muestran alguna aptitud para la hechicería, con el propósito de aprender las más altas artes de la magia. Allí se hacen expertos en las diversas especies de magia, aprendiendo los nombres y las runas, los artilugios y los sortilegios, y lo que se debe o no se debe hacer, y por qué. Allí, al cabo de una larga práctica, y si la mano y la mente y el espíritu marchan de consuno, pueden ser nombrados hechiceros y recibir la vara de poder. Sólo en Roke se hacen los verdaderos magos; y en las islas abundan magos y hechiceros y los recursos de la magia son para los isleños tan necesarios como el pan y tan deliciosos como la música, todos respetan y reverencian la Escuela de Hechicería de Roke. A los nueve magos que son los Maestros de Roke se los tiene por iguales de los grandes príncipes del Archipiélago. Y el gran maestre, el decano de Roke, el Archimago, no está obligado a rendir cuentas a nadie, excepto al Rey de Todas las Islas; y ello sólo por un acto de lealtad, un don del corazón, ya que ni siquiera un rey podría obligar a mago tan insigne a observar la ley común, si otra fuera la voluntad de éste. Sin embargo, hasta en los siglos sin reyes los Archimagos de Roke han guardado fidelidad y acatado la ley común. Todo en Roke se hacía como siempre se había hecho, desde centenares de años atrás; un paraíso al abrigo de vicisitudes y tribulaciones parecía ser, y la risa de los jóvenes resonaba en los patios y en los anchos y fríos corredores de la Casa Grande.

El guía de Arren en la Escuela era un muchacho fornido cuya capa, sujeta en el cuello por un alfiler de plata, indicaba que habiendo cumplido el noviciado era ya un hechicero hecho y derecho, que estudiaba ahora para obtener la vara. Se llamaba Albur. «Porque —explicó— mis padres tenían seis hijas, y el séptimo hijo, decía mi padre, fue un albur contra el Destino.» Era un compañero agradable, vivaz de mente y de lengua. En otras circunstancias, Arren habría disfrutado de su humor chispeante, pero ahora estaba demasiado preocupado. A decir verdad, no le prestaba mucha atención. Y Albur, con el natural deseo de que lo tuvieran en cuenta, empezó a sacar provecho de la distracción de su huésped. Le contó cosas extrañas y luego mentiras no menos extrañas a propósito de la Escuela, y a todo ello Arren respondía: «Oh, sí» o «Ya veo», tanto que Albur lo tomó por un verdadero idiota.

—Por supuesto, no se cocina aquí, en la Escuela —le dijo, cuando pasaban delante de las grandes cocinas de piedra en plena actividad con el centelleo de los calderos de cobre y el triquitraque de las

cuchillas de picar y el olor a cebollas que escocía en los ojos—. Todo esto es pura apariencia. Venimos al refectorio, y cada cual hace aparecer por encantamiento lo que tiene ganas de comer. Además, así se ahorra el lavado de los platos.

—Sí, ya veo —dijo Arren, cumplidamente.

—Desde luego, los novicios que aún no han aprendido los encantamientos pierden mucho peso en los primeros meses; pero aprenden. Hay un muchacho de Havnor que siempre trata de conseguir pollo asado, pero todo lo que obtiene son gachas de mijo. Sus sortilegios, por lo visto, no dan para más. Ayer, sin embargo, consiguió un bacalao seco para acompañarlas. —Albur empezaba a ponerse ronco tratando de arrancar a Arren una protesta de incredulidad. Renunció, y calló.

—¿Dónde… de qué país viene el Archimago? —dijo el huésped, sin siquiera echar una mirada a la soberbia galería que atravesaban en ese momento, con el Árbol de las Mil Hojas tallado en el techo y los muros.

—Gont —dijo Albur—. Allí era un aldeano pastor de cabras.

Sólo ahora, ante esa verdad llana y por todos conocida, el joven de Enlad se volvió y miró a Albur con desaprobación e incredulidad. —¿Un pastor de cabras?

—Como la mayoría de los gontescos, a menos que sean piratas o hechiceros. ¡No he dicho que fuese ahora pastor de cabras!

—Pero, ¿cómo pudo un cabrerizo llegar a Archimago?

—¡De la misma manera que podría llegar un príncipe! Viniendo a Roke y sobrepasando a todos los Maestros, y robando el Anillo en Atuan, y navegando por el Paso de los Dragones, y siendo el más grande de los magos desde los tiempos de Erreth-Akbé… ¿De qué otra manera?

Salieron de la galería por la puerta norte. El atardecer se tendía cálido y luminoso sobre las colinas roturadas y sobre los tejados de Zuilburgo, y más allá, por encima de la bahía. Albur dijo, deteniéndose: —Claro que todo eso ocurrió hace mucho tiempo. No ha hecho gran cosa desde que fue nombrado Archimago. Siempre es así con los Archimagos. Se quedan en Roke y cuidan del Equilibrio, supongo. Y es muy viejo, ahora.

—¿Viejo? ¿Qué edad tiene?

—Oh, cuarenta o cincuenta.

—¿Tú lo has visto?

—Claro que lo he visto —replicó Albur con irritación. El soberano idiota parecía ser, además, un soberano petulante.

—¿Con frecuencia?

—No. No se deja ver. Pero lo vi cuando llegué a Roke, en el Patio del Manantial.

—Allí mismo he hablado hoy con él —le dijo Arren.

Albur lo miró, sorprendido por el tono de Arren.

—Eso fue hace tres años —continuó—. Y yo estaba tan asustado que en realidad no lo miré ni una sola vez. Claro que yo era muy joven. Pero allí es difícil ver las cosas con claridad. Me acuerdo sobre todo de su voz, y del murmullo de la fuente. —Al cabo de un momento agregó—: Tiene sin duda un acento gontés.

—Si yo pudiera hablar con los dragones en su propia lengua —dijo Arren—, no me preocuparía por mi acento.

Albur lo miró otra vez, como aprobando, y preguntó: —¿Has venido aquí para ingresar en la Escuela, Príncipe?

—No. He traído un mensaje de mi padre para el Archimago.

—Enlad es uno de los Principados del Reino, ¿no es así?

—Enlad, Ilien, y Way. Havnor y Ea, en otros tiempos, pero la dinastía de los reyes se ha extinguido en esas comarcas. La dinastía de Ilien se remonta a Gemal Nacido-del-Mar hasta llegar a Maharion. La de Way, a Akambar y la Casa de Shelieth. Enlad, la más antigua, se remonta a Morred y se continúa con Serriadh, hijo de Morred, y con la Casa de Enlad.

Arren recitó estas genealogías con un aire soñador, como un avezado erudito cuya mente está ocupada en otra cosa.

—¿Crees que volveremos a ver un rey en Havnor, en vida nuestra?

—Nunca lo he pensado mucho.

—En Ark, de donde yo vengo, la gente lo piensa. Ahora somos parte del Principado de Ilien, sabes, desde que se concertó la paz. ¿Cuántos años han pasado? Diecisiete… dieciocho, desde que el Anillo de la Runa de los Reyes fuera restituido a la Torre de los Reyes de Havnor. Las cosas marcharon mejor durante un tiempo, pero ahora están peor que nunca. Es hora de que haya de nuevo un rey en el trono de Terramar, un rey que empuñe el Signo de la Paz. La gente está cansada de guerras y correrías, de mercaderes que sobrecargan los precios y de príncipes que imponen demasiados tributos, y de toda la confusión de los poderes desenfrenados. Roke guía, pero no puede gobernar. El Equilibrio se mantiene aquí, pero el Poder tendría que estar en manos de un rey.

Albur hablaba con sincero interés, dejando de lado todas las bufonadas, y terminó por atraer la atención de Arren. —Enlad es un país rico y pacífico —dijo lentamente—. Nunca se ha inmiscuido en esas rivalidades. Nos llegan noticias de los conflictos en otras comarcas. Pero no ha habido un rey en el trono de Havnor desde la muerte de Maharion, ochocientos años atrás. ¿Aceptarían los países un nuevo rey?

—Si trajera paz y fuerza; si Roke y Havnor lo reconociesen.

—Y hay una profecía que aún ha de cumplirse, ¿no es verdad? Maharion predijo que el próximo rey sería un mago.

—El Maestro de Cantos, un havnoriano, interesado en el asunto, desde hace tres años nos repite a cada rato las palabras de Maharion: *Heredará mi reino aquel que haya cruzado en vida el país de las tinieblas y llegue hasta las costas más lejanas del día*.

—Un mago, por lo tanto.

—Sí, puesto que sólo un hechicero o un mago podría cruzar el tenebroso país de los muertos y luego regresar. Aunque en verdad no lo cruzan. Al menos, siempre hablan de esa comarca como si tuviese una sola frontera, y más allá se extendiesen las tierras sin fin. ¿Qué son, entonces, *las costas más lejanas del día*? Pero eso dice la profecía del último Rey, y por lo tanto, alguien tendrá que nacer un día y darle cumplimiento. Y Roke lo reconocerá, y las naciones y las flotas y los ejércitos se unirán todos a él. Entonces habrá de nuevo majestad en el centro del mundo, en la Torre de los Reyes de Havnor. Yo iría a ponerme a las órdenes de alguien así, yo serviría a un verdadero rey de todo corazón y con toda mi arte —dijo Albur, y en seguida se echó a reír y se encogió de hombros para que Arren no pensara que había hablado con demasiada emoción.

Pero Arren lo miraba con simpatía y pensaba: «Él sentiría por ese rey lo mismo que siento yo ahora por el Archimago». En voz alta, dijo: —Un rey necesitaría tener siempre cerca a hombres como tú.

Permanecieron un rato en silencio, pensativos, pero juntos, hasta que un gong resonó en la Casa Grande detrás de ellos.

—¡Al fin! —dijo Albur—. Lentejas y sopa de cebollas esta noche. Ven.

—Me pareció oírte decir que no se cocinaba aquí, en la Escuela —le dijo Arren, siempre soñador, siguiéndolo.

—Oh, algunas veces… por error…

Ninguna magia había intervenido en aquella comida, muy sustanciosa por cierto. Después de la cena, salieron a caminar por los prados en el suave azul del crepúsculo. —Éste es el Collado de Roke —dijo Albur mientras empezaban a subir por una colina redondeada. La hierba húmeda de rocío les rozaba las piernas, y abajo, en el pantanoso Riacho de Zuil, un coro de sapos pequeños daba la bienvenida a los primeros calores y a las más cortas noches estrelladas.

Había un misterio en ese suelo. Albur dijo en voz baja: —Esta colina fue la primera que emergió de los mares, cuando se pronunció la Primera Palabra.

—Y será la última en sumergirse, cuando todas las cosas sean deshechas —dijo Arren.

—Por lo tanto, un lugar seguro para estar —dijo Albur, luchando

contra el miedo; pero al instante gritó, sobrecogido—: ¡Mira! ¡El Boscaje!

Al sur del Collado un gran halo de luz iluminaba la tierra, como si estuviese saliendo la luna, pero la delgada luna nueva ya se ponía en el oeste, del otro lado de la cresta de la colina; y había un aleteo en este resplandor, como hojas que se movían en el viento.

—¿Qué es eso?

—Viene del Bosque… los Maestros han de estar allí. Dicen que así brilló, como un claro de luna, cuando se reunieron hace cinco años, para elegir al Archimago. Pero ¿por qué se habrán reunido ahora? ¿Serán las noticias que tú has traído?

—Puede ser —dijo Arren.

Albur, excitado e inquieto, quiso volver a la Casa Grande, para oír lo que se decía a propósito de aquel Concilio de los Maestros. Arren lo acompañó, pero volviendo la cabeza una y otra vez para contemplar aquella luminosidad extraña, hasta que desapareció detrás de la colina, y sólo la luna brilló en el poniente, y las estrellas de la primavera.

A solas en la oscuridad, en la celda de piedra que era su alcoba, Arren yacía con los ojos abiertos. Toda su vida había dormido en una cama, bajo pieles suaves; hasta en la galera de veinte remos en que viajara desde Enlad habían proporcionado al joven príncipe un lecho más mullido que éste: una yacija de paja sobre el suelo de piedra y una andrajosa manta de fieltro. Mas en nada de esto reparaba el muchacho. «Estoy en el corazón del mundo», pensaba. «Los Maestros están deliberando en el lugar sagrado. ¿Qué van a hacer? ¿Urdirán acaso una gran magia, para salvar la Magia? ¿Será verdad que la magia está desapareciendo en el mundo? ¿Hay algún peligro que nos amenace, aun aquí en Roke? Quiero quedarme. No volveré a casa. Prefiero barrer el cuarto del Archimago a ser príncipe en Enlad. ¿Me permitirá permanecer aquí como novicio? Aunque tal vez no se enseñe más el arte de la magia, ni el nombre verdadero de las cosas. Mi padre posee el don, pero yo no lo tengo; quizá es verdad que la magia se está acabando en el mundo. Aunque así fuera, me quedaría cerca de él. Aunque él perdiese poderes y artes. Aunque no lo viera nunca más. Aunque nunca más me hablara.» Pero su ardiente imaginación volaba mucho más lejos, y así se vio de pronto cara a cara con el Archimago, una vez más en el patio bajo el serbal; y el cielo estaba sombrío, y el árbol sin follaje, y silenciosa la fuente; y él decía: «Mi señor, la tempestad se cierne sobre nosotros, pero permaneceré junto a vos, y os serviré», y el Archimago le sonreía… Pero allí le fallaba la imaginación, porque no había visto sonreír aquel rostro sombrío.

Por la mañana, despertó sintiendo que si hasta ayer había sido un muchacho, hoy era un hombre. Estaba dispuesto a todo. Pero cuando

llegó el momento, se quedó con la boca abierta.

—El Archimago desea hablaros, Príncipe Arren —le anunció en el umbral de la celda un novicio muy joven y menudo; aguardó un instante, y luego escapó antes que Arren atinase a responderle.

Arren bajó por la escalera de la torre y atravesó los corredores de piedra buscando el camino hacia el patio de la fuente, sin saber a dónde tenía que ir. Un viejecito le salió al encuentro en el corredor, con una sonrisa que le arrugaba media cara, de la nariz al mentón: el mismo que le cerrara el paso la víspera, a la puerta de la Casa Grande, exigiéndole que dijese su nombre verdadero antes de entrar.

—Ven por aquí —dijo el Maestro Portero.

Las salas y pasadizos de esa parte del edificio estaban en silencio, libres del ajetreo y el alboroto de los muchachos que animaban el resto de la Casa Grande. Allí se sentía la vejez inmemorial de los muros. El encantamiento con que habían sido dispuestas y protegidas las antiguas piedras era allí evidente. Había runas inscritas a intervalos en los muros, tallas profundas, algunas incrustadas en plata. Arren había aprendido de su padre las Runas Hárdicas, pero de éstas no conocía ninguna, aunque algunas parecían encerrar un significado que casi conocía, o que había conocido y no podía recordar del todo.

—Has llegado, hijo —dijo el Portero, prescindiendo de títulos tales como Señor o Príncipe. Arren lo siguió al interior de una estancia larga, con un bajo techo de vigas. En uno de los extremos de la sala, en un hogar de piedra, ardía un fuego y las llamas se reflejaban en el piso de roble; en el otro extremo las ventanas ojivales dejaban entrar la turbia claridad de una mañana brumosa. Delante del hogar aguardaba, de pie, un grupo de hombres, pero entre ellos Arren vio a uno solo: el Archimago. Se detuvo, se inclinó, y esperó en silencio.

—Éstos son los Maestros de Roke, Arren —dijo el Archimago—, siete de los nueve. El Maestro de las Formas nunca sale del Boscaje, y el de los Nombres está en su torre, treinta millas al norte. Todos saben por qué has venido. Señores míos, éste es el hijo de Morred.

Ningún orgullo despertó en Arren esta frase, sólo una especie de temor. Estaba orgulloso de su linaje, pero se veía a sí mismo sólo como un heredero de una dinastía de príncipes, un miembro de la Casa de Enlad. Morred, el fundador de la dinastía, estaba muerto desde hacía dos mil años.

Las hazañas que había llevado a cabo se contaban en leyendas, y no tenían ninguna relación con el mundo de hoy. Era como si el Archimago lo hubiese llamado hijo de un mito, heredero de un sueño.

No se atrevía a alzar los ojos hacia los rostros de los ocho magos. Miraba fijamente el calce de hierro de la vara del Archimago, y sentía que la sangre le zumbaba en los oídos.

—Venid, desayunaremos juntos —dijo el Archimago, y lo condujo

hasta una mesa dispuesta entre las ventanas. Había leche y cerveza agria, pan, mantequilla fresca y queso. Arren se sentó con ellos y comió.

Había pasado toda su vida entre los nobles, terratenientes y ricos mercaderes que abundaban en el palacio de su padre, en Berila; hombres que poseían mucho, que compraban y vendían mucho, ricos de las cosas de este mundo. Comían carne y bebían vino, y hablaban con voces estentóreas; muchos discutían, muchos adulaban, buscando casi siempre algún beneficio para ellos mismos. Joven como era, Arren no desconocía las costumbres y falsedades de la humanidad. Pero entre hombres como éstos no había estado nunca. Comían pan, hablaban poco, y tenían caras serenas. Si buscaban algún beneficio, no era para ellos mismos. Y sin embargo, tenían un gran poder: también de eso se daba cuenta Arren.

Gavilán el Archimago estaba sentado a la cabecera de la mesa, y parecía escuchar, aunque alrededor de él había un silencio, y nadie le hablaba. Nadie le hablaba a Arren tampoco, de modo que tuvo tiempo para recuperarse. A su izquierda estaba el Portero, y a su derecha un hombre de cabellos grises y aire bondadoso, que al fin le dijo: —Somos compatriotas, Príncipe Arren. Yo nací al este de Enlad, cerca del Bosque de Aol.

—Yo he cazado en ese bosque —le respondió Arren, y durante un rato conversaron de los bosques y burgos de la Isla de los Mitos, y los recuerdos de la tierra natal reconfortaron a Arren.

Cuando la comida hubo terminado, se reunieron una vez más delante del hogar, algunos sentados y otros de pie, y hubo un corto silencio.

—Anoche —dijo el Archimago— celebramos consejo. Hablamos largamente, y nada resolvimos. Quisiera oíros decir ahora, a la luz de la mañana, si mantenéis o desdecís vuestro juicio de la noche.

—Que nada hayamos resuelto —dijo el Maestro de Hierbas, un hombre fornido, de tez oscura y ojos calmos— es en sí mismo un juicio. En el Boscaje se encuentran las formas; pero nosotros no encontramos nada, excepto contradicciones.

—Sólo porque no hemos podido ver con claridad la forma —dijo el mago de Enlad de cabellos grises, el Maestro de Transformaciones —. No sabemos bastante. Rumores de Wathort; noticias de Enlad. Extrañas nuevas, y habría que estudiarlas con detenimiento. Pero despertar un temor tan infundado es improcedente. Nuestro poder no se ve amenazado porque algunos pocos hechiceros hayan olvidado cómo echar sortilegios.

—Eso mismo opino yo —dijo un hombre enjuto, de ojos penetrantes, el Maestro de Vientos—. ¿No conservamos todos nuestros poderes? ¿No crecen y se cubren de hojas los árboles del Boscaje? ¿No

obedecen a nuestras palabras las tempestades del cielo? ¿Quién puede temer por el arte de la magia, que es la más antigua de las artes del hombre?

—Ningún hombre —dijo el Maestro de Invocaciones, alto y joven, de voz grave, y con un rostro cetrino y noble—, ningún hombre, ningún poder puede impedir la acción de la magia, ni silenciar las palabras de poder. Porque son las palabras que hicieron el mundo, y quien fuera capaz de silenciarlas podría deshacer el mundo.

—Sí, y quien fuera capaz de semejante cosa no estaría en Wathort ni en Narveduen —dijo el Transformador—. Estaría aquí, a las puertas de Roke, ¡y el fin del mundo estaría próximo! ¡No hemos llegado a ese trance, todavía!

—Sin embargo, algo anda mal —dijo otro, y todos lo miraron: ancho de pecho, sólido como un casco de roble, estaba sentado junto al fuego y tenía una voz clara y precisa como el tañido de una gran campana. Era el Maestro de Cantos—. ¿Dónde está el rey que tendría que estar en Havnor? El corazón del mundo no es Roke. Es esa torre donde está puesta la espada de Erreth-Akbé, y que guarda en su recinto el trono de Serriadh, de Akambar, de Maharion. ¡Ochocientos años ha estado vacío el corazón del mundo! Tenemos la corona, pero no un rey que la ciña. Tenemos la Runa Perdida, la Runa de los Reyes, la Runa de la Paz, recobrada para nosotros, ¿pero tenemos paz? Que haya un rey en el trono, y habrá paz, y los hechiceros practicarán sus artes con mentes tranquilas aun en los últimos Confines, y habrá orden, y un tiempo para cada cosa.

—Es verdad —dijo el Maestro Malabar, un hombre delgado y vivaz, modesto de porte pero de ojos claros y penetrantes—. Yo estoy contigo, Cantor. ¿Qué puede haber de extraño en que la hechicería se extravíe, cuando todo se extravía? Si la majada entera anda descarriada, ¿se quedará nuestra oveja negra en el aprisco?

El Portero se rió, pero no dijo nada.

—A todos os parece, entonces —dijo el Archimago—, que no hay nada demasiado grave; o que si lo hay, consiste en esto: que nada gobierna nuestros países, o que están mal gobernados, y que por esa causa se descuidan las artes y los talentos de los hombres. Hasta aquí, estoy de acuerdo. Es cierto que por estar el Sur prácticamente perdido para el comercio pacífico, tenemos que depender de rumores; ¿y quién puede decir con alguna certeza lo que acontece en el Confín de Poniente, fuera de estas noticias llegadas a Narveduen? Si los navíos partieran y regresaran a buen puerto como antaño, si hubiese entre nuestros países de Terramar una verdadera unión, podríamos saber cómo están las cosas en las regiones remotas, y actuar en consecuencia. ¡Y yo creo que tendríamos que actuar! Porque, señores míos, cuando el Príncipe de Enlad nos dice que pronunció las palabras

de la Creación para un sortilegio, sin saber qué significado tenían; cuando el Maestro de Formas dice que hay miedo en las raíces, y no quiere decir nada más: ¿tan infundada es nuestra preocupación? Al principio una tempestad es sólo una pequeña nube en el horizonte.

—Tú tienes un don para los presentimientos sombríos, Gavilán —dijo el Portero—. Siempre lo has tenido. Dinos lo que según tú anda mal.

—No sé. Hay un debilitamiento de poder. Hay una falta de resolución. Hay un oscurecimiento del sol. Tengo la impresión, señores míos, tengo la impresión de que nosotros, sentados aquí, hablando, estamos todos mortalmente heridos, y que mientras hablamos y hablamos, la sangre fluye lenta por nuestras venas…

—Y tú querrías levantarte, y actuar.

—Sí, eso quisiera —dijo el Archimago.

—Pues bien —dijo el Portero—. ¿Pueden los búhos impedir el vuelo del halcón?

—Pero ¿a dónde irías? —preguntó el Transformador. Y el Cantor le respondió:

—¡A buscar a nuestro rey y llevarlo a su trono! —El Archimago miró con interés al Cantor, pero dijo solamente: —Iría adonde hay aflicción.

—Al sur, o quizá al oeste —dijo el Maestro de Vientos.

—Y al norte y al este, si fuera menester —dijo el Portero.

—Pero tú eres necesario aquí, mi señor —dijo el Transformador —. En vez de partir en una búsqueda ciega entre gentes hostiles, por mares extraños, ¿no sería más sabio que permanecieras aquí, donde la magia es fuerte, y descubrieras por medio de tus artes qué es este mal, o este trastorno?

—Mis artes de nada me sirven —dijo el Archimago. Había algo en su voz que hizo que todos lo mirasen, serios y con ojos inquietos—. Yo soy el Guardián de Roke. No abandonaría Roke a la ligera. Desearía que vuestra opinión y la mía fuesen la misma; mas no hay esperanzas de que sea así, por ahora. La decisión ha de ser mía: y debo partir.

—Ante esta decisión nos inclinamos —dijo el Invocador.

—Y parto solo. Vosotros sois el Consejo de Roke, que no ha de desmembrarse. Sin embargo, a alguien llevaré conmigo, si quiere venir. —Miró a Arren—. Tú me ofreciste tu servicio, ayer. Anoche, el Maestro de las Formas dijo: «No por azar llega hombre alguno a las costas de Roke. No por azar es un hijo de Morred el portador de estas nuevas». Y ninguna otra palabra tuvo para nosotros en toda la noche. Por consiguiente, yo te pregunto, Arren: ¿quieres venir conmigo?

—Sí, mi señor —respondió Arren, con la garganta seca.

—El Príncipe, tu padre, no dejaría que te expusieras a semejante peligro —dijo el Transformador con cierta aspereza, y al Archimago—:

El muchacho es joven, e inexperto en hechicería.

—Yo cuento con años y artes suficientes para los dos —dijo el Archimago con voz seca—. Arren, ¿qué diría tu padre?

—Me dejaría ir.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó el Invocador.

Arren no sabía a dónde le pedían que fuese, ni cuándo, ni por qué. Se sentía intimidado, apabullado por aquellos hombres graves, honestos, terribles. Si hubiese tenido tiempo para pensar, no habría podido decir absolutamente nada. Pero no tenía tiempo para pensar; y el Archimago le había dicho: «¿Quieres venir conmigo?».

—Cuando me envió aquí, mi padre me dijo: «Me temo que una era de oscuridad se cierne sobre el mundo, una era de peligro. De modo que te envío a ti antes que a cualquier otro mensajero, ya que tú podrás juzgar si hemos de pedir ayuda a la Isla de los Sabios en este trance, u ofrecerles a ellos la ayuda de Enlad». Así pues, si se me necesita, aquí estoy.

Notó que el Archimago sonreía al oírlo. Había una gran dulzura en aquella sonrisa, pero duró poco. —¿Lo veis? —les dijo a los siete magos—. ¿Podrían los años, o la hechicería, añadir algo a esto?

Arren sintió entonces que los siete magos lo miraban con aprobación, aunque todavía con un aire un tanto pensativo o preocupado. El Invocador tomó la palabra, y las cejas arqueadas se le juntaron en una línea recta:

—Yo no lo entiendo, mi señor. Que tú te sientas inclinado a partir, sí. Cinco años hace que estás aquí enjaulado. Pero siempre, antes, estuviste solo; siempre has partido solo. ¿Por qué acompañado ahora?

—Antes nunca necesité ayuda —dijo Gavilán, con un dejo de amenaza o de ironía en la voz—. Y he encontrado un compañero apto. —Había algo desafiante en él, y el Invocador no hizo más preguntas, aunque aún fruncía el entrecejo.

Pero la figura monumental del Maestro de Hierbas, los ojos serenos y oscuros como los de un buey sabio y paciente, se levantó de su asiento y dijo: —Ve, mi señor, y lleva al muchacho. Y toda nuestra confianza va con vosotros.

Uno a uno, los otros asintieron en silencio, y de uno en uno, o de dos en dos, se retiraron, hasta que de los siete sólo quedó el Invocador. Gavilán dijo entonces:

—No pretendo cuestionar tu decisión. Digo tan sólo: si estás en lo cierto, si hay desequilibrio y el peligro de un gran mal, un viaje a Wathort, o al Confín de Poniente, o al fin del mundo, no será suficientemente largo. Allá adonde tengas que ir, ¿puedes llevar a este compañero, y es justo para él?

Estaban algo alejados de Arren, y el Invocador había bajado la

voz, pero el Archimago habló abiertamente: —Es justo.

—Tú no me dices todo lo que sabes —dijo el Invocador.

—Si yo supiera, hablaría. No sé nada. Adivino mucho.

—Déjame ir contigo.

—Alguien tiene que cuidar las puertas.

—El Portero las cuida…

—No sólo las puertas de Roke. Quédate aquí, y observa la salida del sol para ver si brillará, y vigila el muro de piedra para ver quiénes lo cruzan y hacia dónde vuelven el rostro. Hay una brecha, Thorion, hay una rotura, una herida, y es eso lo que voy a buscar. Si yo me pierdo, quizá la encuentres tú. Pero dame tiempo. Te pido que me esperes. —Hablaba ahora en la Antigua Lengua, en la Lengua de la Creación, aquella en que se pronuncian todos los encantamientos y de la que dependen todos los grandes actos de la magia; raras veces, sin embargo, se la emplea en la conversación, excepto entre dragones. El Invocador no arguyó ni protestó más: inclinó en silencio la alta cabeza ante el Archimago y Arren, y se marchó.

El fuego crepitaba en el hogar. No se oía ningún otro sonido. Fuera, la niebla se amontonaba contra las ventanas, mortecina e informe.

El Archimago contemplaba las llamas y parecía haber olvidado la presencia de Arren. El muchacho se mantenía a cierta distancia del hogar, sin saber si tenía que saludar o retirarse o esperar a que lo despidiesen; indeciso y un tanto atribulado, se sentía de nuevo una figura minúscula en un espacio oscuro, ilimitado, engañoso.

—Iremos ante todo a Hortburgo —dijo Gavilán, volviéndose de espaldas al fuego—. Allí confluyen todas las noticias del Confín Austral y quizá descubramos una pista. Tu navío te aguarda aún, anclado en la bahía. Habla con el capitán, para que transmita el mensaje a tu padre. Tendríamos que partir lo más pronto posible. Mañana al alba. Ve a la escalera junto a la caseta de los botes.

—Mi señor, qué… —La voz se le atragantó un momento—. ¿Qué es lo que buscáis?

—No lo sé, Arren.

—Entonces…

—Entonces, ¿cómo podré buscarlo? Tampoco lo sé. Tal vez eso que busco me busque a mí —dijo, y miró a Arren con una leve sonrisa.

Pero el rostro del Archimago era como de hierro a la luz gris de las ventanas.

—Mi señor —le dijo Arren, ahora con voz firme—, es verdad que desciendo de la estirpe de Morred, si una genealogía tan antigua puede rastrearse con alguna certeza. Y si llego a serviros, lo consideraré como mi mayor ventura y el más alto honor de mi vida. Pero temo que me toméis por más de lo que soy.

—Tal vez —dijo el Archimago.

—No tengo dotes ni talentos extraordinarios. Manejo la espada corta y la espada noble. Puedo timonear una barca. Conozco las danzas cortesanas y las danzas campesinas. Puedo arreglar una querella entre cortesanos. Sé defenderme en la lucha cuerpo a cuerpo, soy un arquero torpe, y hábil en el juego de balón-red. Sé cantar, y tocar el arpa y el laúd. Y eso es todo. No hay más. ¿Qué ayuda podré prestaros? El Maestro de Invocaciones tiene razón…

—Ah, notaste eso, ¿verdad? Está celoso. Reclama el privilegio de una lealtad más antigua.

—Y de una mayor competencia, mi señor.

—¿Preferirías, entonces, que fuera él quien me acompañase, y tú el que se quedara?

—¡No! Pero temo…

—¿Temes qué?

En los ojos del muchacho asomaron unas lágrimas. —Temo fallaros —dijo.

El Archimago se volvió de nuevo hacia el fuego. —Siéntate, Arren —dijo, y el muchacho fue a sentarse en el rincón del hogar, sobre el banco de piedra—. Yo no te considero un hechicero, ni un guerrero, ni ninguna cosa ya definitiva. No sé lo que eres, pero me alegra saber que puedes timonear una barca… Lo que serás, nadie lo sabe. Pero una cosa sé: que eres el hijo de Morred y de Serriadh.

Arren guardó silencio. —Eso es verdad, mi señor —dijo al cabo—. Pero… —El Archimago no replicó y él tuvo que terminar la frase—: Pero yo no soy Morred. No soy más que yo mismo.

—¿No te sientes orgulloso de tu linaje?

—Sí, me siento orgulloso… porque hace de mí un príncipe; significa una responsabilidad, una misión de la que hay que ser digno…

El Archimago asintió una vez, brevemente.

—Eso era lo que quería decir. Negar el pasado es negar el futuro. El hombre no construye su destino: lo acepta o lo niega. Si las raíces del serbal no son profundas, el árbol no tendrá corona. —Al oír esto, Arren alzó los ojos, sorprendido, porque su nombre verdadero, Lebannen, significaba serbal. Pero el Archimago no lo había nombrado —. Tus raíces son profundas —prosiguió—. Tienes fuerza, y necesitas espacio, espacio para crecer. Así pues, yo te ofrezco, en lugar de una travesía sin riesgos de regreso a Enlad, un viaje incierto hacia lo desconocido. No estás obligado a venir. La elección depende de ti. Pero yo te la ofrezco. Porque estoy cansado de vivir en sitios seguros, bajo techo, entre paredes. —Calló bruscamente, y miró alrededor con ojos penetrantes, ciegos.

Arren adivinó la profunda desazón de aquel hombre, y sintió

terror. Pero el miedo afila el ánimo, y con el corazón sobresaltado respondió al punto: —Mi señor, elijo ir con vos.

Arren salió de la Casa Grande con el corazón y el espíritu embargados de asombro. Se decía que era feliz, pero la palabra no parecía ser la adecuada. Que era fuerte, le había dicho el Archimago, un hombre llamado a un gran destino, y esas alabanzas, se decía, lo enorgullecían. Pero él no sentía ningún orgullo. ¿Por qué no? El mago más poderoso del mundo le había dicho: «Mañana nos haremos a la mar, rumbo a las orillas del Destino», y él había asentido, e iría: ¿no tendría que sentir orgullo? Pero no era así. Sólo sentía extrañeza.

Bajó por las sinuosas y empinadas calles de Zuil-burgo, buscó en los muelles al capitán de su nave, y le dijo: —Parto mañana con el Archimago hacia Wathort y el Confín Austral. Di al Príncipe, mi padre, que cuando haya cumplido este servicio regresaré a Berila.

El capitán puso mala cara. Sabía cómo podía ser recibido por el Príncipe de Enlad el portador de semejante nueva. —Tendré que llevar una palabra escrita de vuestro puño y letra, príncipe —dijo.

Considerando que esto era justo, Arren partió de prisa. Sentía que tenía que hacerlo todo en el momento y encontró una extraña tiendecita en la que compró una piedra de tinta, un pincel y una hoja de papel terso y grueso como el fieltro; luego volvió a paso rápido a los muelles y se sentó en el embarcadero para escribir a sus padres. Cuando imaginó a su madre con esa misma hoja de papel en la mano, leyendo la carta, lo invadió una profunda tristeza. Ella era una mujer alegre y paciente, pero Arren sabía que él era la fuente de ese contentó, y que ella esperaba ansiosa a que él regresara. No había modo de que olvidara esa larga ausencia. La carta fue seca y breve. Firmó con la runa-espada, selló la carta con un poco de brea para calafatear que encontró en un caldero, y la entregó al capitán del navío. De pronto: —¡Espera! —dijo; como si la nave fuese a levar anclas en ese mismo instante, y echó a correr cuesta arriba por el empedrado de las calles escarpadas hacia la extraña tiendecita. Le fue difícil dar con ella porque había algo raro en las calles de Zuil: era casi como si los recodos y revueltas fuesen distintos cada vez. Dio al fin con la calleja que buscaba, y entró en la tienda como una exhalación, apartando las sartas de abalorios que adornaban la entrada. Antes, cuando comprara la tinta y el papel, había visto en un escaparate de broches y prendedores uno de plata que tenía la forma de una rosa silvestre; y su madre se llamaba Rosa—. Llevaré éste —dijo con un aire de impaciencia principesca.

—Una antigua orfebrería de plata de la Isla de O. Veo que sois buen conocedor de antigüedades —dijo el tendero, mirando no la espléndida vaina, sino la empuñadura de la espada de Arren—. Os costará cuatro marfiles.

Arren pagó sin protestar el precio más bien alto; tenía la escarcela repleta de las piezas de marfil que en las Comarcas Interiores se utilizan como dinero. La idea de un regalo para su madre lo complacía; el acto de comprar lo complacía; al salir de la tienda apoyó la mano en el pomo de la espada, con un toque de jactancia.

El Príncipe le había dado esa espada cuando Arren iba a dejar Enland, el día anterior, y él la había recibido solemnemente; y la había llevado en el cinto como si fuese un deber, incluso durante la travesía. Sentía con orgullo el peso del arma sobre la cadera, el peso de los años incontables sobre la mente. Porque aquella era la espada de Serriadh, el hijo de Morred y Elfarran; no había en el mundo ninguna más antigua, a no ser la espada de Erreth-Akbé, que estaba clavada en la cumbrera de la Torre de los Reyes, en Havnor. Ésta no había estado guardada jamás, siempre había sido usada; y sin embargo, los siglos no la habían gastado, ni debilitado, pues la habían forjado con un encantamiento muy poderoso. La historia decía que nunca había sido desenvainada, y jamás lo sería, excepto al servicio de la vida. Jamás se dejaría esgrimir para saciar la sed de sangre, de codicia o de venganza, ni en guerras de conquista. De ella, el tesoro más grande del palacio, había recibido Arren su nombre común: Arrendek la llamaba de niño: «la pequeña Espada».

El nunca la había utilizado, ni tampoco su padre, ni su abuelo. La paz había reinado en Enlad durante muchos años.

Y ahora, en la calle de la extraña ciudad de la Isla de los Magos, la empuñadura de la espada le parecía extraña cuando la tocaba. La sentía indócil y fría. Era pesada, le entorpecía la marcha; tironeaba de él. La impresión de maravilla persistía, pero se había enfriado. Bajó de nuevo al muelle, le dio al capitán de la nave el broche para su madre, y se despidió deseándole un buen viaje de regreso. Al volverse, cubrió con la capa la vaina que guardaba el arma antigua e inflexible, la cosa mortífera que había heredado. Ya no se sentía con ánimo jactancioso. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntaba mientras trepaba por los senderos angostos, ahora sin prisa, en dirección a la Casa Grande, maciza como una fortaleza, que se elevaba por encima de la ciudad. «¿Cómo es que no estoy viajando de vuelta a casa? ¿Por qué voy a partir en busca de algo que no comprendo, con un hombre a quien no conozco?»

Y no encontraba respuesta a estas preguntas.

3. Hortburgo

En la oscuridad que precede al alba, Arren se puso las ropas que le habían dado, una indumentaria marinera muy gastada pero limpia, y por los corredores silenciosos de la Casa Grande se encaminó de prisa hacia la puerta del este, tallada en cuerno y diente de dragón. Allí el Portero le abrió la puerta y le indicó el camino con una ligera sonrisa. Arren echó a andar por la calle más alta de la villa y luego por un sendero que descendía hasta las casetas de botes de la Escuela, en la playa de la bahía, al sur de los diques de Zuil. Apenas si veía el camino. Los árboles, los tejados, las colinas eran bultos negros e informes. El aire oscuro no se movía, y hacía mucho frío. Todo era quietud, silencio, recogimiento y oscuridad. Sólo en el este, por encima del mar insondable, se divisaba una vaga línea clara: el horizonte, que parecía volcarse hacia el sol todavía invisible.

Llegó a la escalera de la caseta. No había nadie allí, ningún movimiento. Envuelto en un grueso capote marinero y con gorra de lana, Arren no sentía frío, pero tiritaba mientras aguardaba en la oscuridad, en los peldaños de piedra.

Las casetas se recortaban negras contra la negrura del agua, y de pronto llegó de allí un golpe seco, tres veces repetido. A Arren se le erizaron los cabellos. Una sombra alargada resbaló, silenciosa, sobre el agua: una embarcación se deslizaba hacia el muelle. Arren se precipitó escaleras abajo, corrió hasta el espigón y saltó a la barca.

—Ponte al timón —dijo el Archimago, una figura borrosa que se movía, ágil, en la proa— y sujétalo con firmeza mientras yo izo la vela.

Estaban ya fuera del puerto, y la vela, desplegándose como un ala blanca, reflejaba la luz creciente.

—Sopla un viento del oeste y no tenemos que remar para salir de la bahía, un regalo de despedida del Maestro de Vientos, no me cabe duda. Presta atención, hijo, ¡la barca es muy ligera de timón! Bien. Un viento del oeste, y un amanecer claro para el Día de Equilibrio de la primavera.

—¿Es *Miralejos* esta barca? —Arren conocía de oídas la embarcación del Archimago, a través de cantares y leyendas.

—Sí —dijo el otro, atareado con los cordajes. La barca corcoveaba y viraba a medida que arreciaba el viento; Arren apretó los dientes y se esforzó por mantener el rumbo.

—Es ligera de timón, pero un tanto empecinada, señor.

El Archimago rió. —Déjala que haga su voluntad; también es sabia. Escucha, Arren —y se arrodilló sobre la bancada para mirar de frente al muchacho—, yo no soy señor ahora, ni tú eres un príncipe.

Yo soy un mercader y me llamo Halcón, y tú eres mi sobrino, a quien estoy haciendo conocer los mares, y te llamas Arren; porque venimos de Enlad. ¿De qué ciudad? Una grande, por si nos topamos con algún conciudadano.

—¿Temeré, en la costa meridional? Las gentes de allí comercian con todos los Confines.

El Archimago asintió.

—Pero —dijo Arren con cautela—, vos no tenéis el acento de Enlad.

—Lo sé. Tengo el acento de Gont —dijo el Archimago riéndose, y alzó los ojos hacia la claridad del Levante—. Pero pienso que tú podrás prestarme lo que necesito. Así pues, venimos de Temeré en nuestra barca *Delfín*, y yo no soy ni señor, ni mago, ni Gavilán, sino… ¿cómo me llamo?

—Halcón, mi señor —dijo Arren, y en seguida se mordió la lengua.

—Práctica, sobrino mío —dijo el Archimago—. Práctica es lo que necesitas. Tú nunca has sido otra cosa que un príncipe. Yo en cambio he sido muchas cosas, y la última, y quizá la menos importante, un Archimago… Vamos rumbo al sur, en busca de la emelita, esa piedra verde que se usa para tallar amuletos. Sé que es muy apreciada en Enlad. Hacen con ella amuletos contra el reumatismo, las luxaciones, los tortícolis y los deslices de la lengua.

Tras un momento de perplejidad, Arren se echó a reír; y cuando alzó la cabeza y la barca se encaramó sobre una larga ola, vio el limbo del sol contra el filo del océano, un fulgor de oro súbito allá, delante de ellos.

Gavilán estaba de pie con una mano en el mástil, pues la ligera embarcación saltaba sobre las olas encrespadas, y él cantaba de cara al sol naciente del equinoccio de primavera. Arren no conocía el Habla Arcana, la lengua de los magos y de los dragones, pero adivinaba el júbilo y las alabanzas que había en las palabras, ordenadas en largas cadencias, como el flujo y el reflujo de las mareas o el equilibrio del día y de la noche en eterna sucesión. Las gaviotas graznaban en el viento, y las costas de la Bahía de Zuil se deslizaban a derecha e izquierda. Así penetraron en las olas largas, cuajadas de luz, del Mar Interior.

De Roke a Hortburgo no hay mucha distancia, pero pasaron tres noches en alta mar. El Archimago, que se había mostrado ansioso por partir, ahora que estaban en viaje era más que paciente.

Aunque los vientos empezaron a soplar en contra tan pronto se alejaron de la atmósfera encantada de Roke, no levantó un viento de magia como cualquier hacedor de vientos hubiera hecho; pasó, por el contrario, largas horas enseñando a Arren a dominar la barca contra

los fuertes vientos de proa, en el mar erizado de rocas al este de Isel. La segunda noche de navegación llovió, una lluvia de marzo borrascosa y fría; sin embargo, no trató de ahuyentarla con encantamientos. A la noche siguiente, mientras navegaban al pairo en las afueras del puerto de Hort, en una calma oscura, fría y brumosa, Arren se dio cuenta de que en el corto tiempo en que habían estado juntos, no había visto al Archimago hacer ninguna magia.

Era, sin embargo, un eximio hombre de mar. En aquellos tres días de navegación, Arren había aprendido más que en diez años de prácticas náuticas y regatas en la Bahía de Berila. Y entre un mago y un marino no hay al fin y al cabo tanta diferencia: los dos trabajan con los poderes de los cielos y el mar, los dos manejan los grandes vientos, para acercar lo que está distante. Archimago o Halcón el mercader viajero, venían a ser lo mismo.

Era un hombre más bien silencioso, aunque de excelente talante. Jamás una torpeza de Arren lo impacientaba; era afable; mejor camarada de a bordo no hubiera podido tener, pensaba Arren. Pero a veces callaba durante horas y horas, y cuando al fin llegaba el momento de hablar, había como una gran dureza en su voz, y traspasaba a Arren con la mirada. Esto no debilitaba el amor que el muchacho le tenía, pero quizá sí, en cierto modo, el gusto de estar con él; era un poco sobrecogedor. Gavilán advirtió el cambio acaso, porque en esa noche brumosa, mar afuera de Wathort, empezó de pronto a hablar de sí mismo, un tanto entrecortadamente: —No siento ningún deseo de estar otra vez entre los hombres, mañana. He estado fingiendo que soy un hombre libre… Que nada anda mal en el mundo. Que no soy Archimago, y ni siquiera hechicero. Que soy Halcón de Temeré, un hombre sin responsabilidades ni privilegios, que no le debe nada a nadie. —Hizo una pausa, y al cabo de un momento prosiguió—: Procura elegir con cuidado, Arren, cuando te llegue la hora de las grandes opciones. Cuando yo era joven tuve que escoger entre la vida de ser y la vida de actuar. Y salté a la segunda como una trucha sobre una mosca. Pero cada uno de tus gestos, cada acto, te ata a él y a sus consecuencias, y te obliga a actuar otra vez, y otra y otra vez. Y es muy raro, entonces, que encuentres un espacio, un momento de tiempo como éste, entre acto y acto, en el que puedas detenerte y simplemente ser. O preguntarte quién, a fin de cuentas, eres tú.

¿Cómo un hombre semejante, pensó Arren, podía tener dudas acerca de quién y qué era? Siempre había supuesto que esas dudas eran propias de los jóvenes, de quienes aún no habían hecho nada en la vida.

La barca se balanceaba en la inmensa y fría oscuridad.

—Es por eso que me gusta el mar —dijo desde la oscuridad la voz de Gavilán.

Arren lo comprendía; pero sus propios pensamientos, los mismos de esos tres días y tres noches, iban más lejos: la búsqueda que habían emprendido, la meta de la travesía. Y puesto que su compañero estaba al fin de humor locuaz, se animó a preguntar: —¿Creéis que en Hortburgo encontraremos lo que buscamos?

Gavilán sacudió la cabeza, quizá queriendo decir que no, o que no lo sabía.

—¿Podrá ser una especie de peste, una plaga que va de una tierra a otra arruinando las cosechas y los rebaños y el espíritu de los hombres?

—Una peste es un movimiento de la Gran Balanza, del Equilibrio mismo; esto es diferente. Tiene el olor fétido del mal. Podemos llegar a sufrir, cuando el equilibrio de las cosas busca su justo nivel, pero no perdemos la esperanza, ni renunciamos al arte, ni olvidamos las palabras de la Creación. La naturaleza no es antinatural. Esto no es una búsqueda del equilibrio, sino una ruptura. Y sólo hay una criatura capaz de provocarla.

—¿Un hombre? —dijo Arren, inseguro.

—Nosotros, los hombres.

—¿Cómo?

—Por un desmesurado deseo de vida.

—¿De vida? Pero ¿es malo acaso querer vivir?

—No. Pero cuando ambicionamos poder sobre la vida, riqueza inagotable, seguridad inexpugnable, inmortalidad… entonces el deseo se convierte en codicia. Y si a esa codicia se suma el saber, sobreviene el mal. Entonces el equilibrio del mundo se perturba, y el peso de la destrucción inclina la balanza.

Arren sopesó un momento lo que acababa de oír; al fin dijo: —¿Creéis entonces que es un hombre lo que buscamos?

—Un hombre, y un mago. Sí, eso creo.

—Pero yo pensaba, por lo que me enseñaron mi padre y mis maestros, que las grandes artes de la Magia dependían de la Balanza, del Equilibrio de las cosas, y no podían ser utilizadas para el mal.

—Ese —dijo Gavilán con un resabio de ironía— es un punto de vista discutible. *Infinitas son las discusiones de los magos*… Todas las comarcas de Terramar saben de brujas que echan sortilegios inmundos, de hechiceros que emplean sus artes para conseguir riquezas. Pero hay más. El Señor del Fuego, que intentó deshacer la oscuridad y detener el sol en el cenit, era un gran mago; el mismo Erreth-Akbé consiguió a duras penas derrotarlo. El enemigo de Morred era otro de esta especie.

Dondequiera que fuese, grandes ciudades se postraban a sus pies; los ejércitos combatían por él. El maleficio que urdió contra Morred era tan poderoso que aun después de que él sucumbiera siguió

actuando sin que nadie lo pudiese detener, y la isla de Solea fue devorada por el mar, y todo en ella pereció. Eran hombres en quienes la fuerza y el saber estaban al servicio del mal, y de él se nutrían. Si la hechicería que sirve a un fin más noble será siempre la más fuerte, es algo que ignoramos. Esperamos que lo sea.

Es desolador encontrar sólo esperanza allí donde uno confiaba encontrar certeza. Pero ningún deseo sentía Arren de quedarse en aquellas cumbres frías. Al cabo de un silencio, dijo: —Entiendo por qué decís que sólo los hombres hacen el mal, me parece. Hasta los tiburones son inocentes; ellos matan por necesidad.

—Es por eso que nada se nos resiste. Una sola cosa en el mundo puede resistir a un hombre malvado de corazón: otro hombre. En nuestra vergüenza está nuestra grandeza. Sólo nuestro espíritu, que es capaz del mal, es capaz también de dominarlo.

—Pero los dragones —dijo Arren—, ¿no hacen mucho mal? ¿Son acaso inocentes?

—¡Los dragones! Los dragones son avariciosos, insaciables, traicioneros; criaturas sin piedad, sin remordimientos. Pero ¿son malvados? ¿Quién soy yo para juzgar los actos de los dragones?… Ellos son más sabios que los hombres. Pasa con ellos como con los sueños, Arren. Nosotros, los hombres, soñamos sueños, hacemos magia, obramos bien, obramos mal. Los dragones no sueñan. Son sueños. Ellos no hacen magia: la magia es la sustancia, el ser de los dragones. Ellos no actúan: son.

—En Serilune —dijo Arren— está la piel de Bar Oth, muerto por Keor, Príncipe de Enlad, hace trescientos años. Ningún dragón ha venido a Enlad desde ese día. Yo he visto la piel de Bar Oth. Es pesada como de hierro, y tan grande que si se la extendiese cubriría toda la plaza del mercado de Serilune, dicen. Los dientes son tan largos como mi antebrazo. Sin embargo, dicen que Bar Oth era un dragón joven, no adulto todavía.

—Hay en ti un deseo —dijo Gavilán—: ver dragones.

—Sí.

—Tienen la sangre fría, y venenosa. No has de mirarlos a los ojos. Son más viejos que la humanidad… —Calló un momento y luego continuó—: Y aunque un día yo llegara a olvidar o lamentar todo cuanto he hecho siempre me acordaría de que una vez vi cómo los dragones volaban en el viento del crepúsculo, sobre las islas occidentales, y me sentiría dichoso.

Luego los dos callaron; y no hubo otro sonido que el cuchicheo del agua contra la barca, y ninguna luz. Y allá en alta mar, al fin se durmieron.

En la bruma luminosa de la mañana llegaron al Puerto de Hort, donde había un centenar de embarcaciones amarradas a los muelles o

a punto de hacerse a la mar: barcas de pesca, cangrejeras, jábegas, buques mercantes, dos galeras de veinte remos, y una tercera de sesenta remos en carena y con graves averías, y algunos veleros largos y esbeltos con altas velas triangulares que capeaban los vientos de altura en las tórridas calmas del Confín Austral.

—¿Es una nave de guerra? —preguntó Arren cuando pasaban delante de una de las galeras de veinte remos, y su compañero respondió:

—Un galeón de esclavos, a juzgar por las cadenas y grilletes atornillados a la cala. Se trafica con seres humanos en el Confín Austral.

Arren pensó un momento en lo que acababa de oír, y luego fue hasta la caja de herramientas y sacó de ella la espada que había guardado bien envuelta en la mañana de la partida. La desenvolvió y permaneció de pie, indeciso, con la espada envainada entre las manos, el cinto colgando del pomo.

—No es la espada de un mercader viajero. La vaina es demasiado espléndida.

Gavilán, atareado con el timón, lo miró de soslayo. —Llévala si quieres.

—Pensé que tal vez fuese prudente.

—Si de espadas se trata, ésta es prudente —dijo el mago, la mirada alerta, buscando un paso para la barca entre las embarcaciones que se apretaban en la bahía—. ¿No es una espada que se resiste a ser utilizada?

Arren asintió. —Eso dicen. Sin embargo ha matado. Ha matado hombres. —Miró la delgada empuñadura, gastada por el contacto de las manos—. Ella, no yo. Hace que me sienta tonto. Es tanto más vieja que yo… Llevaré mi cuchillo —concluyó, y envolvió otra vez la espada y la empujó hasta el fondo de la caja de herramientas. Tenía una expresión de perplejidad y cólera.

—¿Quieres tomar los remos ahora, hijo? —preguntó Gavilán al cabo de un momento—. Vamos hacia el muelle, allí, cerca de la escalera.

Hortburgo, uno de los Siete Grandes Puertos del Archipiélago, trepaba desde la bulliciosa zona portuaria por las laderas de tres escarpadas colinas en una algarabía de color. Las casas eran de arcilla revocada de rojo, naranja, amarillo, blanco; los techos eran de tejas de color rojo-púrpura; las copas de los píndicos en flor eran una masa roja oscura a lo largo de las calles más altas. Unos toldos de llamativas franjas de colores daban sombra a las estrechas plazas de los mercados. Los muelles resplandecían al sol; las callejuelas que partían del frente marítimo eran como estrías oscuras, pobladas de sombras, de gente, de ruido.

Cuando hubieron anclado la barca, Gavilán se agachó, como para examinar el nudo de amarre, y dijo: —Arren, en Wathort hay gente que me conoce demasiado bien; obsérvame pues, así podrás reconocerme. —Cuando se enderezó, no se le veía en la cara ninguna cicatriz. Tenía los cabellos completamente grises; la nariz ancha y un tanto respingada; y en vez de una vara de madera de tejo alta como él, llevaba en la mano una corta vara de marfil, que guardó bajo la camisa—. ¿Me conoces? —preguntó con una ancha sonrisa, y hablando con el acento de Enlad—. ¿O es que nunca has fisto a tu chío?

En la corte de Berila, Arren había observado cómo otros hechiceros cambiaban de apariencia cuando interpretaban la *Gesta de Morred*, y sabía que era sólo una ilusión; no se amilanó y alcanzó a responder: —¡Oh sí, chío Halgón!

Sin embargo, mientras el mago regateaba con el guardia del puerto el arancel de muelle y vigilancia, Arren no dejaba de mirarlo, como asegurándose de que en verdad lo conocía. Y cuanto más lo miraba, más —no menos— lo turbaba la transformación. Era demasiado completa. Este hombre no era el Archimago, el guía y maestro de infinita sapiencia… El arancel que el guardia reclamaba era alto, y Gavilán lo pagó a regañadientes, y siempre regañando echó a andar con Arren a grandes trancos. —¡Vaya prueba para mi paciencia! —dijo—. ¡Pagarle a ese gordo ladrón para que me cuide la barca cuando medio sortilegio haría mejor el trabajo! Bueno, es el precio del disfraz… Y he olvidado hablar como corresponde, ¿no es así, sobrino?

Iban subiendo por una calle estrafalaria y hedionda, atestada de gente, flanqueada de comercios, poco más que tenderetes, cuyos propietarios, de pie en los umbrales, entre montones e hileras de mercancías, pregonaban la belleza y baratura de sus marmitas, calcetines, sombreros, palas, alfileres, bolsos, calderas, cestas, atizadores, cuchillos, cuerdas, cerrojos, ropas de cama y todo tipo de artículos de quincallería y mercería.

—¿Es una feria?

—¿Eh? —dijo el hombre de la nariz respingona, inclinando la canosa cabeza.

—¿Es una feria, chío?

—¿Una feria? No, no. Aquí es siempre así, durante todo el año. ¡Guarda tus pasteles de pescado, mujer, que ya he desayunado! —Y Arren trataba de desembarazarse de un hombre que llevaba una bandeja cargada de pequeños búcaros de bronce y lo seguía pisándole los talones, gimoteando:

—Compra, prueba, mi amo, hermoso doncel, que no te decepcionarán, el aliento te perfumarán como las rosas de Nimima, y

hechizará para ti a las mujeres, pruébalos, joven señor de los mares, joven príncipe…

De repente, Gavilán se había interpuesto entre Arren y el buhonero, diciendo: —¿Qué encantamientos son ésos?

—¡Encantamientos no! —gimoteó el hombre reculando con presteza—. ¡Yo no vendo encantamientos, gran capitán! Sólo jarabes para endulzar el aliento después de la bebida o la raíz de la hazia… ¡Sólo jarabes, gran príncipe! —Se acurrucó en el pavimento de piedra; los búcaros de la bandeja se entrechocaron tintineando, y algunos se inclinaron, y en los bordes asomó una gota, rosada o violácea, de la sustancia viscosa que contenían.

Gavilán se apartó en silencio y siguió caminando con Arren. Pronto la muchedumbre que iba y venía por la calle se hizo menos densa y los comercios que la flanqueaban se trocaron en tiendas miserables, covachas que ostentaban por toda mercancía un puñado de clavos torcidos, un mortero roto, un viejo peine de cardar. Aquella pobreza le repugnaba a Arren menos que el resto; en el sector rico de la calle se había sentido ahogado, asfixiado por la presión de las cosas que se ofrecían en venta y las voces que lo instaban a gritos a comprar, comprar. Y la abyección del buhonero le había causado horror. Pensaba en las calles frías y luminosas de su ciudad allá en el Norte. Ningún hombre en Berila se degradaría de ese modo delante de un extraño. —¡Es gente despreciable! —dijo.

—Por aquí, sofrino —fue la réplica del mago. Doblaron por un pasaje lateral entre los muros altos, rojos y sin ventanas que corrían por el flanco de la colina y atravesaban un arco adornado con banderas decrépitas, para salir de nuevo a la luz del sol en una plazoleta empinada, otro mercado atestado de quioscos y tenderetes, pululante de gente y de moscas.

En las aceras de la plazoleta había hombres y mujeres sentados o tumbados de espalda, inmóviles. Las bocas de todos ellos tenían un aspecto extraño, un color negruzco, como magulladas, y las moscas les revoloteaban alrededor de los labios y se apiñaban en ellos como racimos de uvas secas.

—¡Cuántos! —dijo, baja y agitada, la voz de Gavilán como si también él se hubiera sorprendido; pero cuando Arren lo miró, sólo vio la cara roma e imperturbable de Halcón, el enérgico mercader, en la que no había ninguna inquietud.

—¿Qué le pasa a toda esa gente?

—Hazia. Una sustancia que calma y entorpece, que separa el cuerpo de la mente. Y la mente vaga en libertad. Pero cuando retorna al cuerpo, necesita más hazia… Y la necesidad crece y crece; y la vida se acorta, porque la hazia es un veneno. Al principio hay un temblor, luego la parálisis, y al fin la muerte.

Arren observaba a una mujer sentada contra un muro al calor del sol; había levantado la mano como para espantarse las moscas de la cara, pero la mano describía en el aire un movimiento circular, convulsivo, como si su dueña la hubiese olvidado, y sólo la moviesen los impulsos repetidos de una perlesía o un temblor muscular. El gesto tenía algo de encantamiento, pero vacío de toda intención, un sortilegio sin significado.

También Halcón la estaba mirando, el rostro inexpresivo. —¡Sigamos! —dijo.

Cruzó la plaza hacia un tenderete a la sombra de un entoldado. Franjas de sol coloreadas de verde, naranja, limón, carmesí y azur atravesaban las telas y los chales y los cinturones trenzados, y danzaban multiplicándose en los espejos diminutos que adornaban el peinado alto y empenachado de la mujer que vendía la mercancía: una mujer gorda, corpulenta, y que salmodiaba con un vozarrón: —¡Sedas, rasos, cañamazos, pieles, fieltros, lanas, vellones de Gont, gasas de Sowl, sedas de Lorbanería! ¡Eh, vosotros, hombres del Norte, quitaos esos capotes acolchados! ¿No veis que ha salido el sol? ¿Qué os parece esta seda para llevarla a una muchacha en la lejana Havnor? ¡Ved esta seda del Sur, tenue como ala de efímera! —Había desplegado con manos expertas un rollo de una seda diáfana, de color rosado, atravesada por hilos de plata.

—Que no, mujer, que no tenemos reinas por esposas —dijo Halcón, y la voz de la vendedora se elevó como una trompeta:

—¿Con qué vestís entonces a vuestras mujeres? ¿Con arpillera? ¿Con lona de velas? ¡Tacaños que os negáis a comprar una pieza de seda para una pobrecita que está helándose en las nieves eternas del Norte! ¿Qué os parece esto entonces, este vellón gontés para ayudaros a mantenerla caliente en las noches de invierno? —Tiró sobre el mostrador un gran pañolón pardo y crema, tejido con el pelo sedoso de las cabras de las islas septentrionales. El supuesto mercader extendió la mano y lo palpó; y sonrió.

—Ah, ¿sois gontesco? —dijo la voz de trompeta, y el peinado oscilante lanzó alrededor mil puntos multicolores que giraron sobre el palio de lona y la tela.

—Esto es una manualidad andradiana; ¿lo ve usted? —dijo Halcón—. No hay más que cuatro hilos de cadena en el ancho de un dedo. En Gont son seis, o más. Pero dígame por qué ha cambiado usted la magia por la venta de fruslerías. Cuando estuve aquí, hace años, la vi sacando llamas de las orejas de los hombres, y transformando las llamas en pájaros y en campanas de oro, y era un negocio mucho más agradable.

—No era ningún negocio —dijo la mujerona, y por un instante Arren advirtió que la mujer los miraba fijamente, a él y a Halcón, con

ojos duros y acerados como ágatas, entre el centelleo y el revuelo de las plumas y los espejos refulgentes.

—Era bonito, eso de sacar fuego de las orejas —dijo Halcón en un tono de voz obstinado pero inocente—. Me hubiera gustado que lo viera mi sofrino.

—Bueno, escuchadme ahora—dijo la mujer con menos aspereza, apoyando los enormes brazos y los pesados pechos sobre el mostrador —. Ya no hacemos esos trucos. La gente no los quiere. Están hartos. Estos espejos, veo que os acordáis de mis espejos —y sacudió la cabeza haciendo que los puntos de luz coloreada se reflejaran y giraran en un torbellino—; sí, se puede confundir a un hombre con el centelleo de estos espejos, y con palabras y otros artificios que no voy a deciros, hasta que crea ver lo que no ve, lo que no existe. Como las llamas y las campanas de oro, o las vestiduras con que engalanaba a los marineros, brocados de oro con diamantes grandes como albaricoques, y allá iban ellos, pavoneándose como el Rey de Todas las Islas… Pero eran supercherías, tramoyas. Es fácil engañar a los hombres. Son como polluelos hechizados por una serpiente, por un dedo extendido. Los hombres son como polluelos. Pero a la larga se dan cuenta de que han sido engañados, engatusados, y se enfadan, y pierden el gusto por estas cosas. Es por eso que he cambiado de oficio, y es posible que no todas las sedas sean sedas ni todos los vellones gontescos, pero al menos existen… ¡existen! Son reales, y no mentiras, mentiras y aire, como las vestiduras de brocado de oro.

—Bueno, bueno —dijo Halcón—. ¿Así que no queda nadie en Hortburgo que haga brotar fuego e las orejas, que obre alguna magia como antaño?

La mujer arrugó el entrecejo; se irguió y empezó a doblar con esmero el vellón. —Los que quieren mentiras y visiones mascan hazia —dijo—. ¡Id a hablar con ellos, si queréis! —Señaló con un movimiento de cabeza las figuras inmóviles alrededor de la plaza.

—Pero había hechiceros, aquellos que encantaban los vientos para los navegantes y echaban sortilegios de fortuna sobre los cargamentos. ¿Todos ellos han cambiado de oficio?

Mas la mujer, repentinamente furiosa, estalló en gritos estridentes: —Hay un hechicero, si queréis uno, y famoso, un mago con vara y todo… ¿lo veis allí? Ha navegado con el mismísimo Egre, levantando vientos y descubriendo galeones repletos de tesoros, eso decía él, pero todo era un engaño, y el Capitán Egre lo recompensó al fin como merecía, le cortó la mano derecha. Y vedlo allí, ahora, con la boca llena de hazia y la panza llena de aire. ¡Aire y mentiras! ¡Aire y mentiras! ¡A eso se reduce vuestra famosa magia, Capitán Chivo!

—Calma, calma, mujer —dijo Halcón, amable y firme a la vez—. Era una pregunta, nada más. —Con un revuelo de puntos rutilantes, la

mujerona le volvió la ancha espalda, y Halcón echó a andar otra vez delante de Arren.

No caminaba a la ventura: iba hacia el hombre que la mujer le había señalado. Sentado en el suelo, de espaldas contra un muro, contemplaba el vacío. Aquel rostro cetrino y barbado había sido hermoso alguna vez. El muñón rugoso yacía sobre las piedras del pavimento a la luz refulgente, cálida del sol.

Detrás de ellos, entre los tenderetes, había algún alboroto, pero a Arren le era imposible apartar la mirada de aquel hombre, paralizado por una fascinación abominable. —¿Será verdad que ha sido un hechicero? —preguntó con voz muy queda.

—Tal vez sea aquél a quien llamaban Liebre, el que fue hacedor de vientos para el pirata Egre. Eran ladrones famosos… ¡Cuidado, Arren, apártate! —Un hombre salió corriendo como una exhalación de entre los tenderetes y estuvo en un tris de atropellarlos. Otro apareció trotando, debatiéndose bajo el peso de una gran bandeja plegadiza cargada de cordones, trencillas y puntillas. Un tenderete se derrumbó con estrépito; los tenderos replegaban o desmantelaban precipitadamente los entoldados; la gente, alborotada, se apiñaba, empujaba y forcejeaba a través de toda la plaza; las voces se alzaban en una algarabía de gritos y clamores. Y por encima de todo, resonaban los chillidos estridentes de la mujer con el tocado de espejuelos; Arren la vio por el rabillo del ojo esgrimiendo una especie de poste o palo contra una pandilla de hombres, manteniéndolos a raya con grandes estocadas como un espadachín acorralado. Si era una riña que se había extendido transformada en un motín, o un ataque de una gavilla de ladrones, o una reyerta entre dos grupos rivales de buhoneros, era imposible decirlo; la gente iba y venía a la carrera con los brazos cargados de mercancías que acaso fuesen botín o bienes propios salvados del pillaje; había combates a cuchillo, a puñetazos, y grescas en toda la plaza.

—Por aquí —dijo Arren, señalando una calle transversal que salía de la plaza cerca de donde estaban ellos, porque era evidente que más les valía eclipsarse cuanto antes; pero su compañero lo tomó por el brazo. Arren volvió la cabeza y vio que el hombre llamado Liebre trataba de levantarse. Cuando estuvo en pie se tambaleó un momento, y luego, sin mirar alrededor, echó a andar por el borde de la plaza, arrastrando su única mano por las paredes de los edificios como para guiarse o sostenerse.

—No lo pierdas de vista —le dijo Gavilán, y fueron detrás de él. Nadie los importunó, ni a ellos ni al hombre a quien seguían, y en un minuto estuvieron fuera de la plaza del mercado, caminando cuesta abajo en el silencio de una callejuela estrecha y tortuosa.

En lo alto, las buhardas de las casas se tocaban casi de acera a

acera, cegando la luz; abajo, los pies resbalaban en el agua y la basura que cubrían las piedras de la calle. Liebre avanzaba a buen paso, aunque seguía arrastrando la mano a lo largo de los muros, como un ciego. Tenían que seguirlo de cerca para no perderlo en un cruce. La excitación de la caza invadió repentinamente a Arren; todos sus sentidos estaban en alerta, como en una cacería de ciervos en los bosques de Enlad; veía con vívida nitidez cada rostro que encontraban, y aspiraba el hedor dulzón de la ciudad, un olor a basura, incienso, carroña y flores. Cuando se internaron por una calle ancha y multitudinaria oyó el redoble de un tambor, y vio una fila de hombres y mujeres desnudos, encadenados unos a otros por la muñeca y la cintura, el pelo enmarañado colgando sobre los rostros; una mirada fugaz, y ya habían desaparecido, en tanto Arren descendía en pos de Liebre un tramo de escaleras que desembocaba en una plazoleta cuadrada, estrecha y desierta, excepto por unas pocas mujeres que cotilleaban junto a la fuente.

Allí Gavilán dio alcance a Liebre y le puso una mano sobre el hombro, Liebre se encogió como un animal escaldado, retrocedió tambaleándose y fue a refugiarse bajo un amplio portal. Allí se quedó temblando, mirándolos con los ojos ciegos de la presa acorralada.

—¿Te llamas Liebre? —le preguntó Gavilán, hablando con su propia voz, que era áspera de sonido pero de entonación bondadosa. El hombre no dijo nada, como si no hubiera prestado atención o no hubiese oído—. Quiero algo de ti —dijo Gavilán. De nuevo, ninguna respuesta—. Y estoy dispuesto a pagarlo.

Una lenta reacción: —¿Marfil, oro?

—Oro.

—¿Cuánto?

—El mago conoce el valor del hechizo.

El rostro de Liebre se encogió y cambió, cobró vida un instante, tan breve que fue como un chispeo, para ensombrecerse otra vez, inexpresivo.

—Todo eso ha acabado —dijo—, ha acabado.

Un acceso de tos lo dobló en dos; escupió algo negro. Cuando se enderezó, se quedó quieto, estremeciéndose, como si no recordara lo que habían estado hablando.

Una vez más Arren lo observó, fascinado. El portal estaba flanqueado por dos figuras gigantescas, estatuas cuyos cuellos se combaban bajo el peso de un frontón y cuyos cuerpos de músculos nudosos emergían sólo en parte del muro, como si hubiesen intentando evadirse de la piedra hacia la vida y a mitad de camino hubiesen fracasado. La puerta que custodiaban se había podrido sobre sus goznes; la casa, antaño un palacio, estaba abandonada. En las caras lúgubres, protuberantes de los colosos había resquebrajaduras y

manchas de liquen. Entre estas estatuas gigantescas, el hombre llamado Liebre era una figura endeble y frágil, los ojos tan sombríos como las ventanas de la mansión vacía. Levantó el brazo mutilado entre él y Gavilán, y gimió:

—Una pequeña limosna para un pobre inválido, capitán…

El mago hizo una mueca, como de dolor o de vergüenza, y por un momento, Arren creyó atisbar su verdadero rostro, bajo el disfraz. Volvió a posar la mano en el hombro de Liebre y pronunció en voz baja algunas palabras, en la lengua mágica que Arren no comprendía.

Pero Liebre comprendió. Se aferró a Gavilán con su única mano, y balbuceó: —Tú aquí no puedes hablar… hablar… Ven conmigo, ven…

El mago miró a Arren de soslayo; luego asintió con un movimiento de cabeza.

Bajaron por una sucesión de callejuelas empinadas hasta uno de los valles, entre las tres colinas de Hortburgo. Los senderos se volvían cada vez más angostos, más lóbregos y silenciosos a medida que descendían. El cielo era una franja pálida entre los aleros voladizos, y los muros de las casas a uno y otro lado rezumaban de humedad. Por el fondo de la garganta corría un riacho maloliente como una cloaca abierta; entre los arcos de los puentes, en las riberas del riacho, se apiñaban las casas, y en el portal de una de esas casas entró Liebre, desvaneciéndose como la llama de un candil que se apaga. Gavilán y Arren lo siguieron.

Los peldaños de la escalera en tinieblas cedían y crujían mientras trepaban. Al llegar al rellano Liebre empujó una puerta, y entonces pudieron ver adónde habían llegado: una habitación vacía con una yacija de paja en un rincón y una ventana sin vidrios con las persianas cerradas por las que se filtraba una claridad vaga, polvorienta.

Liebre se volvió para enfrentar a Gavilán y lo tomó por el brazo una vez más. Movía apenas los labios, como si quisiera hablar. Al fin tartamudeó:

—Dragón… dragón…

Gavilán lo miró a los ojos, serenamente, sin decir nada.

—No puedo hablar —murmuró Liebre, y soltó el brazo de Gavilán y se acurrucó en el suelo, llorando.

El mago se arrodilló junto a él y le habló con dulzura en la Lengua Arcana. Arren permanecía de pie junto a la puerta cerrada, la mano sobre el mango del cuchillo.

La luz gris y el cuarto polvoriento, las dos figuras en cuclillas, el sonido suave y extraño de la voz del mago que hablaba en la lengua de los dragones, todo parecía junto, como en la trama de un sueño, sin ninguna relación con lo que acontece fuera o con el tiempo que pasa.

Lentamente, Liebre se incorporó. Se sacudió con la mano el polvo de las rodillas y escondió detrás de la espalda el brazo mutilado. Miró

en torno, miró a Arren; ahora veía lo que miraba. Dio media vuelta y fue a sentarse en el colchón. Arren continuaba de pie, en guardia; pero Gavilán, con la naturalidad de quien en la infancia ha vivido siempre en casas sin muebles, se sentó en el suelo desnudo con las piernas cruzadas. —Cuéntame cómo fue que perdiste tu arte, y la lengua de tu arte —dijo.

Durante un rato Liebre no contestó. Empezó a golpearse el muslo con el brazo mutilado, con movimientos nerviosos, espasmódicos, y al fin dijo, hablando con esfuerzo, como a borbotones: —Me cortaron la mano. Ya no puedo tramar los sortilegios. Me cortaron la mano. Se agotó la sangre, se agotó.

—Pero eso fue después de que perdieras tu poder, Liebre, de lo contrario no hubieran podido hacerlo.

—Mi poder…

—Tu poder sobre los vientos, y las olas, y los hombres. Tú los llamabas por su nombre y ellos te obedecían.

—Sí. Me acuerdo de cuando estaba vivo —dijo el hombre en voz baja y ronca—. Y conocía las palabras, y los nombres…

—¿Estás muerto ahora?

—No. Vivo, sí, vivo. Pero en un tiempo fui un dragón… No estoy muerto. A veces duermo. Dormir se parece mucho a morir, eso lo sabe todo el mundo. Los muertos se te aparecen en sueños, eso lo sabe todo el mundo. Se te aparecen, vivos, y te dicen cosas. Salen de la muerte y vienen a los sueños. Hay un camino. Y aunque camines mucho siempre hay un camino de vuelta. Puedes volver. Puedes encontrarlo si sabes buscar. Y si estás dispuesto a pagar el precio.

—¿Cuál es ese precio? —La voz de Gavilán flotó en el aire turbio como la sombra de una hoja muerta que se desprende de un árbol.

—La vida… ¿qué otra cosa? ¿Con qué, si no es con vida, puede comprarse vida? —Liebre se balanceaba de adelante hacia atrás en el jergón, con un brillo astuto, sibilino en la mirada—. Ya ves —dijo—, me pueden cortar la mano. Me pueden cortar la cabeza. Eso no importa. Yo puedo encontrar el camino de vuelta. Yo sé dónde buscar. Sólo los hombres de poder pueden ir allí.

—¿Los hechiceros, quieres decir?

—Sí. —Liebre titubeó, como si intentara varias veces decir la palabra—. Hombres de poder —repitió—. Y ellos tienen que… y ellos tienen que renunciar. Pagar.

Casi en seguida cayó en un silencio hosco, como si la palabra «pagar» le hubiese despertado algún recuerdo, y se hubiera dado cuenta de que estaba dando información en lugar de venderla. Nada más se pudo sacar de él, ni siquiera las vagas alusiones y balbuceos acerca de «un camino de vuelta», que Gavilán parecía considerar significativas, y pronto el mago se puso de pie. —Bueno —dijo—,

media respuesta vale más que ninguna. Y tal por cual será la paga. —Y con la destreza de un prestidigitador, arrojó frente a Liebre, sobre el jergón, una pieza de oro.

Liebre la recogió. La examinó y luego miró de hito en hito a Gavilán y a Arren, con bruscos movimientos de cabeza. —Espera —balbuceó. La situación había cambiado y ahora buscaba a tientas, miserablemente, las palabras que quería decir—. Esta noche —dijo al fin—. Espera. Esta noche. Tengo hazia.

—No me hace falta.

—Para enseñarte… Para mostrarte el camino. Esta noche. Yo te llevaré. Te lo mostraré. Tú puedes ir, porque tú… tú eres…

Buscó a tientas la palabra hasta que Gavilán dijo:

—Porque soy un hechicero.

—¡Sí! Por eso nosotros podemos… podemos ir allí. Al camino. Cuando yo sueñe. En el sueño. ¿Entiendes? Yo te llevaré. Tú irás conmigo, hasta el… hasta el camino.

Gavilán continuaba de pie, firmemente plantado, pensativo, en el centro de la habitación en penumbra. —Puede ser —dijo al cabo—. Si regresamos estaremos aquí al anochecer. —Luego se volvió hacia Arren, quien abrió la puerta con presteza, impaciente por partir.

La calle umbría y húmeda parecía luminosa como un jardín después de la habitación de Liebre. Tomaron por un atajo que conducía a la ciudad alta, una empinada escalera entre muros cubiertos de hiedra. Arren inhalaba y expulsaba el aire como un león marino. —¡Ufff! ¿Pensáis volver allí?

—Bueno, lo haré si no puedo obtener la misma información de una fuente menos riesgosa. Lo creo capaz de tendernos una celada.

—Pero, ¿no estáis acaso a salvo de ladrones y todas esas cosas?

—¿A salvo? —dijo Gavilán—. ¿Qué quieres decir? ¿Crees que estoy arropado en sortilegios como una vieja que le tiene miedo al reumatismo? No tengo tiempo para eso. Si disfrazo mi rostro es para mantener en secreto nuestra misión; no por otra cosa. Podemos cuidar el uno del otro. Pero el hecho es que no estaremos a salvo de peligros durante este viaje.

—Claro que no —dijo Arren con aspereza, irritado, herido en su amor propio—. Ni era eso lo que yo pretendía.

—Más vale así —dijo el mago, inflexible, pero con un dejo de buen humor que apaciguó la cólera de Arren. En verdad, a él mismo le extrañaba el arranque que había tenido: jamás había imaginado que pudiera hablarle así al Archimago. Aunque al fin de cuentas este Halcón de nariz respingona y pómulos cuadrados, mal rasurados, que hablaba a veces con una voz y a ratos con otra, era y no era el Archimago: un extraño, en quien no se podía confiar.

—¿Tiene algún sentido lo que él os ha dicho? —preguntó Arren, a

quien no atraía la idea de volver a aquel cuarto lóbrego a la orilla del río nauseabundo—. ¿Toda esa pampirolada de que está vivo y muerto y de que volverá con la cabeza cortada?

—No sé si tiene sentido. Yo quería hablar con un hechicero que ha perdido su poder. Él dice que no lo ha perdido sino que lo ha dado, trocado. ¿Trocado por qué? Vida por vida, dijo. Poder por poder. No, no lo comprendo, pero vale la pena escuchar lo que dice.

La imperturbable sensatez de Gavilán acrecentó la vergüenza de Arren. Se sentía irritable y nervioso como un niño. Liebre lo había fascinado, pero ahora que la fascinación se había roto sólo le quedaba una sensación de disgusto malsano, como si hubiese comido algo nauseabundo. Resolvió no volver a hablar hasta que hubiera dominado su malhumor. Un momento después, perdió pie en los gastados y resbaladizos escalones, y logró recobrar el equilibrio raspándose las manos contra las piedras.

—¡Oh, maldita sea esta ciudad inmunda! —estalló furioso.

Y el mago respondió secamente:

—Por lo que parece, maldita ya está.

Y había, sí, algo malsano en Hortburgo, algo malsano en el aire mismo, que inducía a pensar que en verdad pesaba sobre ella una maldición; no era, sin embargo, una presencia lo que se sentía, sino más bien una ausencia, un debilitamiento de todo lo vital, como una enfermedad que infectaba rápidamente el espíritu de cualquier forastero. Hasta el calor del sol vespertino era malsano, demasiado bochornoso para el mes de marzo. En las plazas y las calles bullía el comercio, pero todo sin orden, sin prosperidad. La calidad de las mercancías era ínfima, los precios altos, y los mercados, plagados como estaban de ladrones y pandillas de vagabundos, eran poco seguros tanto para los vendedores como para los compradores. No se veían muchas mujeres por las calles, y las pocas que había iban por lo general en grupos. Era una ciudad sin gobierno ni ley. Conversando con las gentes, Arren y Gavilán no tardaron en enterarse de que no había un concejo en Hortburgo, ni alcalde, ni señor. De los hombres que antaño la gobernaran, algunos habían muerto, o se habían ido, o los habían matado; cabecillas de variado pelaje acaudillaban las distintas barriadas de la ciudad; los guardamuelles, erigidos en dueños y señores del puerto, se atiborraban los bolsillos, y así en todo nivel. La ciudad ya no tenía un centro. Los habitantes, pese a aquel ajetreo febril, parecían afanarse sin objeto. Los artesanos parecían no tener ya la voluntad de hacer las cosas bien; hasta los ladrones robaban porque eso era lo único que habían aprendido. En la superficie, tenía todo el movimiento y el brillo de una gran ciudad portuaria, pero allí mismo, en todas partes, se apretaban las figuras inmóviles de quienes mascaban hazia. Y bajo la superficie, las cosas no parecían del todo

reales, ni siquiera los rostros, los olores, los sonidos, que se desvanecían por momentos, en la tarde larga y bochornosa, mientras Gavilán y Arren recorrían las calles y conversaban con éste y aquel otro. Todo se desvanecía, los toldos rayados, los sucios adoquines, los muros de colores; todo rastro de vida desaparecía de pronto, transformando la ciudad en una ciudad de sueño, vacía y melancólica a la luz brumosa del sol.

Sólo en la parte alta de la ciudad, donde se detuvieron a descansar a la caída de la tarde, dejaron de sentir por un momento que todo aquello era un sueño enfermizo. —Esta no es una ciudad que traiga suerte —había dicho Gavilán unas horas antes, y ahora, después de largas horas de errar a la ventura y de conversaciones infructuosas con desconocidos, parecía cansado y sombrío. El disfraz empezaba a desgastársele; una cierta dureza de rasgos, una oscuridad se transparentaba ya por detrás de la cara acicalada del mercader viajero. Y Arren no había podido olvidar el malhumor de la mañana. Se sentaron sobre los pastos ásperos de la cresta de la colina, bajo la fronda de un bosque de píndicos de oscuro follaje y capullos encarnados, algunos ya abiertos. Desde allí, sólo veían de la ciudad los innumerables techos de tejas que descendían en escalones hacia el mar. La bahía abría los brazos de color azul pizarra bajo la bruma primaveral, extendiéndose hasta los confines del aire. Todo sin límites, sin fronteras. Allí sentados, contemplaron largo rato aquella inmensidad azul. La mente se le despejó a Arren y se abrió para acoger y celebrar el mundo. Cuando fueron a beber a un arroyuelo cercano, que descendía entre unas rocas pardas desde algún jardín principesco sobre la colina de detrás, Arren bebió largamente, y zambulló la cabeza en el agua fría. Luego se levantó y declamó los versos de la *Gesta de Morred*:

> Loadas sean las Fuentes de Shelieth, y el arpa
> de plata de sus aguas,
> ¡pero bendito en mi nombre y para siempre
> este arroyuelo que sacia mi sed!

Gavilán se rió de él, y él también rió. Sacudió la cabeza como un perro, y las gotas volaron como un rocío brillante a la postrera luz dorada.

Tuvieron que abandonar el bosque y descender a las calles otra vez. Cuando acabaron de cenar en un tenderete que vendía unas grasientas albóndigas de pescado, ya la noche pesaba en el aire. La oscuridad invadía rápidamente las calles estrechas.

—Será mejor que vayamos, hijo —dijo Gavilán, y Arren preguntó:

—¿A la barca? —pero sabía que no sería a la barca sino a la casa

de la orilla del río y a la habitación terrible, polvorienta y vacía.

Liebre los estaba esperando en el portal.

Encendió una lámpara de aceite para iluminar la escalera tenebrosa. La llama diminuta temblaba de continuo proyectando en las paredes grandes sombras furtivas.

Había conseguido otro jergón de paja para sus visitantes, pero Arren se sentó en el suelo desnudo, cerca de la puerta. La puerta se abría desde el exterior, y para custodiarla hubiera tenido que sentarse del lado de afuera; pero la negra boca de lobo de aquel corredor era más de lo que podía soportar, y por otro lado, no quería perder de vista a Liebre. La atención de Gavilán, y quizá sus poderes, tendrían que concentrarse en lo que Liebre iba a decirle, o a mostrarle; le correspondía a Arren mantenerse en guardia contra cualquier triquiñuela.

Ahora Liebre estaba más erguido, y temblaba menos; se había limpiado la boca y los dientes; habló al principio con bastante sensatez, aunque excitado. A la luz de la lámpara sus ojos eran sólo unas pupilas negras, sin blanco, como ojos de animales. Discutía seriamente con Gavilán, instándolo a que comiera hazia. —Quiero llevarte, llevarte conmigo. Tenemos que ir por el mismo camino. Dentro de poco yo me iré, quieras o no venir. Para poder seguirme tienes que comer hazia.

—Creo que puedo seguirte.

—No adonde yo voy. Esto no es… como echar un sortilegio. —Parecía incapaz de pronunciar las palabras «hechicero» o «hechicería»—. Sé que puedes ir hasta… el lugar, tú sabes, el muro. Pero no es allí. Es otro el camino.

—Si tú vas, yo podré seguirte.

Liebre meneó la cabeza. El hermoso rostro estragado estaba rojo de excitación; miraba con frecuencia a Arren, como incluyéndolo, pero en realidad sólo le hablaba a Gavilán: —Mira: hay dos clases de hombres, ¿no? La nuestra, y los otros. Los… los dragones, y los otros. La gente sin poder sólo está viva a medias. Ellos no cuentan. No saben lo que sueñan, le tienen miedo a la oscuridad. Pero los otros, los señores entre los hombres, ésos no les tienen miedo a la oscuridad. Somos fuertes.

—Siempre y cuando conozcamos los nombres de las cosas.

—Pero es que allí no importan los nombres… eso es lo que quiero decir, ¡eso! No es lo que haces, lo que sabes, lo que allí te hace falta. Los sortilegios no te sirven. Tienes que olvidar todo eso, dejarte ir. En eso te ayuda la hazia: olvidas los nombres, te libras de las formas, vas directamente a la realidad. Yo me iré muy pronto, ahora, y si quieres saber a dónde, harás lo que te digo. Yo digo lo que dice él. Tienes que ser dueño de los hombres para ser dueño de la vida. Tienes que

descubrir el secreto. Yo podría decirte cómo se llama, pero ¿qué es un nombre? Un nombre no es verdaderamente real, la realidad eterna. Los dragones no pueden ir allá. Los dragones mueren. Todos mueren. He tomado tanta hazia esta noche que nunca podrás alcanzarme. Ni de lejos. Si yo me perdiera tú podrías mostrarme el camino. ¿Recuerdas el secreto? ¿Lo recuerdas? No la muerte. No la muerte… ¡no! No un lecho empapado en sudor y un ataúd que se pudre, no, nunca más. La sangre se seca como el río seco y desaparece. Nada de miedo. Nada de muerte. Ya no hay nombres, ni palabras, ni miedo, todo se ha ido. Muéstrame dónde me pierdo yo, muéstramelo, señor…

Y así continuó, en un sofocado arrebato de palabras; era como si echase un encantamiento, un encantamiento que no encantaba, inconcluso, sin sentido. Arren escuchaba, escuchaba, esforzándose por comprender. ¡Si pudiera comprender, al menos! Gavilán tendría que hacerle caso al hombre y tomar la droga, siquiera esta vez, para saber de qué hablaba Liebre, para descubrir el misterio que Liebre no quería o no podía nombrar. ¿Por. qué, si no, estaban allí? Pero acaso el mago (la mirada de Arren se apartó del perfil extático de Liebre y se posó en el otro perfil) había comprendido ya… Duro como la roca, ese perfil. ¿Qué había sido de la nariz respingada, del aire bonachón? Halcón, el mercader viajero, se había desvanecido, evaporado. El que estaba allí era el mago, el Archimago.

La voz de Liebre era ahora un susurro apenas, un canturreo; y él se balanceaba sentado en el jergón con las piernas cruzadas. El semblante se le había demacrado, le colgaba la boca. Frente a él, a la luz débil y vacilante de la lámpara de aceite puesta en el suelo entre los dos, el mago no decía nada, pero había extendido la mano y ahora apretaba la de Liebre, sujetándola con firmeza. Arren no lo había visto hacer ese movimiento. Había lagunas en la sucesión de acontecimientos, lagunas de nada… accesos de somnolencia, eso tenía que ser. Sin duda habían pasado varias horas y ya era casi medianoche. Si se dormía, ¿podría también él entrar en el sueño de Liebre y llegar al lugar, al camino secreto? Tal vez sí. Parecía muy posible ahora. Pero tenía que vigilar la puerta. El y Gavilán apenas habían hablado, pero los dos sabían que al pedirles que volvieran por la noche Liebre podía haberles tendido una trampa: había sido pirata, trataba con ladrones. No habían dicho nada, pero Arren sabía que él tenía que vigilar, porque mientras el mago hiciera ese extraño viaje, estaría indefenso. Y él, como un atolondrado, había dejado la espada en la barca: ¿de qué le serviría el cuchillo si la puerta se abriese de pronto detrás de él? Pero eso no podía ocurrir: él tenía oídos, oiría. Liebre había dejado de hablar, y los dos hombres estaban en silencio, la casa entera estaba en silencio. Nadie podía subir sin hacer ruido por aquella escalera destartalada. Arren podía hablar, si escuchaba algún

ruido; gritar, y el trance se rompería, y Gavilán volvería en sí para defenderse y defender a Arren con el rayo vengador de la cólera de un mago… Cuando Arren se había sentado delante de la puerta, Gavilán lo había mirado, una mirada breve, de aprobación: de aprobación y confianza. Él era el centinela. Si se mantenía en guardia, no habría ningún peligro. Pero era difícil, difícil mirar constantemente aquellos dos rostros, la pequeña perla de la llama de la lámpara en el suelo entre los dos, ahora silenciosos, inmóviles, los ojos abiertos pero sin ver la luz ni la estancia polvorienta, sin ver el mundo sino algún otro mundo de sueño o de muerte… contemplarlos, y no sentir la tentación de seguirlos…

Allí, en aquella oscuridad vasta y seca había alguien que lo tentaba. *Ven*, le decía el alto señor de las sombras. Tenía en la mano una llama diminuta, no más grande que una perla; y la tendía a Arren, ofreciéndole la vida. Lentamente, Arren dio un paso hacia él, siguiéndolo.

4. Luz de magia

Seca, tenía la boca seca. Y un gusto a polvo en la boca. Y los labios cubiertos de polvo.

Sin levantar la cabeza del suelo, observaba el juego de las sombras. Había unas sombras grandes, que se movían y agachaban, se hinchaban y encogían, y algunas más pálidas, que corrían rápidamente alrededor de las paredes y del techo, burlándose de las otras. Había una sombra en el rincón, y otra en el suelo, y ninguna de estas dos sombras se movía.

Empezó a dolerle la nuca. Al mismo tiempo, lo que veía se le aclaró con la celeridad del rayo, en un instante: Liebre derrumbado en un rincón, con la cabeza apoyada en las rodillas, Gavilán tendido boca arriba, un hombre arrodillado junto a Gavilán, otro arrojando piezas de oro en un saco, un tercero de pie, vigilando. El tercer hombre tenía una linterna en una mano y una daga en la otra, la daga de Arren.

Si hablaban, él no los oía. Sólo escuchaba sus propios pensamientos que le decían, perentorios, sin vacilaciones, lo que tenía que hacer. Los obedeció en el acto. Muy lentamente avanzó, arrastrándose, un corto trecho, y estirando con rapidez el brazo izquierdo arrebató el saco del botín, se levantó de un salto y con un grito ronco corrió hacia la salida. Se lanzó escaleras abajo en la ciega oscuridad, sin perder pie, sin ni siquiera saber si pisaba los peldaños, como si volara. Desembocó en la calle como una exhalación y echó a correr hacia las tinieblas de la noche.

Las casas eran enormes cascos negros contra el cielo estrellado. A la derecha la luz de las estrellas rielaba trémula sobre el río. Si bien no veía hacia dónde conducían las calles, podía distinguir los cruces, y doblar en las esquinas, y volver sobre sus pasos para despistar a los otros. Porque lo habían seguido. Corrían descalzos, casi sin hacer ruido, pero los oía jadear, detrás de él, no demasiado lejos. Si hubiese tenido tiempo, se habría reído; al fin sabía cómo era sentirse la presa en lugar del cazador, el venado que encabeza la cacería, la pieza a cobrar. Era estar solo y ser libre. Dobló hacia la derecha y agazapándose atravesó un puente de parapeto elevado, se deslizó por una calle lateral, dobló una esquina, corrió otra vez un trecho a orillas del río, y cruzó otro puente. El único ruido en toda la ciudad era el de sus propias pisadas; se detuvo en la cabecera del puente para quitarse los zapatos, pero los cordones estaban fuertemente anudados y los cazadores no lo habían perdido. La linterna chispeó un instante del otro lado del puente; los pasos pesados y blandos se acercaban. No podría librarse de ellos, lo único que podía hacer era correr y correr, siempre adelante, y alejarlos del cuarto polvoriento… Junto con la

daga, le habían quitado el capote, y estaba en mangas de camisa, ligero de ropas y acalorado; la cabeza le daba vueltas y el dolor en la base del cráneo era cada vez más punzante, y él corría y corría… El saco del botín le estorbaba. Lo arrojó bruscamente al suelo, una pieza de oro voló por el aire y golpeó contra la piedra con un tintineo claro.

—¡Aquí tenéis vuestro dinero! —gritó, la voz enronquecida y jadeante.

Reanudó la carrera. Y de pronto la calle se terminó. No más calles transversales, no más estrellas delante, un callejón sin salida. Sin detenerse, dio media vuelta y corrió hacia sus perseguidores. La linterna se balanceó sacudiéndose delante de él; con un grito de desafío los enfrentó.

Una linterna se balanceaba de adelante hacia atrás, un débil punto de luz en una extensión gris y móvil. La miró un largo rato. Se hizo más débil, y por último una sombra le pasó por encima, y cuando la sombra se alejó la luz había desaparecido. Sintió un poco de tristeza por la luz; o acaso por él mismo, pues sabía que ahora tenía que despertarse.

La linterna, muerta, seguía balanceándose contra el mástil. Todo alrededor, el mar se iluminaba con el sol naciente. Un tambor redoblaba. Se oía el crujido pesado, regular de unos remos; el maderamen de la nave chirriaba y crujía con un centenar de voces débiles. Los hombres encadenados con Arren en la cala de popa estaban todos en silencio. Cada uno de ellos llevaba una banda de hierro alrededor de la cintura, y manillas en las muñecas, y una cadena corta y pesada unía estas dos prisiones con las del hombre de al lado; el cinto de hierro estaba sujeto a su vez a una argolla del puente, de modo que el hombre podía sentarse o acuclillarse, pero nunca ponerse de pie. Estaban demasiado cerca unos de otros para echarse en el fondo de la pequeña cala de carga. Arren estaba en el ángulo de la escotilla delantera. Si levantaba la cabeza alcanzaba a ver el puente entre la cala y el cairel, de unos cincuenta centímetros de ancho.

No recordaba mucho de la noche anterior, salvo la cacería y el callejón sin salida. Había luchado, lo habían derribado y atado de pies y manos, y lo habían llevado a alguna parte. Había oído una voz extraña, susurrante; hubo un lugar parecido a una herrería, llamas rojas que saltaban de una fragua… no podía recordar. Sabía sin embargo que estaba a bordo de un barco de esclavos y que lo habían capturado para venderlo.

Para Arren, eso no significaba mucho. Era la sed lo que lo atormentaba. Tenía el cuerpo magullado y le dolía la cabeza. Cuando salió el sol, la luz le hirió las pupilas con dardos de dolor.

A media mañana les dieron un cuarto de pan y un trago largo de

un odre de piel que un hombre de facciones duras y angulosas les sostenía sobre los labios. Llevaba alrededor del cuello una ancha banda de cuero con tachas de oro, como si fuera un perro; cuando Arren lo oyó hablar reconoció la voz débil, extraña, sibilante.

La bebida y la comida le aliviaron por un momento la miseria física, y le despejaron la mente. Miró por vez primera los rostros de sus compañeros de esclavitud, tres con él en un banco y cuatro en el de atrás. Algunos estaban sentados con las piernas levantadas y la cabeza apoyada sobre las rodillas; uno yacía caído en el suelo, enfermo o drogado. El que estaba al lado de Arren era un muchacho de unos veinte años, con una cara ancha y chata.

—¿A dónde nos llevan? —le preguntó Arren.

El muchacho lo miró —no había más de un palmo de distancia entre ellos— y sonrió, encogiéndose de hombros, y Arren supuso que quería decir que no lo sabía; pero luego el otro sacudió los brazos encadenados y abrió grande la boca, siempre sonriente; en lugar de la lengua sólo tenía una raíz negra.

—Ha de ser a Showl —dijo alguien a espaldas de Arren, y otro:

—O al Mercado de Amrun —y al instante el hombre del collar, que parecía estar en todas partes a la vez en aquella nave, se inclinó por encima de la cala, siseando:

—¡Silencio, si no queréis ser cebo de tiburones! —y todos callaron.

Arren trató de imaginarse esos lugares, Showl, el Mercado de Amrun. Allí se vendían esclavos. Los alinearían delante de los compradores, sin duda, como los bueyes o los carneros en el Mercado de Berila. Allí estaría él, encadenado. Alguien lo compraría y se lo llevaría a casa, y luego le daría una orden; y él se negaría a obedecer. O quizá obedecería. O trataría de escapar. Y de cualquier modo lo matarían. No era que el alma se le rebelase ante la idea de la esclavitud, estaba demasiado enfermo y confundido. Sabía simplemente que no resistiría más de una o dos semanas, y que al cabo se moriría o lo matarían, y el hecho lo asustaba aunque lo entendiese y lo aceptase, de modo que dejó de pensar. Bajó los ojos y miró el entablado negro e inmundo de la cala, y sintió el calor del sol sobre los hombros desnudos, y la sed que le resecaba la boca y le cerraba otra vez la garganta.

El sol se puso y la noche cayó despejada y fría. Unas estrellas brillantes despuntaron en la oscuridad. El tambor batía como un corazón, lentamente, acompañando el batir de los remos. Ahora, el peor tormento era el frío. La espalda de Arren recibía un poco de calor de las piernas acalambradas del hombre sentado detrás y su flanco izquierdo del mudo acurrucado junto a él y que zumbaba un ritmo ronco en una sola nota. Hubo un relevo de remeros, y de nuevo

empezó a batir el tambor. Arren había esperado con impaciencia la oscuridad de la noche. Y le dolían los huesos pero no podía dormirse ni cambiar de posición. Estaba allí sentado, tembloroso y dolorido, la boca reseca de sed, los ojos fijos en las estrellas que saltaban en el cielo a cada golpe de los remos, volvían quietas a su sitio, saltaban otra vez, volvían, reposaban un momento…

El hombre del collar estaba de pie junto con otro hombre entre la cala y el mástil; la pequeña linterna que se balanceaba en el mástil proyectaba algunos rayos de luz entre los dos, destacando las siluetas de las cabezas y los hombros. —¡Niebla, por los cuernos del Diablo! —dijo la voz susurrante, abominable, del hombre del collar—. ¿Qué hace una niebla en el Estrecho Austral en esta época del año? ¡Maldita suerte!

Redoblaba el tambor. Las estrellas brincaban, volvían a su sitio, descansaban un momento. Junto a Arren el hombre sin lengua se estremeció de pronto e irguiendo la cabeza lanzó un grito escalofriante, un sonido terrible e informe. —¡Silencio, allí! —rugió el segundo hombre cerca del mástil. El mudo se estremeció de nuevo y dejó de zumbar mascando aire.

Furtivas, las estrellas se deslizaron hacia la nada.

El mástil osciló y se desvaneció. Un manto frío, gris pareció descender sobre la espalda de Arren. El tambor vaciló, y empezó a batir otra vez, a un ritmo más lento.

—Espesa como leche cuajada —señaló la voz ronca, sibilante—. ¡A ver, tú, marca el compás! ¡De aquí a veinte millas no hay ningún bajío!

Un pie calloso, cruzado de cicatrices surgió de la niebla, se detuvo un instante cerca de la cara de Arren, dio un paso y desapareció.

En la niebla no parecía que estuviesen navegando, excepto por el balanceo y los golpes de los remos. Los latidos del tambor sonaban amortiguados. Hacía un frío húmedo, entumecedor. La niebla se condensaba en los cabellos de Arren y le caía sobre los ojos; intentó atrapar las gotas con la lengua y abrió la boca aspirando el aire húmedo, tratando de aliviar la sed. Pero los dientes le castañeteaban. El metal frío de una cadena le golpeaba el muslo, quemándole como si fuese de fuego. El tambor batía, batía, y de pronto dejó de batir.

—¡Sigue batiendo, sigue! ¿Qué es lo que anda mal? —bramó desde la proa la voz bronca, sibilante. Nadie respondió.

La nave roló ligeramente en la mar tranquila. Más allá de la apenas visible batayola no había nada: vacío. Algo raspó el flanco de la nave. El ruido sonó casi atronador en aquella quietud de muerte, en la oscuridad espectral. —Hemos encallado —murmuró uno de los prisioneros, y la voz se perdió en el silencio.

La niebla se iluminó, como si de pronto hubiera florecido en luz.

Arren vio claramente las cabezas de los hombres encadenados a él, las diminutas gotas de humedad que les brillaban en los cabellos. La nave se balanceó otra vez, y Arren se irguió tanto como se lo permitían las cadenas, estirando el cuello para mirar hacia adelante. La niebla brillaba en lo alto del puente como la luna detrás de una nube tenue, radiante y fría. Los remeros estaban inmóviles como estatuas. Los hombres de la tripulación reunidos en el combés del navío tenían los ojos brillantes. A babor, un hombre estaba solo, de pie, y la luz venía de él; la cara, las manos, y la vara le ardían como plata fundida.

A los pies del hombre luminoso se agazapaba una forma oscura.

Arren intentó hablar, y no pudo. Envuelto en aquel esplendor de luz, el hombre se acercó a él y se arrodilló sobre el puente. Arren sintió el contacto de una mano y oyó la voz del Archimago. Sintió que los hierros que le aprisionaban las muñecas y la cintura cedían de pronto; el chirrido de las cadenas se oyó en toda la cala. Sin embargo, ningún hombre se movió; sólo Arren intentó levantarse, pero no pudo, envarado como estaba por la prolongada inmovilidad. El puño firme del Archimago le apretó el brazo, y con esa ayuda Arren se arrastró fuera de la cala y se acurrucó en el puente.

El Archimago se alejó —el velado resplandor brilló en los rostros inmóviles de los remeros—, y se detuvo junto al hombre que se había agazapado contra la batayola.

—Yo no castigo —dijo la voz dura, clara, fría como la fría luz mágica de la niebla—. Pero por la causa de la justicia, Egre, me arrogo este derecho. Ordeno a tu voz que enmudezca hasta el día que encuentres una palabra digna de ser pronunciada.

Volvió al sitio en que dejara a Arren y lo ayudó a ponerse en pie. —Y ahora ven, hijo —dijo, y con la ayuda del Archimago Arren pudo avanzar cojeando y gateando, y dejarse caer en la embarcación que se mecía allá abajo, al costado del navío: *Miralejos*; la vela era como el ala de una mariposa nocturna en la niebla.

En el mismo silencio y en la misma calma de muerte, la luz se extinguió, y la barca viró y se alejó del flanco del navío. Y casi en el mismo instante, la mortecina linterna del mástil, los remeros inmóviles, el pesado casco negro, todo desapareció. Arren creyó oír voces que estallaban en gritos, pero el sonido era débil y pronto se perdió en la distancia. Poco después, la niebla empezó a disiparse y a deshilacharse, llevada por el viento en la oscuridad. Emergieron a la luz de las estrellas, y silenciosa como una falena, *Miralejos* se deslizó sobre el mar a través de la noche clara.

Gavilán había envuelto a Arren en mantas, y le había dado agua; estaba sentado con la mano apoyada en el hombro del muchacho, cuando éste, de pronto, se echó a llorar. Gavilán no dijo nada, pero había dulzura, firmeza en el contacto de su mano. Arren se fue

calmando poco a poco: sintió calor en el cuerpo, el balanceo suave de la barca, una paz en el corazón.

Alzó los ojos y miró a Gavilán. Ninguna claridad sobrenatural irradiaba ahora el rostro sombrío. A duras penas alcanzaba a distinguirlo, a la luz de las estrellas.

La barca proseguía su carrera, guiada por un encantamiento. Las olas cuchicheaban a los costados, como sorprendidas.

—¿Quién es el hombre del collar?

—No te muevas. Un filibustero, Egre. Usa ese collar para esconder una cicatriz donde una vez le cortaron la garganta. Parece que ha caído de la piratería al tráfico de esclavos. Pero esta vez se ha topado con el cachorro del león. —Había un dejo de satisfacción en la voz seca, tranquila.

—¿Cómo disteis conmigo?

—Hechicería, soborno… Perdí el tiempo. No quería que se supiera que el Archimago y Decano de Roke andaba hurgoneando por los tugurios de Hort. Ojalá hubiera podido conservar mi disfraz. Pero tuve que andar a la caza de uno y otro individuo, y cuando descubrí al fin que la galera de esclavos había zarpado antes del alba, perdí la paciencia. Embarqué en *Miralejos*, llamé el viento a la vela, en la calma chicha de entonces, y paralicé en los toletes los remos de todas las naves de esta bahía, por un tiempo. Cómo se lo explicarán, si la magia es puro aire y mentiras, no me concierne. Pero en mi prisa y mi cólera me adelanté sin darme cuenta a la nave de Egre, que había ido hacia el sudeste para evitar los bajíos. Todo cuanto hice ese día estuvo mal hecho. No hay suerte en Hort… Bueno, al fin urdí un encantamiento de encuentro, y así fue como di con el navío en la oscuridad. ¿No convendría que durmieras, ahora?

—Estoy bien, me siento mucho mejor. —Una fiebre ligera había reemplazado al frío de Arren, y en verdad se sentía bien, el cuerpo lánguido pero la mente saltando rápidamente de una cosa a otra—. ¿Cuánto tardasteis en despertaros? ¿Qué fue de Liebre?

—Me desperté con la luz del día; y por suerte soy de cabeza dura; tengo detrás de la oreja un chichón y un tajo que es como un pepino partido en dos. A Liebre lo dejé en el sueño de la droga.

—Yo fallé en mi guardia…

—Pero no porque te quedaras dormido.

—No. —Arren titubeó—. Fue… yo estaba…

—Tú estabas delante de mí. Yo te veía —dijo Gavilán, extrañamente—. Y entonces ellos entraron sin que nos diéramos cuenta, nos asestaron un mazazo en la cabeza, como a los borregos en el matadero, se apoderaron del oro, de las ropas buenas y del posible esclavo, y se marcharon. Era a ti a quien buscaban, hijo. Tú habrías alcanzado el precio de toda una hacienda en el Mercado de Amrun.

—No me golpearon lo bastante fuerte. Me desperté. Los hice correr un poco. Desparramé el botín por la calle, antes de que me atrapasen. —Los ojos de Arren centelleaban.

—¿Te despertaste mientras ellos estaban allí… y huiste? ¿Por qué?

—Para atraerlos lejos de vos. —Herido en su amor propio por la sorpresa que advertía en la voz de Gavilán, Arren agregó con altivez —: Pensé que era a vos a quien buscaban. Temí que intentaran mataros. Les arrebaté el saco del botín para que me persiguieran. Grité y eché a correr. Y ellos me persiguieron.

—Sí, ¡claro que te persiguieron! —Eso fue todo cuanto dijo Gavilán; ni una palabra de encomio, aunque permaneció un momento callado y pensativo. Luego dijo—: ¿No se te ocurrió pensar que quizá yo ya estuviese muerto?

—No.

—Asesinar primero y robar después, es el procedimiento más seguro.

—No lo pensé. Sólo quería alejarlos de vos.

—¿Por qué?

—Porque vos hubierais podido defendernos, sacarnos del trance a los dos, si despertabais a tiempo. O al menos salvaros vos. Mi deber era montar guardia y fallé. Traté entonces de reparar mi falta. Era a vos a quien quería proteger. Vos sois el que cuenta. Yo sólo estoy aquí para velar por vos, para ayudaros en lo que necesitéis. Vos sois quien habrá de guiarnos, dondequiera que sea, a reparar el mal.

—¿Sí? —dijo el mago—. También yo lo creía, hasta anoche. Pensaba que tú me seguías, pero era yo quien te seguía a ti, muchacho. —El tono era frío y quizá un poco irónico. Arren no sabía qué decir. En verdad, estaba completamente confundido. Había supuesto que el hecho de dormirse o caer en trance mientras estaba de guardia podía perdonársele en parte por la hazaña de haber alejado de Gavilán a los ladrones. Parecía ahora, sin embargo, que esto último había sido una estupidez, y haber caído en trance en el peor momento, maravillosamente oportuno.

—Siento mucho, mi señor —dijo con los labios crispados y conteniendo a duras penas las ganas de llorar—, haberos fallado. Y vos me habéis salvado la vida…

—Y tú acaso la mía —dijo el mago con aspereza—. ¿Quién sabe? Quizá cuando acabaran con todo me habrían degollado. Basta ya, Arren. Estoy contento de tenerte conmigo.

Fue hasta la caja de los avíos, encendió el hornillo de carbón de leña y se puso a trabajar. Arren contemplaba las estrellas; se sentía ahora más tranquilo, y sus pensamientos dejaron de atropellarse unos a otros. Y sólo entonces comprendió que ni lo que había hecho, ni lo

que había dejado de hacer, sería juzgado por Gavilán. Lo que había hecho, hecho estaba, y como tal lo aceptaba Gavilán. «Yo no castigo», le había dicho a Egre fríamente. Pero tampoco premiaba. Sin embargo, había partido con premura en busca de Arren a través del mar, salvándolo con poderes mágicos, y volvería a hacerlo.

Era digno de todo el amor que Arren le tenía, y de toda su confianza. Porque no había duda de que él confiaba en Arren. Lo que Arren hacía, estaba bien.

Ahora se acercaba, trayéndole una taza humeante de vino caliente.

—Tal vez esto te haga dormir. Ten cuidado, te quemará la lengua.

—¿De dónde sale este vino? Nunca he visto a bordo un odre de vino…

—Hay cosas en *Miralejos* que los ojos no ven —dijo Gavilán, sentándose de nuevo. Y Arren lo oyó reír, una risa breve y casi silenciosa, en las sombras.

Arren se incorporó para beber el vino. Era muy bueno, reanimaba el cuerpo y la mente.

—¿A dónde vamos ahora? —dijo.

—Hacia el oeste.

—¿A dónde fuisteis con Liebre?

—A la oscuridad. Yo no lo perdí en ningún momento, pero él se perdió. Iba de un lado a otro más allá de las fronteras, en los páramos sin fin del delirio y de la pesadilla. Llamaba como un pájaro en aquellos parajes desolados, como una gaviota gritando lejos sobre el mar. No es un guía. Siempre ha estado perdido. Pese a toda su maestría en las artes de la magia nunca ha visto el camino que se abría ante él; sólo se veía a sí mismo.

Arren no comprendía, ni quería comprenderlo, ahora. Atraído por esa oscuridad de que hablaban los magos se había internado en ella un corto trecho. Y no quería recordar esa experiencia; nada tenía que ver con él. Y la verdad era que no deseaba dormir, temiendo verla otra vez en sueños, ver aquella figura negra, aquella sombra que le ofrecía una perla, y le susurraba: «Ven…».

Rápidamente, sus pensamientos tomaron otro rumbo. —Mi señor —dijo—, ¿por qué…?

—¡Duerme! —exclamó Gavilán con un dejo de impaciencia.

—No puedo dormir, mi señor. Me preguntaba por qué no liberasteis a los otros esclavos.

—Lo hice. No dejé un solo hombre encadenado en esa nave.

—Pero los hombres de Egre tenían armas. Si los hubieseis encadenado, *a ellos*…

—Ah, ¿si yo los hubiese encadenado? Eran sólo seis. Los remeros eran esclavos engrillados, como tú. Es posible que a esta hora Egre y

sus hombres estén muertos, o que los otros los hayan encadenado para a su vez venderlos como esclavos; pero los he dejado en libertad, en libertad de luchar o negociar. No es mi oficio hacer esclavos.

—Pero vos sabíais que son gente malvada…

—¿Tenía entonces que ser como ellos? ¿Dejar que sus actos gobernaran los míos? ¡Yo no elegiré por ellos, ni permitiré que ellos elijan por mí!

Arren no replicó, pensando en lo que había oído. El mago dijo entonces, en un tono más bajo:

—Te das cuenta, Arren, de que un acto no es, como creen los jóvenes, lo mismo que una piedra que levantas del suelo y arrojas lejos, que da en el blanco o yerra, y nada más. Cuando levantas la piedra, la tierra se aligera y la mano que la sostiene es más pesada. Cuando la arrojas, influye en los circuitos de los astros, y allí donde golpea o cae, el universo cambia. De un acto cualquiera depende el Equilibrio del todo. Los vientos y los mares, los poderes del agua y de la tierra y de la luz: todo cuanto ellos hacen, y todo cuanto las plantas y las bestias hacen, bien hecho está, y es para bien. Todos actúan dentro del Equilibrio. Desde el huracán y el mugido de la ballena hasta la caída de una hoja seca y el vuelo del moscardón, todo cuanto ellos hacen es parte del Equilibrio del todo. Pero nosotros, los que tenemos poder sobre el mundo y sobre otros hombres, nosotros hemos de *aprender* a hacer lo que la hoja y la ballena y el viento hacen por naturaleza. Hemos de aprender a mantener el Equilibrio. Somos inteligentes, y no hemos de actuar en la ignorancia. Somos capaces de elegir, y no hemos de actuar sin responsabilidad. ¿Quién soy yo, aunque pueda hacerlo, para castigar y recompensar, para jugar con los destinos de los hombres?

—Pero entonces —dijo el joven, contemplando con el entrecejo fruncido las estrellas—, ¿es así corno ha de mantenerse el Equilibrio, así, no haciendo nada? Sin duda el hombre tiene que actuar, aun cuando no conozca todas las consecuencias, si en verdad hay algo que hacer.

—Nunca temas. Mucho más fácil es para los hombres actuar que abstenerse. Seguiremos haciendo el bien, y el mal… Pero si de nuevo hubiera un rey sobre todos nosotros, y ese rey buscara como en tiempos pasados el consejo de un mago, y yo fuese ese mago, le diría: «Mi señor, no hagáis nada porque sea justo, o loable, o noble; no hagáis nada porque os parezca bueno, haced tan sólo aquello que tengáis que hacer, y lo que no podríais hacer de ninguna otra manera».

Había algo en la voz del mago que hizo que Arren se volviese a mirarlo. Le pareció que su rostro irradiaba de nuevo aquella luz, pues ahora le veía la nariz aguileña y la mejilla cruzada de cicatrices, los

ojos sombríos, feroces. Y Arren lo miró con amor pero también con miedo, pensando: «Está tan por encima de mí». Sin embargo, mientras lo contemplaba se dio cuenta al fin de que no era la luz de la magia, ni el frío fulgor de la magia lo que delineaba cada arruga, cada plano de la cara del hombre, sino la luz misma: la mañana, la simple luz del día. Había un poder más grande que el de ese hombre. Y los años no habían sido más piadosos con Gavilán que con cualquier otro. Aquéllas eran arrugas de vejez; y parecía cansado, a medida que la luz aumentaba. Bostezó…

Y así, a fuerza de mirar, de sorprenderse, de meditar, Arren se durmió al fin. Pero Gavilán siguió sentado junto a él, contemplando la aurora y la salida del sol, como si examinara un tesoro para ver si faltaba algo en él, una gema manchada, un niño enfermo.

5. Sueños de la mar

Tarde en la mañana, Gavilán quitó de la vela el viento de magia y dejó que la barca navegara con el viento del mundo que soplaba apaciblemente hacia el oeste o el sur. Lejos, a la derecha, se deslizaban hasta perderse de vista las colinas de Wathort meridional, cada vez más pequeñas y azules, como las olas de bruma sobre las olas del mar.

Arren despertó. El mar se calentaba al dorado y ardiente sol del mediodía, agua infinita bajo la infinita luz. En la popa de la barca estaba sentado Gavilán, vestido sólo con un taparrabo y una especie de turbante de lona de vela. Cantaba en voz baja, golpeando con las palmas sobre la bancada, como sobre un tambor, un ritmo monótono y ligero. No era una invocación mágica lo que cantaba, ni un cántico solemne ni una gesta de héroes o reyes; era un zumbido vivaz con palabras absurdas, como el que podría entonar un muchacho mientras pastoreaba las cabras durante las largas y solitarias tardes de verano en las altas montañas de Gont.

Un pez saltó fuera del agua y se deslizó unos metros surcando el aire sobre unas aletas rígidas y centelleantes como alas de libélula.

—Estamos en el Confín Austral —dijo Gavilán cuando el canto terminó—. Una extraña parte del mundo, donde los peces vuelan, y los delfines cantan, dicen. Pero el agua es mansa para nadar, y yo tengo un convenio con los tiburones. Lava de tu cuerpo los rastros de los traficantes de esclavos.

A Arren le dolían todos los músculos, y al principio se resistió a moverse. Además, era un nadador poco avezado, porque los mares de Enlad son turbulentos, y más que nadar en ellos hay que luchar con ellos, y uno se cansa pronto. Este mar más azul le pareció frío al principio, luego delicioso. Todos sus dolores desaparecieron. Daba vueltas junto a *Miralejos* como una joven serpiente de mar. El agua volaba en fuentes de espuma. Gavilán se unió a Arren, nadando con brazadas más vigorosas. Dócil y protectora, *Miralejos* los esperaba, la vela tendida como un ala blanca en el agua resplandeciente. Un pez saltó del mar hacia el aire; Arren lo persiguió; el pez se sumergió, volvió a saltar, nadando en el aire, volando en el mar, persiguiendo a Arren.

Dorado y ágil, el muchacho jugó y se bañó en el agua y la luz hasta que el sol tocó el mar. Y oscuro y sobrio, con la economía de gestos y la fuerza precisa de la edad, el hombre nadó, y mantuvo el rumbo de la barca, y levantó un entoldado de lona de vela, mientras observaba con ternura imparcial al joven nadador y al pez volador.

—¿A dónde vamos? —preguntó Arren al caer de la noche,

después de haber comido carne salada y pan duro en abundancia, y ya otra vez soñoliento.

—A Lorbanería —respondió Gavilán, y esas sílabas dulces que no significaban nada para él fueron la última palabra que Arren oyó esa noche, y los sueños que tuvo en las primeras horas se tejieron alrededor de esa palabra. Soñó que caminaba entre velos flotantes y pálidos, jirones e hilachas de rosa y oro y azur, y sentía un placer irracional; alguien le decía: «Estos son los campos de seda de Lorbanería, donde nunca anochece». Pero más tarde, en las postrimerías de la noche, cuando las estrellas del otoño brillaban en el cielo de la primavera, soñó que se encontraba en una casa en ruinas. El aire era reseco. Todo estaba cubierto de polvo, y festoneado de telarañas deshilachadas, polvorientas. Las telarañas se le enroscaban en las piernas, se le amontonaban sobre la boca y la nariz, le impedían respirar. Y el peor de todos los horrores: sabía que aquella alta sala en ruinas era la misma en que había desayunado con los Maestros en la Casa Grande de Roke.

Despertó aterrorizado; el corazón le latía con fuerza, tenía las piernas acalambradas. Se incorporó, tratando de escapar de aquel sueño funesto. En el este aún no había luz, sólo una oscuridad diluida. El mástil crujía; la vela, siempre tendida al viento del noroeste, centelleaba alta y borrosa. En la popa, el mago dormía profundamente y en silencio. Arren se acostó de nuevo, y dormitó hasta que lo despertó la claridad del día.

Arren nunca había imaginado que el mar pudiese estar tan azul y tan tranquilo como ese día, y el agua tan templada y límpida que nadar en ella era casi como deslizarse o flotar en el aire; era extraño, era como un sueño.

A mediodía preguntó: —¿Los hechiceros dan mucha importancia a los sueños?

Gavilán estaba pescando. Observaba la línea atentamente. Al cabo de un largo rato dijo: —¿Por qué?

—Me preguntaba si acaso hay algo de verdad en ellos.

—Ciertamente.

—¿Predicen de verdad el porvenir?

Pero el mago tenía un pez en el anzuelo, y diez minutos después, cuando sacó del agua el almuerzo del día, un espléndido róbalo azul plateado, la pregunta cayó en el olvido.

Por la tarde, mientras holgazaneaban bajo el toldo levantado para protegerlos del sol implacable, Arren preguntó: —¿Qué vamos a buscar a Lorbanería?

—Lo que andamos buscando —respondió Gavilán.

—En Enlad —dijo Arren al cabo de un momento— tenemos un cuento de un muchacho cuyo maestro era una piedra.

—¿Sí?… ¿Y qué aprendió?

—A no hacer preguntas.

Gavilán resopló, como para contener una carcajada, y se incorporó. —¡Muy bien! —dijo—. Aunque preferiría ahorrar mis palabras hasta saber de qué estoy hablando. ¿Por qué no se hace más magia en Hortburgo, y en Narveduen, y quizá en toda la extensión de los Confines? Eso es lo que intentamos averiguar, ¿no es así?

—Sí.

—¿Conoces el viejo dicho, *Las leyes cambian en los Confines*? Suelen usarlo los navegantes, pero es un dicho de magos, y significa que la magia misma depende del lugar. Un encantamiento infalible en Roke puede ser meras palabras en Iffish. No en todas partes se recuerda la lengua de la Creación: una palabra aquí, otra allá. Y la trama de todo sortilegio ha de urdirse con la tierra y el agua, los vientos, la luz misma del lugar en que se lo echa. Yo navegué una vez muy lejos hacia el este, tan lejos que ni el viento ni el agua atendían mis órdenes, pues ignoraban sus nombres verdaderos; o quizá era yo el ignorante. Porque el mundo es muy grande, y la Mar Abierta se extiende hasta más allá de todo conocimiento; y hay muchos otros mundos más allá del mundo. A través de esos abismos de espacio y en la larga extensión del tiempo, dudo que ninguna palabra que pueda pronunciarse conserve, en todas partes y para siempre, el peso de su significado y su poder; a menos que sea la Primera Palabra, la que pronunció Segoy al crear todas las cosas, o la Palabra Final, la que no ha sido pronunciada ni lo será hasta que todo sea deshecho… Así pues, aun en este mundo de nuestra Terramar, las pequeñas islas que conocemos, hay diferencias, y misterios, y cambios. Pocos son los magos de las Comarcas Interiores que hayan tenido tratos con estas gentes. No ven con buenos ojos a nuestros hechiceros, y se dice que tienen su propia clase de magia. Pero nadie lo sabe con seguridad, y es posible que nunca hayan dominado las artes de la magia ni las hayan comprendido bien. Si así fuera, podrían ser desvirtuadas con facilidad por alguien que se propusiera desvirtuarlas, y debilitarse más rápidamente que nuestra hechicería de las Comarcas Interiores. Y luego llegaríamos a oír historias de los fracasos de la magia en el Sur. Porque la disciplina encauza todos nuestros actos, con fuerza y en profundidad; y cuando no hay una dirección, los actos de los hombres se deslizan, superficiales, a la ventura, y se pierden. Así perdió el arte de la magia aquella mujer gorda de los espejos, y piensa que nunca lo tuvo. Y así Liebre masca su hazia y cree que ha llegado más lejos que los más grandes magos, cuando apenas si ha entrado en los prados del ensueño, y ya se ha perdido… Pero ¿a dónde cree que va? ¿Qué es lo que busca? ¿Por qué olvidó lo que sabía de la magia? De Hortburgo ya hemos visto bastante, creo, así que nos vamos más hacia el sur, a

Lorbanería, para ver qué hacen allí los hechiceros, para descubrir lo que hemos de descubrir… ¿Responde esto a tu pregunta?

—Sí, pero…

—¡Entonces deja que la piedra calle un momento! —dijo el mago. Y se sentó junto al mástil, a la sombra amarillenta del entoldado, y miró el mar, al oeste, mientras la barca navegaba serenamente hacia el sur a través de la tarde. Estaba muy erguido, e inmóvil. Las horas pasaron. Arren nadó un par de veces, deslizándose silencioso en el agua desde la popa, pues no quería ponerse delante de aquellos ojos sombríos que, avizorando el oeste a través del mar, parecían ver más allá de la orla luminosa del horizonte, más allá del azul del aire, más allá de las fronteras de la luz.

Gavilán salió al fin de su silencio y habló, pero no más de una palabra por vez. La crianza de Arren lo había acostumbrado a descubrir con rapidez el talante de la gente, bajo el disfraz de la reserva o la cortesía. Advirtiendo que Gavilán parecía agobiado, no hizo más preguntas. Sólo al anochecer le preguntó: —¿Si canto, turbaré vuestros pensamientos?

Esforzándose por responder con una broma, dijo Gavilán:

—Eso dependerá de cómo cantes.

Arren se sentó de espaldas contra el mástil, y cantó. Ya no tenía la voz aguda y dulce de años atrás, cuando cantaba y tocaba el arpa en el Palacio de Berila, delante del maestro de música; ahora era ronca y velada en las notas altas y resonaba en las graves como una viola, clara y profunda. Cantó el *Lamento por el Encantador Blanco*, la canción que compusiera Elfarran cuando conoció la muerte de Morred, y mientras esperaba la suya. No era una canción que se cantase con frecuencia, ni a la ligera. Gavilán escuchaba la voz joven, fuerte, segura y triste entre el cielo de púrpura y el mar, y las lágrimas le nublaron los ojos.

Arren permaneció un rato en silencio, después de esta canción; luego se puso a cantar tonadas menores, más ligeras, en voz baja, arrullando la inmensa monotonía del aire tranquilo y el mar palpitante y la luz que declinaba, mientras lentamente caía la noche.

Cuando dejó de cantar todo estaba en calma, el viento dormido, el oleaje leve; los maderos y cordajes de la barca crujían apenas. El mar se tendía, callado, y en lo alto las estrellas despuntaron una a una. En el sur apareció una luz amarilla, clara y punzante, y derramó una lluvia de esquirlas de oro sobre las aguas.

—¡Mirad! ¡Un faro! —Luego, al cabo de un momento—: ¿Podrá ser una estrella?

Gavilán la observó durante un rato.

—Creo que ha de ser la estrella Gobardón. Sólo puede vérsela en el Confín Austral. Kurremkarmerruk nos enseñó que navegando

todavía más al sur, uno ve otras ocho estrellas que asoman una a una sobre el horizonte, debajo de Gobardón. Juntas forman una gran constelación: para algunos un hombre que corre, para otros la runa de Agnen. La Runa del Fin.

Observaron la estrella sobre el agitado horizonte marino, de un brillo claro y persistente.

—Has cantado la canción de Elfarran —dijo Gavilán— como si conocieras qué dolor era ése, y me lo has hecho conocer también a mí… De todas las historias de Terramar, es la que siempre más me ha cautivado. El coraje extraordinario de Morred contra la desesperación; y Serriadh, que nació más allá de la desesperación, el rey bueno. Y ella, Elfarran. Cuando hice el mayor mal que yo haya hecho en mi vida, me volví sin embargo hacia ella, pensé que ella me llamaba; y la vi… por un momento vi a Elfarran.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Arren. Tragó saliva y permaneció en silencio, contemplando la estrella amarillo-topacio, siniestra y espléndida.

—¿Cuál de los héroes es tu preferido? —preguntó el mago, y el joven respondió:

—Erreth-Akbé.

—Fue sin duda el más grande.

—Pero es en su muerte en lo que pienso: solo, luchando con el dragón Orm en la playa de Selidor. Hubiera podido reinar en toda Terramar. Sin embargo, eso fue lo que eligió.

El mago no respondió. Cada uno siguió durante un rato el curso de sus propios pensamientos. Luego Arren, siempre contemplando la amarilla Gobardón, preguntó: —¿Entonces es cierto que los muertos pueden volver a la vida, por arte de magia?

—Puedes volverlos a la vida —dijo el mago.

—¿Pero se hace eso alguna vez? ¿Cómo se hace? Pareció que Gavilán contestaba de mala gana:

—Por medio de los sortilegios de Invocación —dijo, e hizo una mueca, o frunció el entrecejo. Arren creyó que no diría nada más, pero un momento después prosiguió—: Esos sortilegios figuran en los Libros del Saber de Paln. El Maestro de Invocaciones no enseña ni aplica ese saber. Se lo ha usado en muy contadas ocasiones, y nunca sabiamente, pienso yo. Los grandes sortilegios de esa ciencia fueron urdidos por el Mago Gris de Paln, hace miles de años. El Mago Gris invocaba a los espíritus de los héroes y los magos, incluso el de Erreth-Akbé, para que aconsejaran a los Señores de Paln sobre la conducción de las guerras y el gobierno.

—¿Y qué sucedió?

—El consejo de los muertos no es provechoso para los vivos. Tiempos de desdichas cayeron sobre Paln. El Mago Gris fue

desterrado. Murió olvidado.

El mago hablaba con reticencia, pero hablaba, como si sintiera que Arren tenía derecho a saber; y Arren lo acuciaba… —¿Entonces, nadie emplea ahora esos sortilegios?

—Sólo he conocido a un hombre que los empleara con frecuencia.

—¿Quién era?

—Vivía en Havnor. Lo tenían por un simple hechicero, pero en poder innato era un gran mago. Lucraba con su arte, mostrando a quien le pagase el espíritu que quisiera ver, esposa difunta, o marido o hijo; tenía la casa poblada de sombras inquietas venidas de siglos pretéritos, las bellas mujeres de los tiempos de los Reyes. Yo lo he visto hacer surgir de la Tierra Árida a mi viejo maestro, el que era Archimago en mi juventud, Nemmerle, sólo para distraer a los ociosos. Y esa alma grande acudió a la llamada, como un perro sumiso. Yo me enfurecí, y lo desafié. «Tú obligas a los muertos a venir a tu morada. ¿Irás conmigo a la de ellos?» Y lo obligué a ir, pese a que luchó conmigo, y cambió de forma, y lloró a gritos en la oscuridad.

—¿Lo matasteis, entonces? —murmuró Arren, fascinado.

—¡No! Lo obligué a seguirme, y a regresar conmigo. Tenía miedo. Él, que con tanta ligereza invocaba a los muertos, le tenía más miedo a la muerte, a su propia muerte, que cualquier hombre que yo haya conocido. Al llegar al muro de piedra… Pero ya te he dicho más de lo que un novicio necesita saber. Y tú ni siquiera eres un novicio. —A través de la oscuridad los ojos penetrantes escrutaron la mirada absorta de Arren, desconcertándolo—. No importa —prosiguió—. Hay, pues, un muro de piedra, en cierto lugar, allá en la frontera. El espíritu lo cruza a la hora de la muerte, y un hombre viviente puede cruzarlo y volver, si sabe cómo… Junto al muro de piedra este hombre se acurrucó en el suelo, del lado de los vivos. Se aferró a las piedras con las manos, y lloró y gimió. Lo obligué a continuar. Me repugnaba y enfurecía verlo tan asustado. Hubiera tenido que darme cuenta de que yo hacía mal. Que me dejaba dominar por la vanidad y la cólera. Él era fuerte, y yo quería demostrar que yo era más fuerte.

—¿Qué hizo él después… cuando regresasteis?

—Se arrastró como un gusano, y juró que nunca más volvería a utilizar el Saber Pélnico, y me besó la mano, y me habría matado si se hubiese atrevido.

—¿Qué fue de él?

—Se marchó de Havnor hacia el oeste, a Paln tal vez; no supe más de él. Era un hombre de cabellos blancos cuando lo conocí, aunque todavía ágil, de brazos largos, como un luchador. A esta hora ha de estar muerto. Ni siquiera recuerdo qué nombre tenía.

—¿Su nombre verdadero?

—¡No! Ése lo recuerdo… —Hizo una pausa, el corazón le latió

tres veces, y durante ese tiempo permaneció completamente inmóvil —. Lo llamaban Araña, en Havnor —dijo, con una voz distinta, cautelosa. La oscuridad era ahora demasiado profunda y no se podía ver qué expresión tenía en la cara. Arren vio que se volvía y contemplaba la estrella amarilla, ahora más alta sobre las olas y proyectando a través de ellas una quebrada estela de oro, sutil como la hebra de una araña. Al cabo de un rato dijo—: No sólo en sueños, Arren, nos encontramos con lo que aún está por venir en lo que estuvo mucho tiempo olvidado, y diciendo cosas que nos parecen descabelladas porque no entendemos qué significan.

6. Lorbanería

Vista a través de diez millas de agua soleada, Lorbanería era verde, verde como el musgo brillante al borde de una fuente. De cerca, estallaba en una profusión de hojas y troncos de árboles, y de sombras, y caminos, y casas, y en rostros de gentes, y vestidos y polvo, y en todo cuanto concurre a dar vida a una isla habitada por el hombre. Pero por sobre todo era verde: porque en cada palmo de tierra que no estuviera edificado o transitado, crecían unos árboles bajos de copa redondeada llamados burbah, de cuyas hojas se alimentan los pequeños gusanos que hilan la seda, la que luego devanan y tejen los hombres, las mujeres y los niños de Lorbanería. Al anochecer, el aire se puebla de pequeños murciélagos grises que se alimentan de los gusanos. Y comen muchos por cierto, pero se los tolera, y los tejedores no los matan: en verdad, consideran que matar murciélagos grises es de muy mal augurio. Porque si los seres humanos viven a expensas de los gusanos, dicen, los pequeños murciélagos tienen sin duda el mismo derecho.

Las casas eran curiosas, con sus pequeñas ventanas dispuestas al azar, y sus techos quinchados con varillas de hurbah, verdes de musgo y líquenes. Había sido antaño una isla próspera, entre las islas de los Confines, y esa prosperidad se advertía aún en las casas bien pintadas y adornadas, en las grandes ruecas y telares de las cabañas y cobertizos, y en los muelles de piedra del pequeño puerto de Sosara, donde hubieran podido atracar varios galeones mercantes. Pero no había galeones en el puerto. La pintura de las casas estaba descolorida, no había muebles nuevos, y la mayor parte de las ruecas y los telares estaban inmóviles, cubiertos de polvo, con telarañas entre pedal y pedal, entre el lienzo y el bastidor.

—¿Hechiceros? —dijo el alcalde de la aldea de Sosara, un hombre bajo, con una cara tan oscura y endurecida como las plantas de sus pies desnudos—. No hay hechiceros en Lorbanería. Ni los ha habido nunca.

—¡Quién lo hubiera pensado! —dijo Gavilán, como sorprendido. Estaba sentado con unos ocho o nueve aldeanos, bebiendo vino de bayas de hurbah, un brebaje claro y amargo. Les había dicho, por supuesto, que viajaba por el Confín Austral en busca de la piedra emel, pero ni él ni su compañero estaban disfrazados, aunque Arren, como de costumbre, había dejado la espada escondida en la barca; y si Gavilán llevaba la vara consigo, no la tenía a la vista. Los aldeanos se habían mostrado hoscos y hostiles al principio, y parecían dispuestos a volverse otra vez hoscos y hostiles en cualquier momento; sólo el ingenio y la autoridad de Gavilán habían logrado forzar en ellos una

aceptación reticente—. Hombres portentosos con los árboles debéis de tener —decía ahora—. ¿Qué hacen cuando cae en los huertos una helada tardía?

—Nada —dijo un hombre flaco en el extremo de la línea de aldeanos. Estaban todos sentados en una hilera, de espaldas contra la pared de la posada, bajo los aleros de quincha. Casi salpicándoles los pies desnudos, la abundante y suave lluvia de abril tamborileaba contra el suelo.

—La lluvia es el peligro, no la helada —señaló el alcalde—. Pudre los capullos de los gusanos. Nadie puede impedir que llueva. Ni ha podido, nunca. —Detestaba a los hechiceros y la hechicería; algunos de los otros parecían más astutos.

—Nunca llovía en esta época —dijo uno de ellos— cuando el viejo vivía.

—¿Quién? ¿El viejo Mildi? Bueno, ya no está vivo. Está muerto —dijo el alcalde.

—Lo llamábamos el Hortelano —dijo el hombre flaco.

—Sí. Lo llamábamos el Hortelano —dijo otro. El silencio cayó, como la lluvia.

Detrás de la ventana estaba sentado Arren. Había encontrado un viejo laúd colgado en la pared, uno de esos laúdes de tres cuerdas y mástil largo que tocan los habitantes de la Isla de la Seda, y estaba probándolo en ese momento, aprendiendo a arrancarle su música, no mucho más alta que el sonido de la lluvia sobre la quincha.

—En los mercados de Hortburgo —dijo Gavilán— he visto telas que se vendían como sedas de Lorbanería. Algunas eran seda. Pero ninguna era seda de Lorbanería.

—Las cosechas han sido magras —dijo el hombre flaco—. Cuatro años, cinco ahora.

—Cinco años ya, cinco desde la Víspera de la Tregua —dijo un hombre viejo con una voz satisfecha, machacona—, que murió el viejo Mildi, sí, se murió, y con menos años que yo ahora. Murió en la Víspera de la Tregua, sí, se murió.

—La escasez hace subir los precios —dijo el alcalde—. Por un rollo de semifina teñida de azul obtenemos ahora lo que antes sacábamos por tres.

—Si lo conseguimos. ¿Dónde están las naves? Y el azul no es genuino —dijo el hombre flaco, provocando una discusión de media hora sobre la calidad de las tinturas que se utilizaban en los grandes cobertizos.

—¿Quién prepara las tinturas? —preguntó Gavilán, y estalló una nueva reyerta. Al fin se aclaró que todas las operaciones de tintura habían estado a cargo de una familia cuyos miembros se tildaban a sí mismos de hechiceros; pero si habían conocido la magia, la habían

perdido, y nadie más la había vuelto a encontrar, como puntualizó con acritud el hombre flaco. Porque todos, excepto el alcalde, estuvieron de acuerdo en que las famosas tinturas azules de Lorbanería y el inimitable púrpura, el «fuego del dragón» que usaran otrora las Reinas de Havnor, no eran ya como antes. Algo faltaba en ellos. Las lluvias intempestivas tenían la culpa, o las sustancias colorantes, o los purificadores.

—O los ojos de los hombres —dijo el aldeano flaco—, que no saben distinguir el azur verdadero del azul barroso —y lanzó una mirada retadora al alcalde. El alcalde no recogió el desafío, y otra vez callaron.

El vino clarete no parecía tener otro efecto que el de agriar aún más el humor de los aldeanos, y los rostros estaban sombríos. No se oía otro sonido que el rumor de la lluvia entre las hojas incontables de los huertos del valle, y el susurro del mar calle abajo, y el murmullo del laúd en la oscuridad, puertas adentro.

—¿Sabe cantar ese mozalbete delicado que te acompaña? —preguntó el alcalde.

—Claro que sabe cantar. ¡Arren!, cántanos algo, hijo.

—No consigo arrancarle a este laúd más que algún tono menor —dijo Arren desde la ventana, sonriendo—. Quiere llorar. ¿Qué os gustaría oír, mis anfitriones?

—Algo nuevo —refunfuñó el alcalde.

El laúd tremoló ligeramente; Arren ya sabía cómo tocarlo. —Esto quizá sea nuevo para vosotros —dijo. Y cantó.

> Por los blancos estrechos de Solea
> y las combadas ramas rojas
> que inclinaban sus flores
> sobre su cabeza doblegada
> de dolor por el perdido amante,
> por la rama roja y la rama blanca
> y la pena incesante
> juro yo, Serriadh,
> hijo de mi madre y de Morred,
> recordar el daño infligido,
> para siempre, para siempre.

Los hombres escuchaban, inmóviles: las caras hoscas, las manos y los cuerpos castigados, endurecidos por el trabajo. Inmóviles, en el tibio y lluvioso anochecer del Sur, escuchaban aquella balada que era como el lamento del cisne gris de los mares fríos de Ea, nostálgica, doliente. Por un rato, después de que la canción terminara, siguieron en silencio.

—Es una música extraña —dijo uno con cierta vacilación.

Otro, convencido de que la isla de Lorbanería era en todo tiempo y lugar el centro absoluto del mundo, comentó: —Siempre es rara y lúgubre la música de tierras extrañas.

—Hacednos oír algo de la vuestra —dijo Gavilán—. También a mí me gustaría escuchar una trova alegre. El muchacho siempre canta estas endechas de héroes muertos en tiempos remotos.

—Yo lo haré —dijo el que había hablado el último; carraspeó un momento, y entonó una canción acerca de un tonel de vino robusto y leal, y ¡ehó ehó, a corear y beber! Pero nadie lo acompañó en el coro, y todo quedó en el ehó ehó.

—Ya no se canta ahora como es debido —dijo con irritación—. La culpa es de los jóvenes, siempre metiendo mano en todo y cambiando la manera de hacer las cosas, y no queriendo aprender las viejas canciones.

—No es eso —dijo el hombre flaco—, ya nada se hace como es debido. Ya nada anda bien.

—Sí, sí, sí —resolló el más viejo—, la suerte se ha secado. Esta es la pura verdad. La suerte se ha secado.

Después de eso, nadie tuvo mucho más que decir. Los aldeanos se marcharon en grupos de dos y de tres, hasta que sólo Gavilán quedó frente a la ventana, y Arren del otro lado. Y entonces Gavilán se rió, al fin. Pero no era una risa alegre.

La tímida mujer del posadero entró y tendió para ellos las camas en el suelo, y se marchó, y ellos se acostaron a dormir. Pero las altas vigas de la estancia eran una guarida de murciélagos. La noche entera estuvieron entrando y saliendo por la ventana sin vidrio, en medio de un revuelo de alas y de chillidos agudos. Sólo al amanecer volvieron todos y se apaciguaron, yendo cada uno a suspenderse cabeza abajo de una viga, en un pequeño paquete gris, bien apretado.

Quizá fue ese frenético ir y venir de los murciélagos lo que impidió dormir bien a Arren. Llevaba ya muchas noches durmiendo en alta mar. Ahora, desacostumbrado a la inmovilidad del suelo, sentía que lo acunaban y acunaban cuando estaba a punto de dormirse… y de pronto el mundo se hundía en un abismo y él despertaba sobresaltado. Cuando al fin se durmió, soñó que aún remaba encadenado en la cala de los esclavos; había otros con él, pero todos estaban muertos. Se despertó de este sueño más de una vez, luchando por quitárselo de la mente, pero no bien volvía a dormirse, de nuevo caía en él. Al fin le parecía que estaba completamente solo en el navío, pero siempre encadenado, imposibilitado de moverse. De pronto, una voz curiosa, lenta, le hablaba al oído: —Desata tus cadenas —le decía—. Desata tus cadenas. —Arren trataba entonces de moverse, y se movía; se ponía de pie. Se encontraba en un páramo

oscuro, vasto, bajo un cielo encapotado. Había horror en la tierra, en el aire denso, una enormidad de horror. Este lugar era el miedo, el miedo mismo, y él estaba allí, y no había senderos. Necesitaba encontrar el camino, pero allí no había ningún camino, y él era pequeño, pequeño como un niño, como una hormiga, y aquel lugar era vasto, ilimitado. Intentaba caminar, tropezaba, y despertaba.

Ahora, despierto, el miedo estaba dentro de él, no ya él dentro del miedo; sin embargo, no era menos vasto, menos ilimitado. La negra oscuridad del cuarto lo asfixiaba y buscó las estrellas en el rectángulo difuso que era la ventana, pero aunque ya no llovía, no había estrellas. Tendido de espaldas, despierto, sentía miedo, mientras los murciélagos entraban y salían, sacudiendo unas alas coriáceas, silenciosas. Por momentos oía sus voces apagadas en el umbral extremo del oído.

La mañana llegó, luminosa, y se levantaron temprano. Gavilán preguntó muy seriamente en qué parte de la isla podría encontrar la piedra emel, y aunque ninguno de los aldeanos sabía qué piedra era ésa, todos tenían alguna teoría, y discutieron; y Gavilán escuchaba, pero lo que trataba de averiguar mientras escuchaba no se refería a la piedra emel. Al fin él y Arren tomaron el sendero que les indicó el alcalde, y que conducía a las canteras de donde se extraía la tierra colorante azul. Pero en camino, Gavilán dobló por un sendero lateral.

—Esa ha de ser la casa —dijo—. Dijeron que la familia de tintoreros y magos venidos a menos vive en este camino.

—¿Servirá de algo hablarles? —dijo Arren, que aún se acordaba demasiado bien de Liebre.

—Esta mala suerte tiene un centro —dijo el mago con aspereza—. Hay un lugar por el que la suerte huye. ¡Necesito un guía que me lleve a ese lugar!

Y siguió andando, y Arren tuvo que seguirlo.

La casa se alzaba en medio de unos huertos, una hermosa construcción de piedra, pero visiblemente descuidada desde hacía años, lo mismo que los terrenos de alrededor. Unos olvidados capullos de gusanos de seda colgaban descoloridos de las ramas desgajadas, y una capa espesa y reseca de larvas y crisálidas muertas cubría el suelo al pie de los árboles. Todo alrededor de la casa, bajo la frondosa arboleda, flotaba un olor a podredumbre, y mientras se aproximaban, Arren recordó súbitamente el horror de sus pesadillas de la noche.

No habían llegado aún a la puerta, cuando ésta se abrió bruscamente. Una mujer de cabellos grises salió como una tromba, echando fuego por los ojos enrojecidos y gritando: —¡Fuera, malditos, ladrones calumniadores imbéciles embusteros y cretinos malparidos! ¡Fuera, fuera, fuera de aquí! ¡Que la mala suerte os persiga siempre!

Gavilán se detuvo, con un aire un tanto sorprendido, y levantó

con presteza la mano en un gesto curioso. Dijo una palabra: —¡Conjuro!

La mujer dejó de gritar. Lo observó con interés.

—¿Por qué hiciste eso?

—Para conjurar tu maldición. Ella continuó observándolo, y dijo al fin, con voz ronca: —¿Forasteros?

—Del Norte.

La mujer se adelantó. Al principio Arren se había sentido inclinado a reírse de ella, una vieja que se pone a chillar en la puerta de su casa, pero cuando la vio de cerca sólo sintió vergüenza. Estaba sucia y mal vestida, le apestaba el aliento, y miraba fijamente con una terrible expresión de dolor.

—No tengo poder para maldecir —dijo ella—. Ningún poder. —Imitó el gesto de Gavilán—. ¿Todavía se hace esto allí de donde venís?

Gavilán asintió. La observaba con tranquilidad, y ella le sostenía la mirada. De pronto, el rostro se le crispó, se transformó, y dijo: —¿Dónde está tu vara?

—No la muestro aquí, hermana.

—No, mejor no. Eso te dejaría fuera de la vida. Lo mismo que mi poder, me dejaba fuera de la vida. Por eso lo perdí. Perdí todas las cosas que sabía, todas las palabras y todos los nombres. Me salieron en pequeñas sartas por los ojos y la boca, como telas de araña. Hay un agujero en el mundo, y la luz huye por él. Y las palabras huyen con la luz. ¿Sabías eso? Mi hijo se pasa el día sentado mirando la oscuridad, buscando el agujero del mundo. Dice que si fuese ciego vería mejor. Ha perdido la mano en su oficio de tintorero. Nosotros éramos los Tintoreros de Lorbanería. ¡Mira! —Sacudió los brazos delgados, musculosos, manchados hasta el hombro por una mezcla pálida y veteada de tinturas indelebles—. Nunca se borra —dijo—, pero la mente se lava, queda limpia. No retiene los colores. ¿Quién eres?

Gavilán no dijo nada. De nuevo miró a la mujer a los ojos; y Arren, a unos pasos de distancia, los observaba con inquietud.

De pronto la mujer se echó a temblar y dijo en un susurro: —Yo a ti te conozco…

—Sí. Los iguales se conocen, hermana.

Fue extraño ver cómo se apartaba de Gavilán, aterrorizada, huyendo de él, y al mismo tiempo queriendo acercarse, como si fuera a caer de rodillas delante del mago.

Gavilán le tomó la mano y la retuvo. —¿Desearías recobrar tu poder, tu arte, los nombres? Yo puedo devolvértelos.

—Tú eres el Gran Hombre —murmuró ella—. Tú eres el Rey de las Sombras, el Señor de las Tinieblas…

—No. No soy un rey. Soy un hombre, un mortal, tu hermano y tu semejante.

—Pero ¿no morirás?

—Moriré, sí.

—Pero volverás, y vivirás eternamente.

—No. Ni yo, ni ningún hombre.

—Entonces, tú no eres… no eres el Grande de la Oscuridad —dijo ella frunciendo el entrecejo y mirándolo un poco de soslayo, con menos temor—. Pero eres un Grande. ¿Hay dos, entonces? ¿Cómo te llamas?

El rostro grave de Gavilán cambió por un momento. —Eso no te lo puedo decir —dijo con dulzura.

—Te contaré un secreto —dijo la mujer. Estaba más erguida ahora, enfrentándolo, con el eco de una antigua dignidad en el porte y la voz—. Yo no quiero vivir, y vivir y vivir, eternamente. Preferiría recuperar los nombres de las cosas. Pero han desaparecido, todos. Los nombres no importan más. No hay más secretos. ¿Quieres tú saber mi nombre? —Con los ojos llenos de luz, los puños cerrados, se inclinó hacia adelante y murmuró:— Mi nombre es Akaren. —Y en seguida gritó:— ¡Akaren! ¡Akaren! ¡Mi nombre es Akaren! ¡Ahora todos conocen mi nombre secreto, mi nombre verdadero, y no hay más secretos, y no hay verdad, y no hay muerte-muerte-muerte! —Gritaba la palabra entre sollozos, escupiendo saliva.

—¡Cálmate, Akaren!

La mujer se calmó. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, por la cara sucia, estriada de greñas de pelo gris.

Gavilán tomó entre sus manos aquella cara arrugada, bañada en llanto, y muy ligeramente, muy tiernamente, le besó los ojos. Ella permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Después, acercando los labios al oído de la mujer, le habló un momento en la Lengua Arcana, la volvió a besar y la soltó.

La mujer abrió grandes los ojos y lo miró un momento, con una mirada maravillada, pensativa. Así mira a su madre un niño pequeño; así una madre mira a su niño. Lentamente, dio media vuelta y fue hacia la casa, y entró, y cerró la puerta: todo en silencio, con la misma expresión serena, maravillada.

En silencio, el mago se volvió y echó a andar hacia la carretera. Arren lo siguió. No se atrevía a hacer preguntas. A los pocos pasos el mago se detuvo, allí, en el huerto abandonado, y dijo: —Le he quitado el nombre que tenía y le he dado uno nuevo. Y en cierto sentido esto entraña un renacimiento. No había nada más que se pudiera hacer por ella, ninguna otra esperanza.

El mago hablaba con una voz ahogada, tensa.

—Ha sido una mujer de poder —prosiguió—. No una bruja vulgar ni una mezcladora de filtros, sino una mujer de talento y sabiduría, capaz de crear cosas hermosas, una mujer orgullosa y honorable. Así

era su vida. Y todo eso se ha perdido. —Se volvió bruscamente, e internándose por los senderos del huerto, se detuvo junto al tronco de un árbol, de espaldas al muchacho.

Arren lo esperó a la claridad radiante del sol moteada por la sombra del follaje. Sabía que a Gavilán le avergonzaba mostrar sus propias emociones; y en verdad, no había nada que el joven pudiera hacer o decir; pero por inclinación del corazón se había dado sin reservas a Gavilán, no ya con aquel fervor primero, aquella adoración romántica, sino con dolor, como si entre ellos se hubiese forjado un vínculo que ya nada podría romper, nacido de lo más profundo de ese amor. Porque en ese amor que ahora sentía había compasión, que da temple al amor, y plenitud, y durabilidad.

Al fin, Gavilán volvió a reunirse con Arren acercándose entre las sombras verdes del huerto. Ninguno de los dos habló, y juntos reanudaron la marcha. Ya hacía calor; la lluvia de la noche anterior se había secado y el polvo se levantaba en el camino. El comienzo de la jornada le había parecido a Arren insípido y tedioso, como contaminado por sus propios sueños; ahora disfrutaba de la mordedura del sol y del solaz de la sombra, y sentía el placer de caminar sin preocuparse por lo que esperaba delante.

De todos modos, nada consiguieron averiguar. Pasaron la tarde en conversaciones con los hombres que extraían los minerales colorantes, y en regateos por algunos pedazos de lo que según ellos era piedra emel. Cuando a paso cansino regresaban a Sosara, con el sol del atardecer martillándoles la cabeza y la nuca, Gavilán comentó: —Es malaquita azul; pero dudo que en Sosara noten la diferencia.

—Es rara la gente de aquí —dijo Arren—. Así es en todo, no notan la diferencia. Como lo que uno de ellos le dijo anoche al jefe: «No distinguirías el azur verdadero del azul barroso…». Se quejan de que los tiempos son malos, pero no saben cuándo empezaron los tiempos malos; dicen que el trabajo es de mala calidad, pero no hacen nada para mejorarlo; no saben ni siquiera cuál es la diferencia entre un artesano y un hechicero, entre la artesanía y la magia. Es como si no tuvieran una idea clara de las formas, las diferencias y los colores. Todo es igual para ellos, todo es gris.

—Sí —dijo el mago, pensativo. Caminó un trecho a grandes zancadas, la cabeza hundida entre los hombros, como un halcón; aunque de corta estatura, caminaba a pasos largos—. ¿Qué es lo que les falta?

Arren respondió sin vacilar: —Alegría de vivir.

—Sí —dijo otra vez Gavilán, aceptando el juicio de Arren y considerándolo un momento—. Me alegra —dijo al fin— que puedas pensar por mí, hijo… Me siento cansado y estúpido. Me duele el corazón desde esta mañana, desde que hablamos con la que fue

Akaren. No me gusta la desolación, la ruina. No quiero tener enemigos. Y si he de tener uno, no deseo ir a buscarlo, ni encontrarlo, ni enfrentarlo… Si la cacería es inevitable, que la presa sea un tesoro, no una criatura vil.

—Un enemigo, mi señor —dijo Arren. Gavilán asintió.

—¿Cuando ella hablaba del Gran Hombre, del Rey de las Sombras…?

Gavilán asintió otra vez. —Eso mismo creo yo —dijo—. Creo que hemos de llegar no sólo a un sitio, sino a una persona. Es el mal, el mal, lo que pesa sobre esta isla, esta pérdida de la habilidad manual y del orgullo, esta falta de alegría, esta desolación. Esto es obra de una voluntad maligna. Pero no una voluntad que se ensaña con este lugar, ni tampoco con Akaren ni con Lorbanería. El rastro que seguimos es un rastro de destrucción, como si corriésemos detrás de un carruaje que se precipita por la ladera de una montaña, desencadenando un alud.

—¿Podría ella, Akaren, deciros algo más acerca de ese enemigo, quién es y dónde está, o qué es?

—No ahora, muchacho —dijo el mago, con una voz tranquila pero desanimada—. Hubiera podido hacerlo, sin duda. En su locura había aún algo de magia. En realidad la locura era su magia. Pero yo no podía obligarla a que me respondiese. Sufría demasiado.

Y siguió andando, con la cabeza un poco hundida entre los hombros, como si él mismo soportara y quisiera evitar algún dolor.

Arren se dio vuelta; había oído el ruido de unos pasos, detrás de ellos, en el camino. Un hombre venía corriendo, a una buena distancia todavía, pero acercándose rápidamente. El polvo de la carretera y los cabellos largos e hirsutos eran unas aureolas rojas alrededor de él a la luz de la tarde, y su sombra alargada daba saltos fantásticos por entre los troncos y los senderos de los huertos junto al camino.

—¡Escuchad! —gritaba—. ¡Deteneos! ¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!

Pronto les dio alcance. La mano de Arren buscó primero en el aire el pomo de la espada que no estaba allí, luego el mango del cuchillo perdido, y se cerró por último en un puño, todo en medio segundo. Frunció el entrecejo y se adelantó. El hombre le llevaba a Gavilán más de una cabeza y era ancho de hombros: un loco jadeante, delirante, de mirada frenética. —¡Lo he encontrado! —repetía sin cesar mientras Arren, intentando dominarlo con una voz y una actitud severas y amenazadoras, le preguntaba:

—¿Qué quieres? —El hombre trató de esquivarlo para aproximarse a Gavilán. Arren se plantó de nuevo frente a él.

—Tú eres el Tintorero de Lorbanería —le dijo Gavilán.

Arren comprendió entonces que se había conducido como un

tonto, tratando de proteger a Gavilán, y se hizo a un lado. El loco, al oír de labios del mago aquellas seis palabras, dejó de jadear y de estrujarse las grandes manos manchadas; los ojos se le tranquilizaron; asintió.

—Yo era el tintorero —dijo—, pero ya no sé teñir. —Miró de soslayo a Gavilán, y sonrió; meneó la cabeza orlada por una mata de pelo rojiza y polvorienta—. Tú le quitaste el nombre a mi madre —dijo—. Ahora no la conozco, ni ella me conoce a mí. Todavía me quiere, sí, pero me ha abandonado. Está muerta.

A Arren se le encogió el corazón, pero vio que Gavilán se limitaba a sacudir la cabeza. —No, no —dijo—, no está muerta.

—Pero lo estará. Morirá.

—Sí. La muerte es una consecuencia de la vida —dijo el mago. Durante un minuto pareció que el Tintorero trataba de entender el sentido de esa frase; luego fue en línea recta hasta Gavilán, lo agarró por los hombros y se inclinó sobre él. Lo hizo con tanta rapidez que Arren no tuvo tiempo de impedírselo, pero se había acercado a ellos y alcanzó a oír el susurro del hombre—. He encontrado el agujero de la oscuridad. El Rey estaba allí. Lo vigila y reina sobre él. Tenía una pequeña llama, un pequeño candil en la mano. Sopló, y la llama se apagó. Luego volvió a soplar, ¡y la llama se encendió! ¡Se encendió!

Gavilán no se resistió al abrazo ni al cuchicheo. Preguntó simplemente: —¿Dónde estabas cuando viste esas cosas?

—En la cama.

—¿Soñando?

—No.

—¿Las viste a través de la pared?

—No —dijo el Tintorero, en un tono repentinamente serio, como si se sintiera incómodo. Soltó al mago, y dio un paso atrás—. No, yo… yo no sé dónde está. Lo he encontrado, sí, pero no sé dónde.

—Pues eso es lo que a mí me gustaría saber —dijo Gavilán.

—Yo puedo ayudarte.

—¿Cómo?

—Tú tienes una barca. Has venido en ella, y en ella seguirás. ¿Irás hacia el oeste? Ése es el rumbo. El camino hacia el lugar en que él aparece. Tiene que haber un lugar, un lugar aquí, porque él está vivo… no como los espíritus, los fantasmas que atraviesan la pared, no es eso… sólo las almas atraviesan la pared pero esto es el cuerpo, es la carne inmortal. Yo he visto cómo soplaba en la oscuridad y encendía la llama, la llama que se había apagado. Eso he visto. —El rostro del hombre se había transfigurado; era de una belleza salvaje al oro purpúreo del largo atardecer—. Yo sé que él ha vencido a la muerte. Lo sé. He dado mi magia para saberlo. ¡Yo fui mago antes! Y tú lo sabes, y allí es a donde vas. Llévame contigo.

La luz resplandecía también sobre el rostro de Gavilán, impasible y duro. —Estoy tratando de ir allí —dijo.

—¡Déjame ir contigo!

Gavilán asintió brevemente. —Si estás en el puerto cuando zarpemos —dijo, con la misma frialdad de antes.

El Tintorero retrocedió otro paso, y allí se quedó, contemplándolo, mientras la exaltación del rostro se le velaba lentamente hasta transformarse en una expresión extraña, pesada; era como si la razón estuviese esforzándose por irrumpir a través del huracán de palabras, sentimientos y visiones que la confundían. Finalmente, dio media vuelta y sin una palabra echó a correr camino abajo hacia la niebla de polvo que él mismo levantara y no se había asentado aún en el camino. Arren suspiró, aliviado.

También Gavilán suspiró, pero el suyo no era un suspiro de alivio. —Bueno —dijo—. A caminos extraños, extraños guías. Sigamos andando.

Arren acomodó su paso al de Gavilán. —¿No pensaréis llevarlo con nosotros? —inquirió.

—Eso depende de él.

También de mí depende, pensó Arren en un relámpago de cólera. Pero no dijo nada, y continuaron la marcha juntos y en silencio.

No fueron bien recibidos de vuelta en Sosara. En una isla pequeña como Lorbanería todo se sabe en seguida, y sin duda los habían visto tomar el camino lateral que llevaba a la Casa de los Tintoreros, y hablar con el loco en la carretera. El posadero los sirvió con malos modos, y su mujer parecía muerta de miedo. Al anochecer, cuando los aldeanos vinieron a sentarse bajo los aleros de la taberna, se empeñaron en mostrar que no querían hablarles y conversaron animadamente entre ellos en medio de chanzas y carcajadas. Pero no tenían mucho que decirse, y la alegría se les acabó pronto. Durante un largo rato permanecieron todos sentados, en silencio; al fin, el alcalde le dijo a Gavilán: —¿Has encontrado tus rocas azules?

—He encontrado, sí, unas pocas piedras azules —respondió Gavilán con cortesía.

—Sopli te ha dicho sin duda dónde podías encontrarlas.

—Ja, ja, ja —corearon los otros, ante ese golpe magistral de ironía.

—¿Sopli será el hombre pelirrojo?

—El loco. Tú fuiste a visitar a su madre en la mañana.

—Buscaba a un mago —dijo el mago.

El hombre flaco, que era el que estaba sentado más cerca, escupió hacia la oscuridad. —¿Para qué?

—Pensé que podría decirme algo acerca de lo que busco.

—La gente viene a Lorbanería a buscar seda —dijo el alcalde—.

No viene a buscar piedras. No viene a buscar encantamientos. Ni pantomimas y farfulles y supercherías de brujos. Aquí vive gente honesta, que hace un trabajo honesto.

—Es verdad. Tiene razón —dijeron los otros.

—Y no queremos aquí otra clase de gente, extranjeros que andan huroneando y metiendo la nariz en nuestros asuntos.

—Es verdad. Tiene razón —repitió el coro.

—Si hubiese en los alrededores algún hechicero que no estuviera loco, le daríamos un trabajo honesto en los cobertizos; pero no saben hacer un trabajo honesto.

—Quizá pudieran, si en verdad hubiese algo que hacer —dijo Gavilán—. Vuestros cobertizos están vacíos, los huertos descuidados, la seda almacenada fue tejida hace años. ¿Qué hacéis vosotros, aquí en Lorbanería?

—Nos ocupamos de nuestros propios asuntos —replicó el alcalde, pero el hombre flaco intervino, excitado:

—¿Por qué los navíos no vienen? ¡A ver, dinos eso! ¿Qué están haciendo en Hortburgo? ¿Acaso nuestro trabajo es de mala calidad?… —Unas protestas furiosas lo interrumpieron. Se gritaban unos a otros, se incorporaban de un salto; el alcalde blandió el puño ante la cara de Gavilán, otro sacó un cuchillo. Se habían puesto frenéticos. Arren estuvo de pie en un instante y miró a Gavilán, esperando verlo erguirse envuelto en el súbito resplandor de la luz mágica, y enmudecerlos de golpe con la revelación de su poder. Pero no lo hizo. Se quedó allí, sentado, mirándolos de hito en hito y escuchando sus amenazas. Y poco a poco se fueron calmando, tan incapaces al parecer de persistir en la cólera como en el regocijo. El cuchillo volvió a la vaina, las amenazas se trocaron en burlas. Empezaron a marcharse como perros que abandonan una riña, algunos pavoneándose, otros con un andar furtivo.

Cuando se quedaron solos, Gavilán se levantó, entró en la posada y bebió un largo trago de agua del cántaro que estaba junto a la puerta. —Vamos, muchacho —dijo—. Ya he tenido bastante.

—¿A la barca?

—Sí. —Puso sobre el alféizar dos piezas de plata y se echó al hombro el pequeño atado de ropa. Arren estaba cansado y soñoliento, pero echó una última mirada a la estancia del albergue, lóbrega y sofocante, y alborotada entre las vigas por el revoloteo de los inquietos murciélagos; pensó en la noche que había pasado en ese cuarto, y siguió a Gavilán de buena gana. Pensó también, mientras bajaban por la única y oscura calle de Sosara, que al partir a esa hora burlarían a Sopli el loco. Pero cuando llegaron al puerto, allí estaba, esperándolos en el espigón.

—Hete aquí —dijo Gavilán—. Sube a bordo, si quieres venir.

Sin una palabra, Sopli saltó a la barca y se acurrucó junto al mástil, como un perro grande e hirsuto. Al verlo, Arren se rebeló. —¡Mi señor! —dijo. Gavilán se volvió; se enfrentaron, cara a cara sobre el muelle por encima de la barca.

—En esta isla están todos locos, pero yo creía que vos no lo estabais. ¿Por qué lo lleváis?

—Para que nos sirva de guía.

—¿De guía… hacia una locura más grande? ¿A la muerte, ahogados, o por una cuchillada en la espalda?

—A la muerte, pero por qué camino no lo sé.

Arren hablaba con ardor, y aun con cierta resonancia de ferocidad en la voz. No estaba acostumbrado a que se le opusieran. Pero desde esa tarde, cuando en la carretera había tratado de protegerlo del loco, y había comprendido cuan vana e innecesaria era esa protección, tenía un sentimiento de amargura: aquel arrebato de amor de la mañana había sido superfluo, malgastado. Él era incapaz de proteger a Gavilán; no se le permitía tomar ninguna iniciativa, o no se le permitía, ni siquiera, comprender la naturaleza de aquella búsqueda. Lo llevaban simplemente a la rastra, tan inútil como un niño. Pero él no era un niño.

—No quisiera discutir con vos, mi señor —dijo con tanta frialdad como le fue posible—. Pero esto… ¡esto está más allá de la razón!

—Está más allá de la razón. Vamos allá adonde la razón no puede llevarnos. ¿Quieres venir, o no?

Lágrimas de cólera saltaron a los ojos de Arren.

—Dije que vendría y que os serviría. Yo no quebranto mi juramento.

—Eso está bien —dijo el mago secamente, e hizo ademán de volverse. Pero en seguida enfrentó otra vez a Arren—: Yo te necesito, Arren, y tú me necesitas. Porque quiero decirte esto: creo que este camino que seguimos es tu camino, no por obediencia o lealtad hacia mí, sino porque era el tuyo antes aún de que me vieras por primera vez; antes de que pusieras el pie en Roke; antes de que partieras de Enlad. No puedes volverte atrás.

El mago hablaba con aspereza; Arren le respondió con igual sequedad: —¿Cómo podría volverme, sin una barca, aquí en la orilla del mundo?

—¿Esto, la orilla del mundo? No, está mucho más lejos. Quizá aún lleguemos a ella.

Arren sacudió la cabeza una vez, y se dejó caer en la barca. Gavilán soltó la amarra y llamó un viento suave a la vela. Una vez que se alejaron de los borrosos y desiertos muelles de Lorbanería, la brisa sopló fresca y limpia desde el oscuro norte, y la luna se quebró en plata sobre el terso mar delante de ellos, y se elevó a la izquierda de la

barca en tanto viraban hacia el sur para costear la isla.

7. El loco

El loco, el Tintorero de Lorbanería, estaba acurrucado contra el mástil, los brazos alrededor de las rodillas y la cabeza gacha. La mata de pelo hirsuto parecía negra a la luz de la luna. Gavilán dormía en la popa envuelto en una manta. Ninguno de los dos se movía. Arren estaba sentado en la proa, muy erguido; se había jurado velar toda la noche. Si el mago prefería creer que el lunático pasajero no lo atacaría, a él o a Arren, durante la noche, allá él; Arren, sin embargo, era dueño de tener sus propias ideas, y cargar con sus propias responsabilidades.

Pero la noche era muy larga y muy calma. La luz de la luna se derramaba inalterable sobre el mar. Acurrucado contra el mástil, Sopli roncaba, unos ronquidos largos, bajos. Suavemente avanzaba la barca; suavemente Arren se deslizó en el sueño. Despertó una vez, sobresaltado, y vio la luna apenas más alta; abandonó la guardia que se había impuesto, se acomodó y se quedó dormido.

Volvió a soñar, como al parecer lo hacía siempre en este viaje, y al principio los sueños eran fragmentarios pero insólitamente placenteros y reconfortantes. En el lugar del mástil de *Miralejos* crecía un árbol, con grandes ramas arqueadas cubiertas de follaje; unos cisnes tiraban de la barca, hendiendo las aguas con alas vigorosas delante de la proa; a lo lejos, sobre el verde berilo del mar, resplandecía una ciudad de torres blancas. Luego él estaba en una de esas torres, escalando los peldaños que ascendían en espiral, trepando por ellos ligero e impaciente. Estas escenas cambiaban y recurrían y desembocaban en otras, que pasaban sin dejar rastro; pero de pronto se hallaba en la temida y opaca medialuz de los páramos, y el horror crecía en él hasta impedirle respirar. Pero él seguía avanzando, porque tenía que hacerlo. Al cabo de un largo rato se daba cuenta de que avanzar allí era girar en círculos y volver siempre sobre sus pasos. Sin embargo tenía que salir, escapar; era cada vez más apremiante. Echaba a correr. A medida que corría los círculos se estrechaban y el suelo empezaba a inclinarse. Iba corriendo en la creciente oscuridad, cada vez más rápido, alrededor del reborde interior de un pozo, un enorme torbellino que lo aspiraba hacia abajo, hacia las tinieblas; y en el momento en que lo supo, resbaló y cayó.

—¿Qué pasa, Arren?

Gavilán le hablaba desde la popa. El amanecer gris mantenía en calma el cielo y el mar.

—Nada.

—¿La pesadilla?

—Nada.

Arren tenía frío y tenía acalambrado el brazo derecho por haber dormido sobre él. Cerró de nuevo los ojos para protegerlos de la claridad creciente, y pensó: «Él insinúa esto y aquello, pero nunca quiere decirme claramente a dónde vamos, ni por qué, ni por qué tengo yo que ir allí. Y ahora arrastra a ese loco con nosotros. ¿Quién está más loco, el lunático o yo? ¿Por qué he venido? Entre ellos pueden entenderse, ahora los locos son los magos, dijo él. Yo hubiera podido estar en casa ahora, en mi hogar en el Palacio de Berila, en mi alcoba de paredes talladas, con alfombras rojas en el suelo, y el fuego encendido en el hogar, despertándome para salir a cazar halcones con mi padre. ¿Por qué he venido con él? ¿Por qué él me ha traído? Porque es mi camino, el mío, dice, pero así es como hablan los hechiceros, que con grandes palabras hacen que las cosas parezcan grandes. Pero el significado de las palabras está siempre en otra parte. Si hay un camino que he de seguir, es el de mi casa, no andar errando sin sentido a través de los Confines. Tengo deberes que cumplir en casa, y estoy eludiéndolos. Si de verdad piensa que un enemigo de la magia está operando en alguna parte, ¿por qué ha querido venir solo, conmigo? Podría haber traído otro mago que le ayudase… un centenar de magos. Podría haber traído todo un ejército de guerreros, una flota de navíos. ¿Es así como se afronta un gran peligro, con un viejo y un muchacho en una barca? Esto es pura locura. Él, él está loco; es como él dice, busca la muerte. Busca la muerte, y quiere llevarme con él. Pero yo no estoy loco ni soy viejo, no quiero morir, no quiero ir con él».

Se incorporó, apoyado sobre un codo, y miró hacia adelante. La luna, que había asomado frente a ellos cuando salían de la Bahía de Sosara, estaba otra vez a proa, hundiéndose en el horizonte de las aguas. Atrás, en el levante, el día clareaba pálido y triste. No había nubes, pero sí una neblina ligera, enfermiza. Más tarde, ardió el sol, pero con una luz velada, sin brillo.

Durante todo aquel día navegaron a lo largo de la costa de Lorbanería, baja y verde a mano derecha. Un viento ligero que soplaba desde tierra henchía el velamen. Hacia el anochecer costearon un largo cabo, el último; la brisa murió. Gavilán llamó a la vela el viento de magia, y como un halcón que echa a volar desde la muñeca del cazador, *Miralejos* se precipitó hacia adelante, dejando atrás la Isla de la Seda.

Sopli el Tintorero se había pasado el día acurrucado en el mismo sitio, visiblemente atemorizado por la barca y el mar, mareado y miserable. Ahora habló, con voz ronca: —¿Vamos hacia el oeste?

El sol en el ocaso le encendía la cara; pero Gavilán asintió sin impacientarse.

—¿A Obehol?

—Obehol está al oeste de Lorbanería.

—Muy lejos al oeste. Quizá el lugar está allí.

—¿Cómo es el lugar?

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo podría haberlo visto? ¡No está en Lorbanería! Lo he buscado durante años, cuatro años, cinco años, en la oscuridad, de noche, cerrando los ojos, y él siempre llamándome: Ven, ven, pero yo no podía ir. Yo no soy un señor de hechiceros que encuentra el camino en la oscuridad. Pero también hay un lugar al que se puede llegar a la luz, bajo el sol. Eso es lo que Mildi y mi madre no querían comprender. Se empeñaban en buscar en la oscuridad. Después el viejo Mildi murió, y mi madre perdió la razón. Olvidó los sortilegios que empleábamos para las tinturas, y eso le afectó el juicio. Quería morir, pero yo le he dicho que espere. Que espere hasta que yo encuentre el lugar. Tiene que haber un lugar. Si los muertos pueden volver a la vida en el mundo, ha de haber un lugar en el mundo donde eso ocurre.

—¿Vuelven a la vida los muertos?

—Creí que tú sabías esas cosas —dijo Sopli después de una pausa, mirando con suspicacia a Gavilán.

—Busco la forma de saberlas.

Sopli no dijo nada más. Súbitamente el mago lo miró, una mirada directa, imperiosa, pero le habló con gentileza: —¿Buscas la forma de vivir eternamente, Sopli?

Sopli le sostuvo la mirada un momento; luego escondió entre los brazos la hirsuta cabeza castaño-rojiza, cruzó los dedos de las manos sobre los tobillos y se columpió de adelante hacia atrás. Al parecer, ésa era la posición que adoptaba cuando sentía miedo, y en esos momentos no hablaba ni tenía en cuenta lo que se decía. Arren desvió la mirada con desesperación y repugnancia. ¿Cómo podrían seguir así, con Sopli, durante días o semanas, en una barca de seis metros de eslora? Era como compartir un cuerpo con un alma enferma…

Gavilán subió a la proa junto a él y apoyando una rodilla en la bancada contempló el lívido anochecer. En seguida dijo: —Es noble de espíritu.

Arren no replicó. Preguntó fríamente: —¿Qué es Obehol? Nunca he oído ese nombre.

—Yo conozco el nombre y dónde buscarlo en los mapas, nada más… ¡Mira, las compañeras de Gobardón!

La gran estrella de color topacio estaba ahora más alta en el sur, y debajo de ella, iluminando apenas el mar ensombrecido, brillaba una estrella blanca a la izquierda y una blanquiazulada a la derecha, formando un triángulo.

—¿Tienen nombres?

—El Maestro de Nombres lo ignoraba. Quizá las gentes de Obehol

y Wellogy tengan nombres para ellas. Yo no lo sé. Ahora penetramos en mares extraños, Arren, bajo el Signo del Fin.

El muchacho no respondió y se quedó mirando con una especie de repulsión las brillantes estrellas sin nombre que resplandecían en las alturas, sobre el mar infinito.

Mientras navegaban rumbo al oeste día tras día, el calor de la primavera meridional reposaba sobre las aguas, y el cielo estaba claro. Sin embargo Arren tenía la impresión de que había una opacidad en la luz, como si cayera sesgada a través de un vidrio. El agua de mar estaba tibia y nadar no lo refrescaba. La comida salada no tenía sabor. No había frescura en las cosas, ni brillo, salvo de noche, cuando las estrellas irradiaban una luminosidad que Arren nunca había visto en ellas. Entonces se tendía boca arriba y las contemplaba hasta que se dormía. Y cuando dormía, soñaba: siempre el sueño de los páramos, o el pozo, o un valle rodeado de acantilados, o un camino largo que descendía bajo un cielo encapotado; siempre la luz mortecina, y el horror, y el desesperado esfuerzo por escapar.

Nunca le hablaba de esto a Gavilán. No le hablaba de nada que fuese importante para él, sólo de los menudos incidentes cotidianos de la travesía; y Gavilán, a quien siempre había que arrancarle las palabras, ahora estaba casi siempre en silencio.

Arren veía ahora que había estado loco al confiarse de cuerpo y alma a ese hombre inquieto y taciturno que se dejaba guiar por sus impulsos y que no hacía ningún esfuerzo por gobernar su vida, ni siquiera para salvarla. Porque ahora había en él un sentimiento de fatalidad; y eso, pensaba Arren, era porque no se atrevía a afrontar su propio fracaso, el fracaso de la magia como un gran poder entre los hombres.

Era evidente ahora. Para quienes conocían los secretos, no había muchos secretos en esas artes mágicas con las que Gavilán y todas las generaciones de magos y hechiceros habían conquistado tanta fama y poder. No eran mucho más que la manipulación de las nubes y los vientos, el conocimiento de las hierbas curativas, y una habilidad para crear ilusiones tales como nieblas y luces y cambios de forma, que podían maravillar al ignorante, pero que eran meras supercherías. La realidad no cambiaba. No había en la magia nada que diese a un hombre verdadero poder sobre los hombres; y era absolutamente inútil contra la muerte. Los magos no vivían más tiempo que los hombres comunes. Todas sus palabras secretas no les servían para postergar ni un solo instante la hora de la muerte.

Ni siquiera en cuestiones de poca monta merecía la magia que se la tomase en cuenta. Gavilán siempre era tacaño en el uso de sus artes; navegaban con el viento del mundo cada vez que podían, pescaban para procurarse alimentos, y economizaban el agua, como cualquier

marino. Después de cuatro días de luchar contra un caprichoso viento de proa, Arren le preguntó si no convendría que llamase a la vela una brisa favorable, y cuando el mago meneó la cabeza, dijo:

—¿Por qué no?

—Yo no le pediría a un hombre enfermo que corra una carrera —respondió Gavilán—, ni pondría una piedra sobre una espalda recargada. —Era imposible saber si hablaba de él mismo o del mundo en general. Las respuestas del mago eran siempre ambiguas, de difícil interpretación. En eso, pensaba Arren, consistía todo el secreto de la magia: en sugerir profundos significados sin decir nada en absoluto, y en dar a entender que no hacer nada era la máxima sabiduría.

Arren había tratado de ignorar a Sopli, pero eso era imposible; y en todo caso pronto se encontró unido en una especie de alianza con el loco. Sopli no estaba tan loco, o no tan simplemente loco como podía parecer por su cabellera enmarañada y hablar entrecortado. En realidad, su locura mayor era el terror que le tenía al agua. Para subir a la barca había necesitado el coraje de la desesperación, y nunca había logrado librarse de ese miedo; se pasaba las horas con la cabeza baja para no ver el agua que se alzaba y golpeaba alrededor de él y la frágil cáscara de la barca. Si se ponía de pie en la barca se mareaba; se abrazaba al mástil. La primera vez que Arren decidió ir a nadar y se zambulló desde la proa, Sopli gritó con horror; cuando Arren volvió a la barca, el pobre hombre estaba verde de espanto. —Creí que querías ahogarte —le dijo, y Arren no pudo menos que reírse.

Por la tarde, en un momento en que Gavilán parecía distraído, absorto en algún pensamiento, Sopli, aferrándose con cautela a las bancadas, fue hasta donde estaba Arren. Dijo en voz baja: —Tú no quieres morir, ¿no?

—Claro que no.

—Él sí —dijo Sopli, con un leve movimiento de la mandíbula inferior, señalando a Gavilán.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arren en un tono señorial, que en verdad era natural en él, y que Sopli aceptó naturalmente, pese a que era diez o quince años mayor que el muchacho.

—Él quiere… llegar al lugar secreto —respondió con una cortés prontitud, aunque interrumpiéndose, como era costumbre en él—. Pero yo no sé por qué. Él no quiere… No cree en… la promesa.

—¿Qué promesa?

Sopli le clavó una mirada penetrante, con algo de la perdida hombría en los ojos; pero la voluntad de Arren era más fuerte. Al fin respondió en voz muy baja:

—Tú sabes. La vida. La vida eterna.

Un largo escalofrío sacudió el cuerpo de Arren. Recordó sus sueños, el páramo, el pozo, los acantilados, la luz mortecina. Eso era

la muerte, eso era el horror de la muerte. Tenía que escapar, tenía que encontrar el camino. Y en el quicio de la puerta aguardaba la figura nimbada de sombra, sosteniendo en la mano una lucecita no más grande que una perla, la llama de la vida inmortal. Por primera vez Arren encontró los ojos de Sopli: unos ojos castaños y luminosos, muy claros; y en ellos vio que había comprendido al fin, y que Sopli compartía ese conocimiento.

—Él —dijo el Tintorero con aquel movimiento de la mandíbula hacia Gavilán—, él no quiere renunciar a su nombre. Pero nadie puede llevar su nombre todo el tiempo. La senda es demasiado estrecha.

—¿Tú la has visto?

—En la oscuridad, en la mente. Pero eso no basta. Yo quiero llegar allí, quiero verla. En el mundo, con mis ojos. ¿Y si… y si me muriera y no pudiese encontrar el camino, el lugar? La mayoría de la gente no puede encontrarlo, ni siquiera saben que está ahí; sólo algunos de nosotros tenemos el poder mágico. Pero es duro, porque allá tienes que abandonar ese poder… No más palabras. No más sombras. Es demasiado duro para la mente. Y cuando… mueres, tu mente… muere. —Se atascaba cada vez en la palabra—. Yo necesito *saber* que puedo regresar. Quiero estar allí. Del lado de la vida. Yo quiero vivir, salvarme. Odio… odio esta agua…

El Tintorero encogió los brazos y las piernas como hace una araña cuando cae, y hundió la hirsuta cabeza rojiza entre los hombros para no ver el mar.

Pero desde entonces Arren no volvió a evitar a Sopli. Sabía que no sólo compartía una visión, sino también un miedo; y que, si sucedía lo peor, Sopli podría ayudarlo contra Gavilán.

Mientras tanto seguían navegando, lentamente, en las calmas chichas y las brisas caprichosas, siempre rumbo al oeste, hacia donde Sopli los guiaba, según Gavilán. Pero no era Sopli quien los guiaba, él, que nada sabía del mar, que nunca había visto un mapa, que nunca había estado en una embarcación, y que le tenía un terror pánico al agua. Era el mago quien los guiaba y los extraviaba con toda deliberación. Arren lo veía ahora claramente, y comprendía el motivo. El Archimago sabía que ellos, y otros como ellos, buscaban la vida eterna, porque les había sido prometida o porque habían sentido que los llamaba y porque tal vez la encontrarían. En su orgullo, en su desmedido orgullo de Archimago, temía que pudiesen alcanzarla; envidia les tenía, envidia y miedo, y jamás admitiría que hombre alguno pudiese ser superior a él. Lo que ahora pretendía era internarse en la Mar Abierta más allá de todas las tierras hasta que se extraviaran para siempre, y nunca más pudieran regresar al mundo, y perecieran de sed. Porque prefería morir, morir él mismo, para que ellos no

conocieran la vida eterna.

Había a veces ciertos momentos, cuando Gavilán le hablaba a Arren de algún problema menudo relacionado con la conducción de la barca, o nadaba con él en el mar cálido, o le daba las buenas noches bajo las prodigiosas estrellas, en que todas esas ideas le parecían descabelladas al muchacho. Miraba entonces a Gavilán y lo veía, veía el rostro duro, áspero, paciente, y pensaba: «Éste es mi señor y mi amigo». Y le parecía increíble que hubiera podido dudar de él. Pero un momento después volvía a dudar, y Sopli y él intercambiaban miradas cómplices, poniéndose mutuamente en guardia contra el peligro del enemigo común.

El sol derramaba calor, todos los días, pero era un sol sin brillo. La claridad se esparcía como un barniz sobre el lento oleaje del mar. El agua era azul, el cielo azul, sin cambios ni matices. Las brisas soplaban y morían, y ellos viraban la vela, y se deslizaban lentamente hacia ninguna parte.

Una tarde se levantó al fin un suave viento de popa; y Gavilán señaló con el dedo el cielo, cerca del poniente. —Mirad —dijo. Muy alto, por encima del mástil, una fila de ánsares marinos surcaba el espacio como una runa negra trazada a través del cielo. Los ánsares volaban hacia el oeste, y siguiéndolos, *Miralejos* llegó al otro día a la vista de una gran isla.

—Es ella —dijo Sopli—. Esa isla. Allí tenemos que ir.

—¿El lugar que buscas está allí?

—Sí. Allí tenemos que desembarcar. No podemos ir más lejos.

—Esta isla ha de ser Obehol. Más allá, en el Confín Septentrional, hay otra isla, Wellogy. Y en el Confín del Poniente, hay otras islas más occidentales. ¿Estás seguro, Sopli?

El Tintorero de Lorbanería se encolerizó, y la mirada se le ensombreció otra vez; sin embargo, pensó Arren, no hablaba sin ton ni son, como la primera vez que conversaran con él muchos días atrás, en Lorbanería. —Sí. Aquí tenemos que desembarcar. Ya hemos llegado bastante lejos. El lugar que buscamos es aquí. ¿Quieres que te jure que lo reconozco? ¿Quieres que jure por mi nombre?

—No puedes —dijo Gavilán, la voz dura, alzando los ojos hacia Sopli, más alto que él; Sopli se había levantado y se aferraba con fuerza al mástil, para mirar la tierra que tenían delante—. No lo intentes, Sopli.

El Tintorero hizo una mueca, como de rabia o dolor. Miró las montañas que parecían azules por la distancia, delante de la embarcación, por encima del tembloroso y ondulante piélago del agua, y dijo: —Tú me tomaste como guía. Este es el sitio. Aquí tenemos que desembarcar.

—De todos modos desembarcaremos, necesitamos agua —dijo

Gavilán, y se encaminó al timón. Sopli se sentó en su sitio junto al mástil, farfullando. Arren le oyó decir:

—Juro por mi nombre. Por mi nombre. —Muchas veces, y cada vez que lo decía torcía la cara como si tuviera algún dolor.

Llegaron a las cercanías de la isla con un viento norte, y la bordearon buscando una bahía o un embarcadero, pero las rompientes estallaban atronadoras bajo el sol abrasador en toda la costa septentrional. Tierra adentro, las montañas verdes se caldeaban a la luz, ataviadas de árboles hasta la cima. Contorneando un cabo, llegaron por fin a una profunda bahía en medialuna. Allí las olas, contenidas por el cabo, bañaban en calma las playas de arena blanca, y una embarcación podía atracar. Ninguna señal de vida humana era visible en la playa, ni en las colinas boscosas de más arriba; no habían visto una sola barca, un techo, una voluta de humo. La leve brisa cesó tan pronto como *Miralejos* entró en la bahía. Todo era quietud, silencio, calor. Arren tomó los remos, Gavilán el timón. El chirriar de los remos en los toletes era el único ruido. Los picos verdes se perfilaban por encima de la bahía, cercándola. El sol tendía sobre las aguas sábanas de luz incandescente. Arren sentía que la sangre le latía en los oídos. Sopli había abandonado la protección del mástil y estaba acurrucado en la proa, sosteniéndose contra las regalas, los ojos avizores fijos en la orilla. La cara oscura y cruzada de cicatrices de Gavilán brillaba de sudor como si se la hubiese untado con aceite; su mirada iba y venía sin cesar de las rompientes bajas a los riscos tapizados de follaje.

—Ahora —les dijo a Arren y a la barca. Arren dio tres vigorosos golpes de remo y *Miralejos* se posó ligeramente sobre la arena. Gavilán saltó a la playa para empujar la embarcación y sacarla fuera de la última rompiente. Al extender las manos hacia la barca, trastabilló y se sujetó contra la popa para no caer. De pronto, con un súbito y poderoso esfuerzo arrastró la barca otra vez al agua a favor del reflujo, y en el instante en que *Miralejos* flotaba entre el mar y la arena, pasó de un salto torpe por encima de la borda. —¡Rema! —jadeó, y se movió a gatas, chorreando agua y tratando de recobrar el aliento. Tenía en la mano una lanza, una lanza arrojadiza con cabeza de bronce de más de medio metro de largo. ¿De dónde la había sacado? Otra lanza apareció mientras Arren, perplejo, se encorvaba sobre los remos: chocó de canto contra una bancada, quebrando en astillas la madera, y rebotó de uno a otro extremo. En las escarpas bajas que coronaban la playa, bajo los árboles, había un movimiento, figuras que pasaban corriendo como flechas, que se agazapaban. Unos sonidos sibilantes, cuchicheantes, vibraban en el aire. Arren encogió la cabeza entre los hombros, encorvó la espalda y remó con golpes poderosos: dos para salir de los bajíos, tres para virar la barca, y hacia

alta mar.

Sopli, en la proa, detrás de la espalda de Arren, se puso a gritar. Los brazos de Arren fueron inmovilizados tan bruscamente que los remos saltaron fuera del agua, y la punta de uno lo golpeó en la boca del estómago, dejándolo por un momento ciego y sin aliento. —¡Vuelve! ¡Vuelve! —gritaba Sopli. De pronto la barca saltó en el agua y se balanceó. Tan pronto como pudo sujetar otra vez los remos, Arren se dio vuelta, furioso. Sopli no estaba a bordo.

Todo alrededor de ellos las aguas profundas de la bahía ondulaban y centelleaban a la luz del sol.

Estúpidamente, Arren miró otra vez hacia atrás, y luego a Gavilán, acurrucado en la popa. —Allí —dijo Gavilán, apuntando a un lado, pero no había nada, sólo el mar y la claridad deslumbrante del sol. Una jabalina disparada por una cerbatana zumbó a pocos metros de la barca, penetró en el agua sin hacer ruido y desapareció. Arren dio diez o doce fuertes golpes de remo, retrocedió y miró una vez más a Gavilán.

El mago tenía las manos y el brazo izquierdo ensangrentados; se apretaba contra el hombro un guiñapo de lona. La lanza con cabeza de bronce yacía en el fondo de la barca. No la tenía en la mano la primera vez que Arren la había visto; la tenía clavada en el hueco del hombro, en donde la punta había penetrado. Ahora escudriñaba el agua que se extendía entre ellos y la playa blanca, donde algunas figuras diminutas saltaban y se agitaban al calor abrasador. Al cabo dijo: —Sigue.

—Sopli…

—No ha vuelto a subir.

—¿Se ha ahogado entonces? —preguntó Arren, incrédulo.

Gavilán asintió.

Arren siguió remando hasta que la playa no fue más que una línea blanca bajo los bosques y los grandes picos verdes. Gavilán continuaba en la caña, sosteniéndose el tapón de lona contra el hombro pero sin prestarle atención.

—¿Fue herido por una lanza?

—Saltó.

—Pero… ¡pero no sabía nadar! ¡Le tenía miedo al agua!

—Sí. Un miedo mortal. Quería… Quiso volver a tierra.

—¿Por qué nos han atacado? ¿Quiénes son?

—Habrán creído que éramos enemigos. ¿Quieres… darme una mano con esto un momento? —Arren vio entonces que la lona que Gavilán se apretaba contra el hombro estaba empapada y roja de sangre.

La lanza le había penetrado entre la articulación del hombro y la clavícula, desgarrando una de las grandes venas, y una sangre espesa

le brotaba de la herida. Gavilán le dijo lo que tenía que hacer, y Arren rasgó en tiras una camisa de lino y le vendó el hombro. Gavilán le pidió la lanza, y cuando Arren la depositó sobre sus rodillas, posó la mano derecha sobre la lámina, larga y delgada como una hoja de sauce, de bronce toscamente batido; intentó hablar, pero al cabo de un momento meneó la cabeza. —No tengo fuerza suficiente para echar sortilegios —dijo—. Más tarde. Todo saldrá bien. ¿Puedes sacarnos de esta bahía, Arren?

En silencio, el muchacho volvió a los remos. Encorvó la espalda y puso manos a la obra; y pronto (porque había fuerza en aquella figura delicada y esbelta) sacó a *Miralejos* de la bahía en medialuna, hacia el mar abierto. La larga calma cenital del Confín se tendía sobre las aguas. La vela pendía flojamente. El sol brillaba a través de un velo de bruma, y los picos verdes parecían temblar y palpitar al intenso calor. Gavilán se había estirado en el fondo de la barca, la cabeza apoyada contra la bancada, junto al timón; estaba inmóvil, los labios y los párpados entreabiertos. Arren evitaba mirarlo de frente, y mantenía los ojos fijos más allá de la popa. Una bruma de calor flotaba por encima del agua, como si los velos de una telaraña se extendieran por el cielo. Los brazos le temblaban de fatiga, pero seguía remando.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó Gavilán con voz ronca, incorporándose un poco. Volviéndose, Arren vio la medialuna de la bahía, los brazos verdes alrededor de la barca, la línea blanca de la playa al frente, y en lo alto las montañas apiñándose en el aire. Había virado sin darse cuenta.

—No puedo remar más —dijo, y arrizó los remos y fue a acurrucarse en la proa. Seguía pensando que Sopli estaba aún en la barca, detrás de él, al lado del mástil. Habían estado juntos muchos días y su muerte había sido demasiado repentina, demasiado irracional para entenderla. No había nada que entender.

La barca se columpiaba, detenida sobre las aguas, la vela flotante en el mástil. La marea que entraba ahora en la bahía, la hacía girar lentamente de través, y la empujaba a golpes breves, repetidos, hacia la distante línea blanca de la playa.

—*Miralejos* —dijo el mago con voz acariciadora, y añadió una o dos palabras en la Lengua Arcana; y lentamente la barca se balanceó y viró y se deslizó fuera de los brazos de la bahía sobre el mar resplandeciente.

Pero con igual lentitud y levedad, antes de una hora dejó de moverse, y la vela colgó otra vez del mástil. Arren se volvió y miró a su compañero: Gavilán estaba aún tendido, como antes, pero con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente caída hacia atrás.

Entretanto, un horror enfermizo, aplastante, se había ido adueñando de Arren, un horror que crecía y le impedía moverse y

actuar, como si unas hebras finas le envolvieran el cuerpo y le embotaran la mente. No encontraba coraje para luchar contra el miedo, sólo una especie de oscuro resentimiento contra su propia suerte.

No podía dejar que la barca flotase así, a la deriva, cerca de las costas rocosas de una tierra cuyos pobladores atacaban a los extranjeros; eso lo veía con toda claridad, pero no significaba mucho para él. ¿Qué podía hacer, entonces? ¿Volver remando a Roke? Estaba perdido, perdido sin remedio, más allá de toda esperanza, en la inmensidad del Confín. Jamás conseguiría volver, navegando durante semanas hasta llegar a una tierra hospitalaria. Sólo con la guía del mago podría hacerlo, y Gavilán yacía herido e impotente, un hecho tan imprevisto e incomprensible como la muerte de Sopli. El rostro de Gavilán había cambiado, laxas las facciones, la tez amarillenta; quizá estuviese agonizando. Arren se dijo que tendría que llevarlo bajo el entoldado, para protegerlo del sol, y darle agua: los hombres que han perdido sangre necesitan beber. Pero desde hacía varios días andaban escasos de agua; la barrica estaba casi vacía. ¿Qué podía importar? Nada serviría de nada, todo era inútil. La suerte se había secado.

Las horas pasaban, el sol caía a plomo; envuelto en un calor grisáceo, Arren no se movía.

Una ráfaga de frescura le acarició la frente. Alzó los ojos. Anochecía: el sol se había puesto, un púrpura velado iluminaba el ocaso. Miralejos, impulsada por una suave brisa del este, derivaba lentamente, bordeando las escarpadas y boscosas costas de Obehol.

Arren cruzó la barca y fue a atender a Gavilán; dispuso para él un jergón bajo el entoldado, le dio de beber. Hizo todo esto de prisa, evitando mirar el vendaje, que necesitaba ser renovado, porque la herida no había dejado de sangrar. Gavilán, débil y lánguido, no habló; bebió el agua ávidamente, siempre con los ojos cerrados, y volvió a deslizarse en el sueño, que era lo que más necesitaba. Dormía, silencioso; y cuando la brisa murió en la oscuridad, ningún viento de magia vino a reemplazarla, y una vez más la barca se meció perezosamente sobre las aguas tersas, palpitantes. Pero ahora las montañas que asomaban a la derecha eran negras contra un cielo cuajado de estrellas, y Arren las observó con curiosidad: los contornos y perfiles le parecieron familiares, como si los hubiese visto antes, como si los conociera de toda la vida.

Al fin se tendió a dormir de cara al sur, y allí, muy alta en el cielo por encima del mar insondable, brillaba la estrella Gobardón. Un poco más abajo estaban las otras dos, formando un triángulo con Gobardón, y debajo habían aparecido otras tres, en línea recta, formando un triángulo más grande. Luego, desprendiéndose del piélago líquido, negro y plateado, otras dos emergieron en el transcurso de la noche;

como Gobardón, eran amarillas, aunque más débiles y con una línea oblicua bajo la base recta del triángulo. De modo que ésas eran ocho de las nueve estrellas que constituían supuestamente la figura de un hombre, o la runa hárdica Agnen. A los ojos de Arren no había hombre alguno en aquella figura, a menos que, como en las representaciones astrales, estuviese extrañamente distorsionado; pero la runa era clara, con un gancho y un rasgo transversal; allí estaba todo excepto la base, el trazo final para completarla: la estrella que aún no había aparecido.

Esperando a que asomara, Arren se durmió.

Cuando despertó al alba, *Miralejos*, flotando a la deriva, se había distanciado de Obehol. Una bruma ocultaba las playas y todas las cosas salvo los picos de las montañas, y diluyéndose en una neblina por encima de las aguas violetas del sur, empalidecía las últimas estrellas.

Miró a su compañero. La respiración de Gavilán era irregular, como cuando el dolor se agita bajo la superficie del sueño sin llegar a interrumpirlo. Tenía el rostro envejecido y arrugado a la luz fría y sin sombra. Arren vio al mirarlo a un hombre al que no le quedaba ningún poder, ninguna magia, ninguna fuerza, y ni siquiera juventud, nada. No había salvado a Sopli, ni había desviado la lanza enemiga. Los había conducido al peligro, y no los había salvado. Ahora Sopli estaba muerto y él moribundo, y también Arren moriría. Por culpa de ese hombre; y en vano, para nada.

Ningún recuerdo tuvo entonces de la fuente al pie del serbal, ni de la blanca luz de magia a bordo del galeón de los traficantes de esclavos en la niebla, ni de los huertos abandonados en la Casa de los Tintoreros. Tampoco el orgullo despertó en él, ni la obstinación. Vio despuntar la aurora sobre el mar apacible, donde corrían unas olas grandes, bajas, de un delicado color amatista, y todo era como un sueño, pálido, sin la fuerza ni el vigor de la realidad. Y en las profundidades del sueño, como en las del mar, no había nada: un hueco, un vacío. No había profundidades.

La barca avanzaba lenta, irregularmente, siguiendo el humor caprichoso del viento. Atrás, los picos de Obehol se empequeñecían negros contra el levante, desde donde soplaba el viento, empujando la barca lejos de la tierra, lejos del mundo, hacia la mar abierta.

8. Los Hijos de la Mar Abierta

A eso del mediodía Gavilán despertó, y pidió agua. Cuando hubo bebido preguntó: —¿Con qué rumbo navegamos? —Porque la vela estaba tensa sobre él, y la barca hendía como una golondrina las largas olas.

—Oeste o noroeste.

—Tengo frío —dijo Gavilán. El sol brillaba incandescente, inundando la barca de calor. Arren no dijo nada.

—Trata de mantener el rumbo hacia el oeste. Wellogy, al oeste de Obehol. Desembarcaremos allí. Necesitamos agua.

El muchacho miraba hacia adelante, sobre el mar vacío.

—¿Qué pasa, Arren?

Arren no dijo nada.

Gavilán trató en vano de incorporarse; al fin estiró el brazo para recoger la vara que se encontraba en el suelo junto a la caja de herramientas; pero no la alcanzó y cuando intentó hablar otra vez las palabras se le detuvieron en los labios secos. La sangre volvió a manar bajo la venda embebida y encostrada, trazándole un hilo de araña púrpura sobre la piel oscura del pecho. Inspiró con fuerza y cerró los ojos.

Arren lo miró, pero sin emoción, y sólo un momento. Se encaminó a la proa, y allí, sentándose otra vez en cuclillas, avizoró el horizonte. Tenía la boca reseca. El viento del este que ahora soplaba persistente a través del mar abierto era tan seco como un viento del desierto. En el casco quedaban apenas dos o tres pintas de agua; y eran, se decía Arren, para Gavilán, no para él; nunca se le ocurriría beber un solo sorbo de esa agua. Había tendido varias líneas de pesca, porque había descubierto, desde que partieran de Lorbanería, que el pescado crudo sacia a la vez el hambre y la sed; pero nunca había nada en los anzuelos. No tenía importancia. La barca avanzaba sin cesar por el desierto de las aguas. Y por encima de la barca, lento, pero siempre ganando al fin la carrera por toda la latitud del cielo, también el sol viajaba, de este a oeste.

Una vez Arren creyó vislumbrar una eminencia azul en el sur, que acaso fuese tierra, o una nube; durante horas la barca había estado navegando hacia el noroeste. No intentó cambiar de bordada; dejó que la barca siguiera su propio camino. La tierra podía ser o no real; no tenía importancia. Todo aquel esplendor grandioso y salvaje de los vientos, el océano y la luz, era oro sin brillo para él, oro falso.

Llegó la oscuridad, y otra vez la luz, y luego la oscuridad y la luz, como sucesivos golpes de tambor sobre el tenso telón del firmamento.

Pasó la mano por encima de la borda y la metió en el agua: por

un instante la vio, vivida, pálida y verdosa, bajo el agua viva. Se encorvó y chupó el agua de los dedos. Era amarga y le quemaba los labios, pero lo volvió a hacer. Sintió náuseas y se dobló en dos para vomitar, pero sólo un poco de bilis le quemó la garganta. Ya no quedaba agua para Gavilán, y Arren tenía miedo de acercarse a él. Se echó en la barca, tiritando a pesar del calor. En torno, todo era silencio, aridez y resplandor: un terrible resplandor. Escondió los ojos para no ver la luz.

Estaban allí, de pie en la barca, y eran tres: flacos como espinas y angulosos, los ojos grandes, parecían tres extrañas garzas o grullas negras. Las voces eran débiles, como gorjeos de pájaros. Arren no entendía lo que decían. Uno se arrodilló junto a él, y de una vejiga oscura que llevaba bajo el brazo vertió algo en la boca del muchacho: era agua. Gavilán bebió con avidez, se atragantó y volvió a beber hasta vaciar el odre. Luego miró en torno, y con un penoso esfuerzo se levantó, diciendo: —¿Dónde está, dónde está? —Porque sólo los tres extraños hombres flacos estaban con él en la barca.

Lo miraron sin comprender.

—El otro hombre —graznó, la garganta en carne viva y los labios resquebrajados, resecos, incapaces de formar las palabras—. Mi amigo…

Uno de los hombres entendió al fin la inquietud de Arren, si no sus palabras, y posando una mano leve sobre el brazo del muchacho, señaló con la otra: —Allí —dijo, tranquilizador.

Arren miró. Y delante de la barca y hacia el norte, vio muchas balsas, algunas agrupadas, muy próximas, y otras en largas sartas que se extendían a lo lejos a través del mar: tantas balsas que parecían hojas muertas flotando en un estanque. Todas tenían cerca del centro, y no muy elevadas sobre el nivel del agua, una o dos cabinas o cabañas; y algunas estaban provistas de mástiles. Como hojas flotaban, balanceándose suavemente a medida que las grandes olas del océano occidental pasaban bajo ellas. Entre las olas, las aguas rutilaban como si fueran de plata, y allá arriba, oscureciendo el poniente se cernían grandes nubes de tormenta.

—Allí —dijo el hombre señalando una balsa grande, muy próxima a *Miralejos*.

—¿Vivo?

Todos lo miraron, y al fin uno comprendió.

—Vivo. Está vivo.

Entonces Arren se echó a llorar, un sollozo seco, y uno de los hombres lo tomó por la muñeca con una mano enjuta y vigorosa y lo ayudó a saltar a la balsa a la que estaba amarrada *Miralejos*. La balsa era tan grande y tan marinera que no se inclinó, ni siquiera ligeramente, bajo el peso de los dos. El hombre lo condujo a través de

la balsa en tanto uno de los otros tendía un pesado arpón que remataba en un garfio de diente de ballena y acercaba otra balsa próxima. Una vez allí el hombre guió a Arren hasta la cabaña, abierta por un lado y cerrada por otro con una cortina tramada. —Acuéstate —le dijo—, y a partir de ese instante Arren no supo nada más.

Tendido de espaldas, los ojos fijos en una rústica techumbre verde salpicada de diminutas motas de luz, creía estar en los huertos de manzanos de Semermine, donde los príncipes de Enlad pasan los veranos, en las colinas que se alzan detrás de Berila; creía estar en Semermine, tendido sobre la hierba espesa, viendo la luz del sol por entre la fronda de los manzanos.

Al cabo de un rato oyó el golpeteo y el empuje del agua en los huecos, bajo la balsa, y las voces apagadas de los balseros hablando una lengua que era hárdico común del Archipiélago, pero tan distinto en los sonidos y en los ritmos que le era difícil comprenderlo; y entonces supo dónde se hallaba: lejos, más allá del Archipiélago, más allá de todas las islas, perdido en la Mar Abierta. Pero ni siquiera ese pensamiento lo desazonó, tendido como estaba, tan confortablemente como si reposara en la hierba de los prados de la tierra natal.

Pensó, al cabo de un rato, que tenía que levantarse, y eso hizo, notando entonces que su cuerpo estaba mucho más delgado y como quemado, y que las piernas, aunque temblorosas, aún le respondían. Empujó a un lado la cortina y salió a la luz de la tarde. Había llovido mientras él dormía. Los maderos de la balsa, grandes troncos escuadrados y pulidos, ensamblados y calafateados con precisión, estaban oscuros, impregnados de humedad, y los enjutos balseros semidesnudos tenían los cabellos ennegrecidos y aplastados por la lluvia. Pero una mitad del cielo, en el este, estaba despejada, y allí brillaba el sol, y las nubes se deslizaban hacia el lejano nordeste en grandes copos de plata.

Uno de los hombres se acercó a Arren, cauteloso, y se detuvo a pocos pasos de él. Era bajo y menudo, no más alto que un chiquillo de doce años, de ojos oscuros, grandes y rasgados. Tenía en la mano una lanza que terminaba en unas púas de marfil.

Arren le dijo: —Os debo la vida, a ti y a tu gente.

El hombre inclinó la cabeza.

—¿Querrías llevarme adonde está mi compañero?

Volviéndose, el balsero alzó la voz en un grito agudo, penetrante como la llamada de un ave marina. Luego se sentó en cuclillas, como esperando, y Arren hizo lo mismo.

Todas las balsas tenían un mástil, aunque en la de Arren no lo habían levantado aún. En los mástiles se izaban las velas, pequeñas comparadas con la anchura de la balsa, y de un material pardo, no lona ni lino sino una sustancia fibrosa que no parecía tejida sino

prensada, como el fieltro. A unas cuatro millas de distancia, una balsa arrió desde la cruceta y por medio de cuerdas la vela parda, y lentamente, y con la ayuda de pértigas y garfios, se abrió paso entre las otras para acercarse a la de Arren. Cuando llegó a unos dos o tres pies de distancia, el hombre acuclillado junto a Arren se levantó y saltó despreocupadamente hasta ella. Arren lo imitó, para aterrizar de mala manera sobre manos y rodillas; no tenía ninguna flexibilidad en las piernas. Se levantó, y pudo ver que el hombre lo observaba, no con una sonrisa irónica, sino con aprobación: como si respetara la serenidad de Arren.

Esta balsa era más grande y más alta de flotación que todas las demás, construida con troncos de doce metros de largo y uno y medio o más de ancho, ennegrecidos y pulidos por el desgaste y la intemperie. Unas estatuas de madera curiosamente talladas se alzaban alrededor de las diversas cabañas o recintos, con altas pértigas coronadas por penachos de plumas de aves marinas en los cuatro ángulos. El guía lo condujo a la más pequeña de las cabañas, y allí Arren vio a Gavilán, dormido.

Arren se sentó en el interior de la cabaña. El guía regresó a la otra balsa, y nadie vino a importunarlo. Al cabo de una hora, una mujer de la otra balsa le trajo la comida: una especie de guiso de pescado, frío, con algunos trocitos de una sustancia verde y transparente, salada pero sabrosa; y un pequeño tazón de agua, rancia y con sabor a brea por el calafateado de la barrica. Viendo la actitud de la mujer al ofrecerle el agua, Arren comprendió que lo que le regalaba era un tesoro, una cosa venerable. Y con respeto la bebió, y no pidió más, aunque hubiera podido beber diez veces otro tanto.

Unas manos diestras habían vendado el hombro de Gavilán, que ahora dormía con un sueño profundo y tranquilo. Cuando despertó, tenía los ojos límpidos. Miró a Arren y sonrió, con esa sonrisa dulce, alegre, que siempre sorprendía en su rostro duro. Y otra vez Arren tuvo ganas de llorar. Puso una mano sobre la mano de Gavilán y no dijo nada.

Uno de los balseros se aproximó y se sentó en cuclillas a la sombra de la gran cabaña vecina: una especie de templo, al parecer: un friso de intrincados diseños cuadrados coronaba el dintel, y las jambas de la puerta eran troncos tallados en forma de ballenas grises, prontas a zambullirse. Este hombre era pequeño y delgado como los otros, menudo como un chiquillo, pero tenía un rostro fuerte, curtido por los años. Sólo llevaba un taparrabo, pero se movía con dignidad.
—Necesita dormir —dijo, y Arren dejó solo a Gavilán y fue hacia el hombre.

—Tú eres el jefe de este pueblo —dijo, pues sabía reconocer a un príncipe a primera vista.

—Lo soy —dijo el hombre, con una breve inclinación de cabeza. Arren estaba frente a él, erguido e inmóvil. Al fin el hombre escrutó brevemente los ojos de Arren—. Tú también eres un jefe —observó.

—Lo soy —le respondió Arren. Le hubiera gustado preguntar cómo sabía eso el balsero, pero no dijo nada—. Aunque sirvo a mi señor, que está allí.

El jefe de los balseros dijo algo que Arren no comprendió, ciertas palabras transformadas hasta lo irreconocible, o nombres que él ignoraba; luego dijo: —¿A qué habéis venido a Balatrán?

—En busca…

Pero Arren ignoraba cuánto podía decir, y en verdad qué decir. Todo lo acontecido y hasta el motivo mismo del viaje le parecían cosas del pasado que se le confundían en la memoria. Al fin dijo: —Nos dirigíamos a Obehol. Allí nos atacaron en cuanto desembarcamos. Mi señor fue herido.

—¿Y tú?

—Yo no —dijo Arren, recurriendo al frío dominio de sí mismo que desde niño había aprendido en la corte—. Pero había… había algo allí, una especie de locura. Un hombre que venía con nosotros se ahogó allí voluntariamente. Había un miedo… —Se interrumpió y quedó en silencio.

El jefe lo observaba, los ojos negros, opacos. Al fin dijo: —Entonces ¿habéis venido aquí por azar?

—Sí. ¿Estamos todavía en el Confín Austral?

—¿Confín? No. Las islas… —El jefe movió una mano negra y fina, describiendo un arco, no más que un cuarto del compás, de norte a este—. Las islas están allí —dijo—. Todas las islas. —Luego, señalando toda la mar anochecida que se extendía delante de ellos, de norte a sur pasando por el oeste, dijo—: La mar.

—¿De qué tierra sois vosotros, señor?

—De ninguna tierra. Somos los Hijos de la Mar Abierta.

Arren miró el rostro vivaz del hombre. Miró en torno, la balsa grande, con el templo y los altos ídolos, tallados todos en troncos de árboles, grandes deidades que eran una mezcla de delfín, pez, hombre y ave marina; observó a la gente atareada, tejiendo, tallando, pescando, cocinando sobre altas plataformas, cuidando a los niños pequeños; vio las otras balsas, setenta por lo menos, diseminadas por el agua en un gran círculo de quizá una milla de diámetro. Era una pequeña ciudad: el humo se elevaba en delgadas volutas de las casas distantes, el viento traía las voces agudas de los niños. Era una ciudad, y bajo el suelo se extendía el abismo.

—¿Nunca vais a tierra? —preguntó el muchacho en voz baja.

—Una vez al año. Vamos a la Duna Larga. Allí cortamos la madera y reparamos y pertrechamos las balsas. Eso en el otoño, y

luego seguimos a las ballenas grises hacia el norte. En el invierno nos separamos, y las balsas navegan solas. En la primavera venimos a Balatrán, y nos reencontramos. Entonces hay un ir y venir de balsa a balsa, hay casamientos, se celebra la Larga Danza. Estas son las Rutas de Balatrán; desde aquí la gran corriente lleva hacia el sur. En verano, a favor de la gran corriente, derivamos rumbo al sur, hasta que vemos a las Grandes, las ballenas grises, virando hacia el norte. Entonces las seguimos, y volvemos al fin a las costas de Emah en la Duna Larga, por una corta temporada.

—Esto es en verdad prodigioso, mi señor —dijo Arren—. Nunca supe que existiera un pueblo como el vuestro. Mi patria está muy lejos de aquí. Sin embargo también allí, en la isla de Enlad, bailamos la Larga Danza en la víspera del solsticio de verano.

—Vosotros pisáis la tierra, sobre seguro —dijo el jefe en tono seco —. Nosotros bailamos sobre la mar profunda.

Al cabo de un momento preguntó: —¿Cómo se llama tu señor?

—Gavilán —dijo Arren. El jefe repitió las sílabas, pero era evidente que no tenían para él ningún significado. Y eso más que cualquier otra cosa hizo comprender a Arren que aquella historia era cierta, que ese pueblo vivía año tras año en alta mar, lejos de todas las tierras y del olor de la tierra, a donde no llegaban las aves terrestres, ignoradas por los hombres.

—La muerte estaba en él —dijo el jefe—. Necesita dormir. Tú vuelve ahora a la balsa de la Estrella; yo mandaré por ti.

Se levantó. Aunque perfectamente seguro de sí mismo, no estaba al parecer muy seguro respecto a Arren, no sabía si tratarlo como a un igual o como a un muchacho. Arren, dadas las circunstancias, prefería la segunda alternativa, y aceptó que lo despidiese de ese modo; pero en seguida tuvo que enfrentar un problema distinto. Las balsas, flotando a la deriva, habían vuelto a distanciarse, y unos cien metros de agua satinada ondulaban entre ellas.

El jefe de los Hijos de la Mar Abierta le habló una vez más, brevemente. —Nada —le dijo.

Arren se descolgó de la balsa con cautela. La frescura del agua era agradable en la espalda escoriada por el sol. Cruzó a nado y se encaramó a la otra balsa. Un grupo de cinco o seis niños y adolescentes lo observaban con un interés no disimulado. Una niña muy pequeña dijo: —Nadas como un pez en un anzuelo.

—¿Cómo quieres que nade? —preguntó Arren, un poco mortificado, pero de buen modo; en verdad, no hubiera podido mostrarse brusco con un ser humano tan pequeño. Era como una estatuilla de caoba pulida, frágil, exquisita.

—¡Así! —gritó la niña, y se zambulló como una foca en el espejo límpido y turbulento de las aguas. Sólo al cabo de un largo rato, y a

una distancia inverosímil, oyó Arren el grito agudo de la niña y vio la cabeza negra, lisa y reluciente que asomaba a la superficie.

—Ven —dijo un muchacho que podía tener la edad de Arren, aunque por su estatura y su talla no representaba más de doce años: un adolescente de rostro grave, con un cangrejo azul tatuado en la espalda. Se zambulló y todos se zambulleron, hasta un niño de tres años; Arren se vio obligado a imitarlos, y así lo hizo, procurando no salpicar.

—Como una anguila —dijo el muchacho, emergiendo junto al hombro de Arren.

—Como un delfín —dijo una bonita muchacha con una bonita sonrisa y desapareció en las profundidades.

—¡Como yo! —chilló el niño de tres años, balanceándose como una botella.

Y así esa tarde, hasta que cayó la noche, y todo el largo y dorado día siguiente, y los subsiguientes, Arren nadó y conversó y trabajó con los jóvenes de la balsa de la Estrella. Y de todas las peripecias del viaje, desde aquella mañana del equinoccio en que él y Gavilán zarparan de Roke, ésta le parecía en cierto modo la más extraña; porque no tenía nada que ver con todo cuanto había acontecido antes, ni durante el viaje ni en toda su vida; y menos tenía que ver aún con lo que estaba por venir. Por la noche, cuando se acostaba entre los otros para dormir bajo las estrellas, pensaba: «Es como si me hubiese muerto, y ésta fuese otra vida, una vida después de la muerte, a la luz del sol, más allá de la orilla del mundo, entre los hijos y las hijas de la mar…». Antes de dormirse buscaba al sur, en la lejanía, la estrella amarilla y la figura de la Runa del Fin, y siempre veía a Gobardón, y el triángulo menor o el mayor; pero ahora las estrellas salían más tarde, y no podía mantener los ojos abiertos y ver cómo la figura entera se desprendía del horizonte. Noche tras noche, día tras día, las balsas derivaban hacia el sur, pero nunca había cambio alguno en el mar, porque lo eternamente cambiante nunca cambia; las lluvias tempestuosas de mayo terminaron y de noche resplandecían las estrellas, y durante el día el sol.

Sabía que no habrían de vivir toda la vida, para siempre, en esa paz que era como un sueño. Preguntó por el invierno, y ellos le hablaron de las largas lluvias y las violentas marejadas, de las balsas solitarias, aisladas unas de otras, derivando y cabeceando a través de la grisura y la oscuridad, semana tras semana tras semana. El último invierno, durante una tempestad que había durado un mes, habían visto olas tan enormes que parecían «nubes de tormenta», decían ellos, porque nunca habían visto una colina; podían verlas llegar, una detrás de otra, enormes, a millas de distancia, precipitándose gigantescas hacia ellos. ¿Podían las balsas surcar mares semejantes?, preguntó, y

ellos dijeron que sí, pero no siempre. En la primavera, cuando volvían a reunirse en las Rutas de Balatrán, quizá faltaran dos balsas, o tres, o seis…

Se casaban muy jóvenes. Cangrejo- Azul, el muchacho que llevaba el nombre tatuado, y la bonita Albatros eran marido y mujer, aunque él tenía apenas diecisiete años y ella dos menos; había muchos casamientos como aquél entre las balsas. Numerosos bebés gateaban y hacían pininos por las balsas, atados con largas correas a los cuatro postes del cobertizo central, en el que todos se apiñaban a la hora de la canícula para dormir en montón una agitada siesta. Todos se turnaban para recoger las grandes algas marinas de hojas pardas, el nilgu de as Rutas, dentado como el helecho y de veinticinco o treinta metros de largo. Todos participaban en la tarea de machacar y prensar el nilgu con el que hacían los lienzos, y en el trenzado de las fibras más bastas para confeccionar con ellas cuerdas y redes; todos se ocupaban de pescar, de secar el pescado, de transformar en herramientas el marfil de las ballenas, y de todas las demás tareas necesarias para la vida en las balsas. Pero siempre había tiempo para nadar y para conversar, y nunca una hora fija para terminar un trabajo. No había horas: sólo días enteros, noches enteras. Al cabo de algunos de esos días y noches, Arren tenía la impresión de haber vivido en la balsa un tiempo incalculable, y de que Obehol era un sueño, y que detrás de aquel sueño había otros, más vagos, y que en algún otro mundo había vivido en tierra y había sido un príncipe en Enlad.

Cuando al fin fue convocado a la balsa del jefe, Gavilán lo miró un momento y dijo: — Te pareces al Arren que conocí en el Patio del Manantial: terso y resplandeciente como una foca dorada. Te sienta la vida aquí, muchacho.

— Sí, mi señor.

—¿Pero dónde es aquí? Hemos dejado atrás los lugares. Hemos navegado fuera de los mapas… Hace mucho tiempo oí hablar del pueblo de los Balseros, pero creía que era uno de los tantos cuentos del Confín Austral, una quimera sin sustancia. Sin embargo, hemos sido socorridos por esa quimera, y nuestras vidas han sido salvadas por un mito.

Sonreía al hablar, como si hubiera participado de ese bienestar intemporal a la luz del estío; pero tenía el rostro sombrío y una opaca oscuridad en los ojos. Arren se dio cuenta y lo enfrentó.

—Yo he traicionado —dijo, y se detuvo—. He traicionado vuestra confianza en mí.

—¿Cómo es eso, Arren?

—Allá… en Obehol. Cuando por una vez tuvisteis necesidad de mí. Estabais herido y necesitabais mi ayuda. Yo no hice nada. La barca

navegaba a la deriva, y yo la dejé derivar. Vos sufríais de dolor, y yo no hice nada por vos. Veía la tierra… veía la tierra, y ni siquiera intenté cambiar el rumbo de la barca…

—Cálmate, hijo —dijo el mago con tanta firmeza que Arren obedeció. Y un momento después—: Dime en qué pensabas en aquel momento.

—En nada, mi señor… ¡en nada! Pensaba que cualquier cosa que hiciera sería inútil, que vuestro poder mágico os había abandonado… no, que nunca había existido. Que me habíais embaucado. —El sudor le perlaba el rostro y tenía que forzar la voz, pero prosiguió—: Tenía miedo de vos. Le tenía miedo a la muerte. Le tenía tanto miedo que no quería miraros, porque quizá estabais muriendo. No podía pensar en nada, salvo en que había… había un medio para mí de no morir, si podía encontrarlo. Pero durante todo ese tiempo la vida se me escapaba, como si hubiese una gran herida de donde manaba la sangre… como de la vuestra. Pero esa herida estaba en todas las cosas. Y yo no hacía nada, salvo tratar de sustraerme al horror de la muerte.

Se interrumpió, pues no soportaba decir la verdad de viva voz. No era vergüenza lo que le impedía hablar, sino miedo, el miedo mismo. Ahora sabía por qué esa existencia apacible en las balsas, en la mar y a la luz del sol le parecía una vida después de la vida, un sueño, una quimera. Era porque sabía, en su corazón, que la realidad estaba vacía, vacía de vida, de calor, de color, de sonido: vacía de sentido. Todo ese juego maravilloso de la forma y la luz y el color en la mar y en los ojos de los hombres no era nada más que eso: un juego de ilusiones en un vacío hueco.

Las ilusiones pasaban, y sólo lo informe permanecía, lo confuso y lo frío. No había nada más.

Gavilán lo estaba mirando, y Arren había bajado la vista. Pero de improviso una vocecita habló dentro de él, la voz del coraje o quizá la voz de la ironía. Era arrogante y despiadada, y le decía: ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¿También esto vas a tirar por la borda?

Alzó pues los ojos, con un gran esfuerzo de la voluntad, y sostuvo la mirada de su compañero.

Gavilán estiró el brazo y tomando la mano de Arren, la apretó con rudeza: ahora los dos se tocaban, se tocaban con los ojos y con la carne.

—Lebannen —dijo. Nunca había pronunciado el nombre verdadero de Arren, y Arren nunca se lo había dicho—. Lebannen, esto es. Y tú eres. No hay seguridad. No hay fin. La palabra ha de oírse en silencio. Para que se vean las estrellas es preciso que haya oscuridad. La danza se baila siempre sobre el sitio vacío, sobre el terrible abismo.

Arren hubiera querido soltarse, pero el mago lo retenía. —Os he

traicionado —dijo—. Y volveré a traicionaros. ¡No tengo suficiente fuerza!

—Tienes suficiente fuerza. —La voz de Gavilán parecía tierna, pero había en ella la misma dureza que había asomado en lo más hondo de la vergüenza de Arren—. Lo que amas, amarás. Lo que emprendas, lo llevarás a cabo. Se puede confiar en ti. No es de extrañar que no lo hayas aprendido todavía; sólo has tenido diecisiete años para aprenderlo. Pero reflexiona un momento, Lebannen. Rehusar la muerte es rehusar la vida.

—¡Pero yo buscaba la muerte! —Arren levantó la cabeza y clavó la mirada en Gavilán—. Como Sopli…

—Sopli no buscaba la muerte. Buscaba acabar con el miedo a la muerte.

—Pero hay un camino. El camino que él buscaba. Sopli. Y Liebre, y los otros. El camino de regreso a la vida, a la vida sin muerte. Vos… vos más que cualquier otro… vos tenéis que conocer ese camino…

—Yo no lo conozco.

—Pero los otros, los hechiceros…

—Sé lo que ellos creen buscar. Pero sé que morirán, como ha muerto Sopli. Que yo moriré. Que tú morirás.

El puño del mago seguía reteniendo a Arren.

—Y valoro ese conocimiento. Es un gran don. Es el don de la identidad. Porque sólo perdemos aquello que es nuestro. Esa identidad, nuestro tormento y nuestra gloria, nuestra humanidad, no perdura. Cambia y desaparece. Una ola en el mar. ¿Querrías acaso que el mar quedara inmóvil, que las mareas cesaran para salvar una sola ola, para salvarte tú? ¿Renunciarías a la habilidad de tus manos, a la pasión de tu corazón, a la avidez de tu mente, para comprar seguridad?

—Seguridad —repitió Arren.

—Sí —dijo el mago—. Seguridad.

Soltó la mano de Arren y apartó de él los ojos, dejándolo solo, aunque seguían estando frente a frente.

—No sé —dijo Arren al cabo—. No sé lo que busco, ni a dónde voy, ni quién soy.

—Yo sé quién eres —dijo Gavilán en el mismo tono de voz, bajo y duro—. Eres mi guía. En tu inocencia y tu coraje, en tu insensatez y tu lealtad, eres mi guía, el niño a quien envío delante de mí en la noche oscura. Es tu miedo lo que sigo. Tú has pensado que yo te trataba con dureza. Nunca has sabido hasta qué punto. Me sirvo de tu amor como un hombre que enciende una vela para alumbrarse el camino y la deja arder hasta que se consume. Y hay que seguir. Hay que seguir y recorrerlo todo, hasta el último día. Hasta el lugar donde los manantiales se secan, el lugar al que te arrastra tu miedo mortal.

—¿Dónde está ese lugar, mi señor?

—No lo sé.

—Yo no puedo llevaros. Pero iré con vos.

La mirada del mago era sombría, insondable.

—Mas si yo volviese a fallar, y os traicionara…

—Confiaré en ti, hijo de Morred.

Los dos quedaron en silencio.

Por encima de ellos los altos ídolos tallados se mecían levemente contra el azul del cielo austral; cuerpos de delfín, alas de gaviota replegadas, rostros humanos con ojos fijos de madreperla.

Gavilán se levantó, penosamente, pues la herida no se le había curado aún. —Estoy cansado de tanta quietud —dijo—. Terminaré por engordar en este ocio. —Empezó a ir y venir nerviosamente a lo largo de la balsa, y Arren se unió a él. Hablaron un poco mientras caminaban; Arren le contó cómo pasaba los días, quiénes eran sus amigos entre los balseros. El desasosiego de Gavilán era mayor que sus fuerzas, y éstas pronto lo abandonaron. Se detuvo junto a una joven que tejía el nilgu detrás de la Morada de las Grandes Ballenas y le pidió que buscara al jefe; luego volvió a su cabaña. Allí fue a verlo el jefe de los balseros, y lo saludó cortésmente; el mago le devolvió el saludo y los tres se sentaron sobre las alfombras de piel de foca que cubrían el suelo de la cabaña.

—He meditado —comenzó el jefe, con lenta y respetuosa solemnidad— acerca de las cosas que me habéis contado. De cómo los hombres piensan retornar de la muerte y ocupar otra vez sus propios cuerpos, y cómo olvidan rendir culto a los dioses y pierden la salud y la razón. Esto es malo, y una enorme locura. También he pensado: ¿qué relación tiene con nosotros? No tenemos nada que ver con los demás hombres, con sus islas y sus costumbres, lo que hacen y deshacen. Nosotros vivimos en la mar y nuestras vidas pertenecen a la mar. Nosotros no esperamos salvar a esos hombres, no buscamos su perdición. La locura no llega aquí. No vamos a tierra, ni la gente de tierra viene a nosotros. Cuando yo era joven, hablábamos a veces con hombres que llegaban en navíos a la Duna Larga, cuando íbamos allí a talar los troncos para las balsas y a construir los refugios para el invierno. A menudo veíamos veleros de Ohol y Welwai (así llamaba a Obehol y Wellogy) que iban detrás de las ballenas grises, en el otoño. Muchas veces seguían de lejos nuestras balsas, porque nosotros conocemos las rutas y los lugares de reunión de las Grandes en el mar. Pero eso es todo cuanto he visto de la gente de tierra, y ahora ya no vienen. Tal vez se han vuelto todos locos y se hayan matado entre ellos. Hace dos años, en la Duna Larga, mirando al norte, hacia Welwai, vimos durante tres días el humo de una hoguera inmensa. ¿Y qué significa eso para nosotros? Somos los Hijos de la Mar Abierta.

Vamos a donde nos lleva la mar.

—Sin embargo, viendo a la deriva la barca de un hombre de tierra, acudisteis a auxiliarla —dijo el mago.

—Algunos de los nuestros decían que no era prudente, y hubieran dejado que la barca derivara hasta el confín de la mar —respondió el jefe con su voz aguda, imperturbable.

—Tú no eras uno de ellos.

—No. Yo dije, aunque sea gente de tierra los ayudaremos, y así se hizo. Pero con vuestras empresas, nada tenemos que ver. Si una locura se ha adueñado de la gente de tierra, es cosa de ellos. Nosotros seguimos la ruta de las Grandes. No podemos ayudaros en vuestra búsqueda. Mientras queráis quedaros con nosotros, seréis bienvenidos. No faltan muchos días para la Larga Danza; después volveremos hacia el norte, siguiendo la corriente del este que hacia el fin del verano nos llevará de nuevo a los mares de la Duna Larga. Si queréis quedaros con nosotros y cuidar aquí de vuestra herida, estará bien. Y si queréis tomar vuestra barca y seguir vuestro camino, también eso estará bien.

El mago le dio las gracias, y el jefe se levantó, delgado y tieso como una garza, dejándolos solos.

—En la inocencia no hay ninguna fuerza contra el mal —dijo Gavilán con un dejo de ironía—. Mas hay fuerza en ella para el bien… Nos quedaremos un tiempo, me parece, hasta que me haya curado de esta debilidad.

—Eso es sensato —dijo Arren. La fragilidad física de Gavilán lo había impresionado y conmovido; estaba resuelto a protegerlo de su propia energía e impaciencia, a insistir en que esperasen al menos hasta que le desapareciera el dolor.

El mago lo miró, un poco sorprendido.

—Son bondadosos, aquí —prosiguió Arren, sin darse cuenta—. Al parecer, están libres de esta enfermedad del alma que encontramos en Hortburgo y en las otras islas. Tal vez no haya ninguna otra isla donde nos hubieran ayudado como lo ha hecho este pueblo perdido.

—Es muy posible que tengas razón.

—Y llevan una vida placentera, en el estío…

—Es verdad. Aunque comer pescado frío toda la vida, y no ver nunca un peral en flor, ni probar jamás el agua fresca de un manantial, ¡ha de ser aburrido a la larga!

Arren volvió pues a la balsa de la Estrella, y trabajó y nadó y se regodeó al sol con los otros jóvenes; y conversaba con Gavilán en la brisa fresca del atardecer, y dormía a la luz de las estrellas. Y los días se sucedían hacia la Larga Danza de la víspera del solsticio de verano, y las grandes balsas derivaban lentamente hacia el sur arrastradas por las corrientes de la Mar Abierta.

9. Orm Embar

Durante toda la noche, la noche más corta del año, las antorchas ardieron sobre las balsas que se habían reunido en un gran círculo bajo el cielo en el que se apretaban las estrellas, de modo que un anillo de fuegos titilaba sobre las aguas del mar. El pueblo de los balseros bailaba, sin tambores ni flautas ni música alguna, acompañados sólo por el golpeteo de los pies desnudos sobre las grandes balsas mecidas por las olas, y las voces agudas de los cantores que resonaban quejumbrosas en la vastedad de aquella morada marina. No había luna esa noche, y los cuerpos de los bailarines eran figuras borrosas a la claridad de las estrellas y la luz amarilla de las antorchas. De vez en cuando un cuerpo centelleaba como un pez volador, un joven que saltaba con una voltereta de una balsa a otra: saltos largos, y altos; y los jóvenes rivalizaban, tratando de circundar todo el anillo de balsas y bailar en cada una de ellas, y dar así la vuelta entera antes de que despuntara el día.

Arren bailó con ellos, porque la Larga Danza es conocida en todas las islas del Archipiélago, aunque los pasos y los cantos puedan variar. Pero a medida que transcurría la noche, y cuando ya muchos bailarines se retiraban y se sentaban a mirar o dormitar, y las voces de los cantores empezaban a enronquecerse, fue a dar con un grupo de muchachos saltarines a la cabaña del jefe, y allí se detuvo, mientras los otros continuaban.

Gavilán estaba sentado con el jefe y las tres esposas del jefe, cerca del templo. Entre las ballenas esculpidas que formaban el vano de la puerta estaba sentado un cantor cuya voz no había flaqueado en toda la noche. Cantaba, infatigable, golpeando con las manos la cubierta de madera.

—¿Qué canta? —preguntó Arren al mago, porque no podía seguir las palabras, que la voz del cantor alargaba con trémolos y extrañas ligaduras.

—Canta sobre las ballenas grises, y el albatros, y las tempestades… No conocen los cantos de los héroes y los reyes. No conocen el nombre de Erreth-Akbé. Antes cantó sobre Segoy, de cómo creó las tierras en medio de la mar; eso es todo cuanto recuerdan de la historia de los hombres. El resto sólo habla de la mar.

Arren escuchó; oyó la voz del que imitaba el grito sibilante del delfín, tejiendo el canto alrededor de ese grito. Observó el perfil de Gavilán a la luz de las antorchas, negro y firme como la piedra, y vio el brillo límpido de los ojos de las esposas del jefe que conversaban en voz baja, y sintió la larga y lenta inclinación de la balsa sobre la mar tranquila, y poco a poco se deslizó en el sueño.

Se despertó de golpe: el trovador había dejado de cantar. No sólo el que estaba cerca de ellos, sino todos los otros, en las balsas próximas y en las más alejadas. Las voces tenues se habían extinguido como un grito distante de aves marinas.

Arren miró hacia el este por encima del hombro, esperando ver el alba. Pero sólo flotaba allí la luna vieja, baja aún, asomando apenas sobre el horizonte, dorada en medio de las estrellas del estío.

Luego miró hacia el sur y vio, muy alta en el cielo, la amarilla Gobardón, y debajo sus ocho compañeras, incluso la última: la Runa del Fin, clara y resplandeciente por encima del mar. Y al volverse a mirar a Gavilán, vio el rostro oscuro alzado, contemplando esas mismas estrellas.

—¿Por qué has callado? —le preguntó el jefe al trovador—. Aún no ha despuntado el día, ni siquiera el alba.

El hombre balbuceó y dijo: —No sé.

—¡Sigue cantando! La Larga Danza no ha terminado.

—Ya no sé las palabras —dijo el cantor, y elevó la voz en un grito como de terror—. No puedo cantar. He olvidado la canción.

—¡Canta otra, entonces!

—Ya no hay más cantos. Todo ha terminado —gritó el trovador, e inclinó el cuerpo doblándose hacia adelante, y el jefe lo miró, estupefacto.

Las balsas se mecían en silencio bajo el chisporroteo de las antorchas. La quietud del océano se cerraba alrededor de aquel pequeño aliento de vida y luz, y lo devoraba. Ningún bailarín se movía.

A Arren le pareció que el resplandor de las estrellas empezaba a velarse. Y sin embargo, la luz del alba no asomaba aún en el este. Sintió horror y pensó: «No habrá amanecer. No habrá día».

En ese momento el mago se levantó. Y mientras se levantaba, una luz tenue, blanca y fugaz, corrió a lo largo de la vara, y ardió en la runa de plata incrustada en la madera. —La danza no ha terminado —dijo—, ni la noche. Arren, canta.

Arren hubiera querido decir: «¡No puedo, señor!», pero miró las nueve estrellas en el sur, inspiró profundamente, y cantó. La voz le sonó velada y ronca al principio, pero fue cobrando fuerza a medida que cantaba, y el canto era el más antiguo de los cantares, el de la creación de Ea, y el equilibrio entre la oscuridad y la luz, y la creación de las tierras verdes por aquel que pronunció la Primera Palabra, el primer Señor de los Días Antiguos, Segoy.

Antes que Arren terminase de cantar, el cielo había palidecido hasta un azul grisáceo, y en él sólo la luna y Gobardón brillaban aún débilmente, y las antorchas crepitaban al viento del amanecer. Terminado el canto, Arren calló; y los bailarines que se habían

congregado para escucharlo se marcharon en silencio, de balsa en balsa, mientras la claridad se expandía en el levante.

—Es un hermoso canto —dijo el jefe con voz vacilante, aunque trataba de mostrarse impasible—. No hubiera estado bien finalizar la Larga Danza antes de que se completase. Haré azotar con correas de nilgu a esos cantores perezosos.

—Consuélalos, más bien —dijo Gavilán. Todavía estaba de pie y su tono era grave—. Ningún cantor elige el silencio. Ven conmigo, Arren.

Se volvió para dirigirse a la cabaña, y Arren lo siguió. Pero los prodigios de aquel amanecer no habían terminado aún, porque en el mismo instante, y mientras la linde del mar se teñía de blancura en el este, un gran pájaro apareció volando desde el norte; tan alto se cernía que la luz del sol que aún no había brillado sobre el mundo le iluminaba las alas; y el pájaro batía el aire con pinceladas de oro. Arren dio un grito, señalándolo. El mago alzó los ojos sorprendido. Y el rostro se le transfiguró, y se le hizo fiero y exultante, y gritó:

—*¡Nam hietha arw Ged Arkvaissa!* —que en la Lengua de la Creación significaba: «Si es a Ged a quien buscas, aquí lo encontrarás».

Y como una plomada de oro, las alas en alto y desplegadas, enorme y atronador en el aire, con garras que podrían atrapar un buey como si fuese un ratón, con un rizo de humeante llama brotándole de los largos ollares, el dragón se abatió como un halcón sobre la balsa oscilante.

Los balseros gritaban, aterrorizados; unos se tiraban al suelo, otros saltaban al mar, y algunos se quedaron quietos, mirando, con un asombro que sobrepasaba al miedo.

El dragón se cernió sobre la balsa. Treinta metros medían, tal vez, de extremo a extremo las enormes alas membranosas, que brillaban a la luz del sol naciente como humo estriado de oro; y no menos largo era el cuerpo, pero enjuto, arqueado como el de un lebrel, con zarpas de lagarto y escamas de serpiente. A lo largo del angosto espinazo corría una hilera de dardos dentados, parecidos a espinas de rosal, pero de un metro de altura en la giba del lomo, y disminuyendo de tal modo que el último, en el extremo de la cola, no era más largo que la hoja de un cuchillo pequeño. Esas espinas eran grises, y las escamas del dragón parecían de hierro, pero con reflejos de oro. Los ojos eran verdes y rasgados.

Temiendo por la suerte de su pueblo y olvidando su propio miedo, el jefe de los balseros salió de la cabaña con un arpón de los que utilizaban para la caza de ballenas: era más largo que él y remataba en una gran punta barbada de marfil. Blandiéndolo con su brazo menudo y musculoso corrió hacia adelante para tomar impulso y lanzarlo contra el vientre angosto y escamoso del dragón que se

cernía sobre la balsa. Arren, despertando de su estupor, alcanzó a verlo, y abalanzándose sobre él le sujetó el brazo y cayó al suelo en un montón con él y el arpón.

—¿Acaso quieres encolerizarlo con ese ridículo alfiler? —jadeó—. ¡Deja que el Señor de Dragones sea el primero en hablar!

El jefe, a medias sin resuello, clavó entonces una mirada estúpida en Arren, y luego en el mago, y en el dragón. Pero no dijo nada. Y entonces el dragón habló.

Nadie excepto Ged —a quien se dirigía— pudo comprenderlo, porque los dragones sólo hablan la Lengua Arcana, la lengua propia de los dragones. La voz era suave y sibilante, casi como la de un gato cuando bufa de rabia, pero enorme, y había en ella una música terrible. Quienquiera que oyese esa voz se detendría, y escucharía inmóvil.

El mago respondió brevemente, y el dragón habló otra vez, suspendido sobre el hombre y agitando apenas las alas: como una libélula, pensó Arren, suspendida en el aire.

El mago respondió entonces una sola palabra: *Memeas*, «iré», y levantó la vara de madera de tejo. Las quijadas del dragón se abrieron y una serpentina de humo escapó de ellas en un arabesco largo. Las alas de oro se sacudieron batiendo el aire y levantando un gran viento que olía a incendio; y la enorme criatura dio media vuelta y voló hacia el norte.

Ahora había silencio en las balsas, sólo interrumpido por los débiles gorjeos y lloriqueos de los niños, y las voces de las mujeres que los tranquilizaban; y los hombres volvían a trepar a bordo desde la mar, un poco abochornados; y las olvidadas antorchas continuaban encendidas a los primeros rayos del sol.

El mago se volvió a Arren. Había un fulgor en su rostro que podía ser de alegría o de cólera, pero habló con una voz tranquila: —Ahora tenemos que partir, hijo. Di tus adioses y ven. —Se volvió hacia el jefe de los balseros para darle las gracias y despedirse, y luego dejó la balsa grande, y cruzando otras tres (ya que aún seguían todas juntas, como habían sido dispuestas para la danza) llegó a la que estaba amarrada Miralejos. Porque la barca había seguido a la ciudad balsera en aquel largo y lento derivar hacia el sur, meciéndose vacía detrás de ellos; pero los Hijos de la Mar Abierta habían llenado de agua de lluvia el barril de la barca, y la habían abastecido de provisiones, deseando así homenajear a sus huéspedes; porque muchos de ellos creían que Gavilán era uno de las Grandes, que había tomado la forma de un hombre en lugar de la forma de una ballena. Cuando Arren se reunió con él, ya había izado la vela. Arren soltó la amarra y saltó a la barca, y en el mismo instante Miralejos viró y la vela se tendió como al impulso de un viento de altura, aunque sólo soplaba la brisa del

amanecer. Escoró por la banda y enfiló veloz hacia el norte, siguiendo el rastro del dragón, ligera como una hoja llevada por el viento.

Cuando Arren volvió la cabeza, vio la ciudad de las balsas, como minúsculos y dispersos despojos de un naufragio, varillas y trocitos de madera flotando a la deriva: las cabañas y los postes de las antorchas. Pronto todo eso se perdió en la incandescencia del sol matinal sobre las aguas. *Miralejos* corría hacia adelante. Cada vez que la roda mordía las olas, la espuma volaba en un fino polvo de cristal, y el viento desplazado echaba hacia atrás los cabellos de Arren obligándolo a cerrar los ojos.

Ningún viento de la tierra hubiera podido hacer que una barca tan pequeña surcara el mar tan rápidamente, sólo una tempestad, y quizá entonces fuera engullida por las olas. No era un viento de la tierra lo que la empujaba sino la palabra y los poderes del mago.

Durante largo rato Gavilán había estado de pie junto al mástil, los ojos avizores. Al fin se sentó en su antiguo sitio junto al timón, y apoyó una mano sobre él, y miró a Arren.

—Era Orm Embar —dijo—, el Dragón de Selidor, descendiente de aquel famoso Orm que mató a Erreth-Akbé y fue muerto por él.

—¿Andaba de caza, señor? —preguntó Arren, porque no sabía a ciencia cierta si las palabras que el mago le había dicho al dragón eran de bienvenida o de amenaza.

—Sí, y yo era la presa. Lo que un dragón busca lo encuentra siempre. Ha venido a pedirme ayuda. —Soltó una breve carcajada—. Y eso es algo que yo no creería si me lo contaran: que un dragón le pida ayuda a un hombre. ¡Y éste, entre todos! No el más viejo, aunque sea viejísimo, pero sí el más poderoso. No oculta su nombre verdadero como los hombres y los otros dragones. No teme que alguien pueda dominarlo. Tampoco engaña, como suelen hacer los de su especie. Hace ya mucho tiempo, en Selidor, me perdonó la vida, y me dijo una gran verdad: me dijo cómo se podía reencontrar la Runa de los Reyes. ¡Pero jamás imaginé que tuviera que pagar semejante deuda, a semejante acreedor!

—¿Qué pide de vos?

—Mostrarme el camino que busco —respondió el mago, ahora más sombrío. Y luego de una pausa—: Me dijo que en el oeste hay otro Señor de Dragones, que trabaja para nuestra destrucción, y que tiene más poder que nosotros. Yo dije: «¿Más grande aún que el tuyo, Orm Embar?», y él dijo: «Más aún que el mío. Necesito de ti: sígueme a prisa». Y ante esa orden, yo obedezco.

—¿No sabéis nada más?

—Sabré más.

Arren enrolló el cabo de amarre, lo guardó, y se dedicó a otros pequeños menesteres en la barca, pero todo el tiempo la excitación

cantaba en él como la cuerda tensa de un arco, y cantó en su voz cuando al fin habló. —Es un guía mejor —dijo—, ¡mejor que los otros!

Gavilán lo miró, y rió. —Sí —dijo—. Esta vez no nos extraviaremos, parece.

Así iniciaron los dos la gran carrera a través del océano. Mil millas o más separaban los mares de los balseros, ausentes en los mapas, de la Isla de Selidor, la más lejana y occidental de todas las islas de Terramar. Día tras día salía el sol, resplandeciente en el límpido horizonte, y se hundía purpúreo en el oeste, y bajo el arco de oro del sol y los circuitos de plata de las estrellas la barca corría hacia el norte, solitaria sobre la mar.

A veces las nubes tormentosas del pleno verano se amontonaban a lo lejos, arrojando sombras de púrpura sobre el horizonte; Arren observaba entonces al mago, cuando éste se levantaba y con la voz y las manos pedía a las nubes que flotaran hacia ellos, y que vertieran su lluvia sobre la barca. Los relámpagos estallaban entre las nubes, el trueno bramaba, y el mago seguía aún de pie con la mano en alto, hasta que la lluvia caía sobre él, y sobre Arren, y en los recipientes que habían dispuesto, y en la barca, y en el mar, aplastando las olas con su violencia. Y él y Arren sonreían mostrando los dientes, porque alimentos, si no de sobra, tenían bastantes, pero necesitaban agua. Y se deleitaban contemplando el furioso esplendor de la tempestad que obedecía a la palabra del mago.

Arren se maravillaba de ese poder que su compañero utilizaba ahora con tanta ligereza, y una vez dijo: —Cuando iniciamos nuestro viaje no solíais obrar encantamientos.

—La primera lección en Roke, y la última, es *«Haz lo que sea necesario»*. ¡Y no más!

—Las lecciones intermedias han de consistir, entonces, en aprender qué es lo necesario.

—Así es. Es preciso tener en cuenta el Equilibrio. Pero cuando el Equilibrio mismo está roto… entonces hay que tener en cuenta otras cosas. Por encima de todo, la prisa.

—Pero ¿cómo se explica que los hechiceros del Sur, y ahora todos, en todas partes, hasta los trovadores de las balsas, hayan perdido su arte mientras que vos conserváis el vuestro?

—Porque yo no deseo nada más que mi arte —dijo Gavilán.

Y al cabo de un rato añadió, más animoso: —Y si he de perderlo pronto, lo aprovecharé, mientras dure.

Y en verdad, había ahora en él una especie de alegría, una complacencia, que Arren, viéndolo siempre tan cauteloso, no había sospechado. La mente de un mago se deleita con juegos de ilusión; el disfraz de Gavilán en Hort, que tanto perturbara a Arren, había sido un juego para él; un juego insignificante, por lo demás, para alguien

que podía transformarse a voluntad, cambiando no sólo el rostro y la voz, sino también el cuerpo, y convirtiéndose si así lo deseaba en pez, en delfín, en halcón. Y una vez dijo: —Mira, Arren: Te voy a mostrar Gont —y le había pedido que observara la superficie del barril de agua, que había destapado y que estaba lleno hasta el borde. Muchos hechiceros comunes pueden hacer aparecer una imagen en el espejo del agua, y eso había hecho él: un pico inmenso, coronado de nubes, elevándose desde un mar gris. Luego la imagen cambió, y Arren vio claramente un acantilado de aquella isla montañosa. Era como si él, Arren, fuese un pájaro, una gaviota o un halcón, suspendido en el viento lejos de la costa, y mirase a través del viento ese acantilado que desde una altura de seiscientos metros dominaba las rompientes del mar. Allá arriba, en la cornisa, había una casita—. Esto es Re Albí —dijo Gavilán—, y allí vive mi maestro, Ogion, el que apaciguó el terremoto, de esto hace mucho, mucho tiempo. Cuida sus cabras, recoge hierbas, y guarda silencio. Me pregunto si aún paseará por la montaña; es muy viejo ahora. Pero yo lo sabría, claro que lo sabría, incluso ahora, si Ogion hubiese muerto… —La voz del mago vaciló un momento y la imagen se enturbió, como si el acantilado mismo se estuviese desmoronando. En seguida se aclaró, y también la voz de Gavilán se aclaró—: Solía subir a solas a los bosques, al final del estío y en el otoño. Así fue como llegó a mí, la primera vez, cuando yo era un niño en una aldea montañosa, y me dio mi nombre. Y con él la vida.

En la imagen que ahora mostraba el espejo de agua, era como si el observador fuese un pájaro en medio del bosque, asomándose a mirar un paisaje de praderas empinadas bañadas por el sol, bajo las rocas y las nieves de la cumbre, y dentro del bosque un sendero escarpado que descendía hacia una oscuridad verde atravesada por dardos de oro.

—No hay silencio semejante al silencio de esos bosques —dijo Gavilán, nostálgico.

La imagen se desvaneció, y sólo el disco enceguecedor del sol de mediodía se reflejó en el agua del tonel.

—Allí —dijo Gavilán, mirando a Arren con una expresión extraña, burlona—, allí, si yo pudiera alguna vez volver allí, ni siquiera tú podrías seguirme.

La tierra se extendía delante de ellos, baja y azul a la luz de la tarde, como un banco de bruma. —¿Es Selidor? —preguntó Arren, y el corazón se le aceleró; pero el mago le dijo:

—Obb, supongo, o Jessage. Todavía no estamos ni a mitad de camino, hijo.

Aquella noche atravesaron los estrechos entre esas dos islas. No vieron ninguna luz, pero un acre olor a humo flotaba en el aire, tan

penetrante que les irritaba los pulmones. Cuando amaneció, y miraron hacia atrás, la isla oriental, Jessage, estaba quemada, negra tierra adentro hasta donde alcanzaba la vista, y una niebla azulada y opaca flotaba sobre ella.

—Han quemado los campos —dijo Arren.

—Sí. Y las aldeas. He sentido antes el olor de ese humo.

—¿Son salvajes, aquí en el oeste? Gavilán sacudió la cabeza.

—Labriegos; aldeanos.

Arren contempló la ruina negra en que se había convertido la tierra, los árboles abrasados en los huertos contra el cielo; torció la cara. —¿Qué mal les han hecho los árboles? —dijo—. ¿Tienen que castigar a la hierba por los errores que ellos mismos han cometido? Son hombres salvajes estos que incendian la tierra sólo porque están peleando con otros hombres.

—No tienen guía —dijo Gavilán—. No hay un Rey; y los hombres aptos para reinar, y los dotados de poderes mágicos, todos se han apartado, encerrándose en ellos mismos, buscando la puerta que lleva al más allá de la muerte. Así era en el Sur, y presumo que lo mismo ha de ocurrir aquí.

—¿Y todo esto es obra de un solo hombre, el hombre de quien hablaba el dragón? No parece posible.

—¿Por qué no? Si hubiera un Rey de las Islas, sería sólo uno. Y reinaría. Un solo hombre puede destruir o gobernar, con la misma facilidad: ser Rey, o Anti-Rey.

Otra vez hablaba con aquel dejo de burla, o de desafío, que ponía colérico a Arren.

—Un rey tiene servidores, lugartenientes, soldados, mensajeros. Gobierna a través de sus servidores. ¿Dónde están los servidores de este… Anti-Rey?

—En nuestra mente, hijo. En nuestra mente. El traidor, el yo, ese yo que grita*: ¡Yo quiero vivir, y que se pudra el mundo con tal que yo viva!* La pequeña alma traicionera que hay en nosotros en la oscuridad como una araña en una caja. Nos habla a todos. Pero sólo algunos la comprenden. Los magos, los trovadores, los hacedores. Y los héroes, los que buscan ser ellos mismos. Ser uno mismo es una cosa rara, y grande. Ser uno mismo para siempre, ¿no es más grande todavía?

Arren miró a Gavilán a los ojos. —Queréis decir que no lo es. Mas decidme por qué. Yo era un niño cuando emprendí este viaje, no creía en la muerte. Pero no he aprendido a regocijarme, a acoger con alegría mi muerte, o la vuestra. Si le tengo amor a mi vida, ¿no he de aborrecer el fin?

El maestro de esgrima de Arren en Berila era un hombre de unos sesenta años, bajo, calvo y frío. Arren lo había detestado durante años, si bien reconocía que era un gran esgrimista. Pero un día, durante los

ejercicios, había tomado desprevenido al maestro, y lo había desarmado: y nunca olvidó aquella felicidad incrédula, incongruente, que había iluminado de súbito el rostro frío del maestro, la esperanza, la alegría: ¡un igual, por fin un igual! A partir de ese día el maestro de esgrima lo había sometido a un entrenamiento despiadado, y cada vez que se enfrentaban con los sables, aquella misma sonrisa implacable aparecía en el rostro del viejo, iluminándolo, a medida que Arren ponía en la lucha un renovado ardor. Ahora estaba en el rostro de Gavilán.

—La vida sin fin —dijo el mago—. La vida sin muerte. La inmortalidad. Toda alma la desea, apoyándose en la fuerza de ese deseo. Pero ten cuidado, Arren. Tú eres alguien que podría ver cumplido ese deseo.

—¿Y entonces?

—Entonces… esto que ves. Esta calamidad asolando las tierras. Las artes del hombre olvidadas. El cantor enmudecido. El ojo ciego. ¿Y entonces? Un falso rey reinando. Reinando para siempre. Y sobre los mismos súbditos para siempre. No más nacimientos; no más vidas nuevas. No más niños. Sólo lo que es mortal engendra vida, Arren. Sólo en la muerte hay renacimiento. El Equilibrio no es inmovilidad. Es un movimiento… un eterno devenir.

—Pero ¿cómo los actos de un hombre, la vida de un solo hombre pueden perturbar el Equilibrio del Todo? Seguramente eso no es posible, no debería permitirse… —Se interrumpió de golpe.

—¿Quién permite? ¿Quién prohíbe?

—Yo no lo sé.

—Ni yo.

Casi con encono, y con terquedad, Arren preguntó: —Entonces, ¿cómo es posible que estéis tan seguro?

—Sé cuánto mal puede hacer un hombre —dijo Gavilán, y la cara cruzada de cicatrices se le contrajo, pero más de dolor que de cólera —. Lo sé porque yo lo he hecho. He hecho el mismo mal, movido por la misma soberbia. Abrí la puerta entre los mundos. Un resquicio apenas, un pequeño resquicio, sólo para demostrar que yo era más fuerte que la muerte misma. Era joven, y aún no había encontrado la muerte… como tú… Costó la fuerza del Archimago Nemmerle, su maestría y su vida, cerrar esa puerta. Puedes ver en mí, en mi cara, la marca que esa noche me ha dejado. Pero a él lo mató. Oh, la puerta entre la luz y las tinieblas puede ser abierta, Arren; requiere fuerza, mas se puede hacer. Pero volver a cerrarla, eso es otra historia.

—Pero con seguridad lo que vos hicisteis no era lo mismo…

—¿Por qué? ¿Porque soy un hombre bueno? —Aquella frialdad semejante a la del maestro de esgrima estaba otra vez en la mirada de Gavilán—. ¿Qué es un hombre bueno, Arren? ¿Es un hombre bueno

aquel que no haría el mal, aquel que no abriría la puerta que da a las tinieblas, aquel que no lleva la oscuridad dentro de él? Mira de nuevo, muchacho. Mira un poco más lejos. Tendrás necesidad de cuanto aprendas, para ir adonde tienes que ir. ¡Mira dentro de ti! ¿No oíste una voz que te decía *Ven*? ¿No la seguiste, acaso?

—Sí. Pero yo… yo creí que esa voz era la de él.

—Era la de él. Y era la tuya. ¿Cómo podría hablarte a ti y a todos los que saben escuchar si no con vuestra propia voz?

—¿Por qué vos no la oís, entonces?

—¡Porque no quiero oírla! —dijo con vehemencia Gavilán—. Yo había nacido para el poder, lo mismo que tú. Pero tú eres joven. Tú estás en las fronteras de lo posible, en el país de las sombras, en el reino del sueño, y oyes la voz que dice Ven. Como la oí yo, una vez. Pero yo soy viejo. Yo ya he hecho mi elección, he hecho lo que tenía que hacer. Ahora estoy a la luz del día, frente a mi propia muerte. Y sé que sólo hay un poder que valga la pena tener. Y ése es el poder, no de tomar, sino de aceptar. No de tener, sino de dar.

Jessage estaba ahora lejos detrás de ellos, una mancha azul en el agua.

—Entonces yo soy su servidor —dijo Arren.

—Sí. Y yo el tuyo.

—Pero entonces, ¿quién es él? ¿Quién es?

—Un hombre, creo.

—¿El hombre de quien hablasteis una vez, el hechicero de Havnor, el que invocaba a los muertos? ¿Es él?

—Es muy posible que lo sea.

—Pero era viejo, contasteis, cuando lo conocisteis años atrás… ¿No estará muerto ahora?

—Puede ser —dijo Gavilán.

Y no dijeron más.

Esa noche el mar era de fuego. Las olas violentas que la proa de *Miralejos* arrojaba hacia atrás, y el movimiento de cada pez a través de la superficie del agua, estaban envueltos en un halo de luz viva. Arren, sentado con el brazo apoyado sobre la regala y la cabeza sobre el brazo, contemplaba aquellas ondas y remolinos de destellos plateados. Metió la mano en el agua, la retiró y una luz le corrió levemente por los dedos.

—Mirad —dijo—. Yo también soy un mago.

—Ese don no lo tienes —dijo su compañero.

—Vaya ayuda que podré prestaros sin él —dijo Arren, los ojos fijos en el incesante cabrilleo de las olas— cuando encontremos a nuestro enemigo.

Porque había esperado, había esperado desde el primer día, que si el Archimago lo había elegido a él, y sólo a él para este viaje, era

porque él tenía algún poder innato, heredado de su antepasado Morred, un poder que le sería revelado a la hora más aciaga y en la más extrema necesidad: y así se salvaría él, y salvaría a su señor, y al mundo entero, del enemigo. Pero últimamente había considerado una vez más esa esperanza y le parecía algo muy distante, como recordar un episodio de la niñez, el día en que se le había antojado probarse la corona de su padre, y había llorado cuando se lo prohibieron. Esta esperanza de ahora era igual de intempestiva, igual de pueril. No había en él ningún poder mágico. Nunca lo tendría.

El día habría de llegar, sin duda, en que él, a su debido tiempo, ciñera la corona de su padre, y reinase como Príncipe en Enlad. Pero la corona le parecía ahora poca cosa, y la patria una comarca pequeña y lejana. No había en eso ninguna deslealtad. Al contrario, su lealtad había crecido, de acuerdo con un modelo más grande, puesta al servicio de una meta más vasta. Conocía ahora también su propia debilidad, y los límites de sus propias fuerzas; pero sabía que era fuerte. Aunque ¿de qué le servía la fuerza si no tenía ningún don, nada que ofrecer a su señor aparte de servirlo con una devoción inquebrantable? Allá adonde iban, ¿bastaría con eso?

Gavilán había dicho que para ver la luz de una bujía era preciso llevarla a un sitio oscuro. Arren trató de reconfortarse con estas palabras. Pero no las encontró muy reconfortantes.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, el aire era gris y el mar estaba gris. Por encima del mástil el cielo amanecía con un azul de ópalo, pues la niebla flotaba a poca altura. Para hombres oriundos del Norte como Arren de Enlad y Gavilán de Gont, la niebla era bienvenida, una vieja amiga.

Se cerraba suavemente alrededor de la barca impidiéndoles ver a lo lejos, y para ellos era como estar en un cuarto familiar luego de pasar largas semanas en un espacio árido y brillante, a merced de los vientos. Volvían hacia un clima que conocían y acaso estuvieran en la latitud de Roke.

A unas setecientas millas al este de las aguas brumosas que surcaba *Miralejos*, la clara luz del sol bruñía las hojas de los árboles del Boscaje Inmanente, brillaba sobre la cresta verde del Collado de Roke, y sobre los encumbrados techos de pizarra de la Casa Grande.

En una de las estancias de la torre del sur —un gabinete atestado de retortas, alambiques, panzudas tinajas de cuello encorvado, hornillos de paredes compactas, lamparillas, pinzas, atriles, fuelles, alicates, limas, probetas, cofres y redomas y frascos taponados y marcados con runas hárdicas u otras más secretas—, allí, en aquella estancia, entre los mil y un enseres y trabejos necesarios para la alquimia, el soplado del vidrio, la refinación de los metales y las artes de curar, entre las mesas y los bancos cargados de utensilios se

encontraban de pie el Maestro de Transformaciones y el Maestro Invocador de Roke.

El maestro de cabellos canos, el Transformador, sostenía entre las manos una piedra grande que parecía un diamante en bruto. Era un trozo de cristal de roca con algunas vetas profundas de pálido rosa y amatista, pero límpida y clara como el agua. No obstante, cuando el ojo escrutaba aquella transparencia veía turbiedad y no el reflejo ni la imagen de la realidad próxima, sino sólo planos cada vez más distantes, más profundos, hasta que se perdía en el sueño y no encontraba la salida. Aquella era la Piedra de Sheliath. Los príncipes de Way la habían guardado durante largo tiempo, a veces como una simple chuchería, a veces como un talismán contra el insomnio, a veces para fines más nefastos: porque quienes contemplaran durante demasiado tiempo y sin comprender aquella profundidad infinita, insondable del cristal, podían volverse locos. Sin embargo, el Archimago Gensher de Way había ido a Roke llevando consigo la Piedra de Shelieth, porque en las manos de un mago contenía la verdad.

Pero la verdad varía, según el hombre.

Así pues, el Transformador, sosteniéndola y escudriñando a través de la superficie irregular y granulosa las profundidades infinitas, tenuemente coloreadas, centelleantes, decía en alta voz lo que veía: —Veo la tierra, como si estuviese en lo alto del Monte Onn en el centro del mundo y lo contemplara todo a mis pies, hasta la isla más lejana de los más lejanos Confines, y aún más allá. Y todo es claro. Veo navíos en las rutas de Illien, y los fuegos en los hogares de Torheven, y los tejados de la torre en que estamos ahora. Pero más allá de Roke, nada. En el sur, ninguna tierra. En el oeste, ninguna tierra. No puedo ver Wathort donde tendría que estar, ni ninguna isla del Confín del Poniente, ni siquiera una tan cercana como Pendor. Y Osskil y Ebosskil ¿dónde están? Hay una bruma sobre Enlad, una grisura que es como una telaraña. Cada vez que miro, nuevas islas han desaparecido, y el mar en que se levantaban se extiende vacío como antes de la Creación… —y la voz le tropezó en la última palabra como si le subiera con dificultad a los labios.

Puso otra vez la piedra en el atril de marfil, y se alejó. Parecía extenuado.

—Dime qué ves tú —dijo.

El Maestro Invocador tomó el cristal entre las manos y lo hizo girar lentamente como si buscara en la superficie áspera y vidriosa una abertura para la visión. Largo rato la manipuló, con expresión concentrada. Al cabo la puso sobre el atril, y dijo: —Transformador, veo poca cosa. Fragmentos, visiones fugitivas, nada completo.

El Maestro de cabellos grises se estrujó las manos. —¿No es eso

extraño?

—¿Cómo, extraño?

—¿Suelen ser ciegos tus ojos? —gritó el Transformador, como enfurecido—. ¿No ves que hay —y tartamudeó varias veces antes de poder hablar— que hay una mano sobre tus ojos, así como una mano sobre mi boca?

El Invocador dijo: —Estás demasiado excitado, mi señor.

—Invoca la Presencia de la Piedra —dijo el Transformador, dominándose, pero con la voz un poco ahogada.

—¿Por qué?

—Porque yo te lo pido.

—Vamos, Transformador, ¿me desafías… como niños delante de la guarida de un oso? ¿Somos niños acaso?

—Sí. Ante lo que veo ahora en la Piedra de Shelieth, yo soy un niño… un niño aterrorizado. Invoca la Presencia de la Piedra. ¿He de implorártelo, mi señor?

—No —dijo el alto Maestro, pero arrugó el entrecejo y se apartó del hombre mayor. Luego, extendiendo los brazos en el amplio ademán con que comienzan los sortilegios del arte, levantó la cabeza y pronunció las sílabas de invocación. Mientras hablaba, una luz se encendía y crecía en el interior de la Piedra de Shelieth. Alrededor de ella la estancia se oscureció; las sombras se congregaron. Cuando la oscuridad fue profunda y la piedra muy luminosa, el Invocador juntó las manos, levantó el cristal, y escudriñó aquella luz radiante.

Durante un rato permaneció en silencio, y luego habló: —Veo las Fuentes de Shelieth —dijo en voz baja—. Los estanques y las cuencas y las cascadas, las grutas con cortinas de plata rutilante en donde los helechos crecen en bancos de musgo, las arenas onduladas, los saltos y el fluir de las aguas, los manantiales brotando de las entrañas de la tierra, el misterio y la dulzura de la fuente, el manantial…

Una vez más calló, y así estuvo un largo rato, silencioso, el rostro pálido como de plata a la luz de la piedra. De pronto, lanzó un grito sin palabras, y soltando la piedra se dejó caer de rodillas, la cara escondida entre las manos.

No había más sombras. El sol del verano llenaba la desordenada habitación. La gran piedra yacía debajo de una mesa entre el polvo y los residuos, intacta.

El Invocador estiró el brazo a ciegas, agarrándose como un niño a la mano del otro hombre. Tomó aliento. Al fin se levantó, y apoyándose un poco sobre el Transformador, dijo con los labios trémulos y tratando de sonreír: —No volveré a aceptar tus desafíos, mi señor.

—¿Qué viste, Thorion?

—Vi las fuentes. He visto cómo se hundían en los abismos, y los

ríos que se secaban, y los manantiales que se replegaban en la tierra. Y allá abajo era todo negro y seco. Tú has visto el mar antes de la Creación, pero yo he visto la… lo que viene después… Yo he visto la Destrucción. —Se humedeció los labios—. Desearía que el Archimago estuviese aquí —dijo.

—Y yo que nosotros estuviésemos con él.

—¿Dónde? No hay nadie que pueda encontrarlo ahora. —El Invocador alzó los ojos hacia las ventanas que mostraban un cielo azul, sin una nube—. Ninguna presencia que proyectásemos llegaría hasta él, ninguna invocación podría alcanzarlo. Está allí, donde tú viste un mar vacío. Se está aproximando al paraje donde se secan los manantiales. Está allí donde nuestras artes son inútiles… Sin embargo, quizá aún haya sortilegios capaces de alcanzarlo, ciertos encantamientos del Saber de Paln.

—Pero ésos son sortilegios para traer a los muertos entre los vivos.

—Algunos llevan a los vivos entre los muertos.

—¿No pensarás que está muerto?

—Pienso que va hacia la muerte, que es atraído hacia la muerte. Como todos nosotros. Nuestro poder nos está abandonando, y nuestra fuerza; y nuestra suerte y nuestra esperanza. Los manantiales se están secando.

El Transformador lo observó un momento con inquietud. —No intentes invocarlo ahora, Thorion —dijo al cabo de un rato—. Él sabía lo que buscaba mucho antes de que nosotros lo supiésemos. Para él el mundo es como esta Piedra de Shelieth: él mira, y ve lo que es y lo que ha de ser… No podemos ayudarlo. Los grandes sortilegios se han vuelto muy peligrosos, y sobre todo los del Saber que tú nombraste. Tenemos que esperar, como él lo ordenó, y velar por los muros de Roke, y porque se recuerden los Nombres.

—Sí —dijo el Invocador—. Pero necesito pensarlo. —Y salió de la habitación de la torre, con un andar un tanto rígido, aunque erguida la noble y oscura cabeza.

Por la mañana el Transformador fue a buscarlo. Al entrar en el aposento, después de haber llamado en vano, lo encontró tendido sobre el suelo de piedra, como si lo hubiesen derribado de un poderoso golpe. Estaba con los brazos extendidos como en el ademán de invocación, pero tenía las manos frías, y los ojos abiertos no veían nada. Pese a que el Transformador se arrodilló junto a él y lo llamó con la autoridad de un mago, repitiendo tres veces su nombre, Thorion no se movió. No estaba muerto, pero el corazón le latía con lentitud, y apenas tenía aire en los pulmones. El Transformador le tomó las manos, y reteniéndolas entre las suyas murmuró: —Oh Thorion, yo te obligué a escudriñar la Piedra. ¡Esto es mi obra! —Salió

de prisa de la habitación y dijo en voz alta a quienes se le cruzaban, Maestros y estudiantes—: ¡El enemigo ha llegado a nosotros, a Roke la fortificada, y ha herido nuestra fortaleza en pleno corazón! —Aunque era un hombre bondadoso, parecía tan obsesionado y frío que quienes lo veían le tenían miedo—. Contemplad al Maestro de Invocaciones —decía—. Mas ¿quién lo llamará para hacerlo volver ahora que él mismo, el maestro, ha desaparecido?

Se encaminaron a su aposento, y todos se apartaron para dejarlo pasar.

Mandaron buscar al Maestro de Hierbas, quien hizo que acostaran a Thorion y lo arropasen; pero no preparó ninguna tisana de hierbas curativas, ni cantó ninguno de los cánticos que alivian los males del cuerpo o los trastornos de la mente. Uno de sus alumnos estaba con él, un muchacho joven que aún no había sido nombrado hechicero, pero ya hábil en las artes de curar, y preguntó: —Maestro, ¿no hay nada que se pueda hacer?

—No de este lado del muro —dijo el Maestro Curador. Luego, comprendiendo con quién hablaba, continuó—: No está enfermo, muchacho; pero aun cuando esto fuese una fiebre o una enfermedad del cuerpo, no sé si nuestras artes servirían de mucho. De un tiempo a esta parte no hay sabor en mis hierbas; y aunque pronuncio las palabras de nuestros sortilegios, no hay virtud en esas palabras.

—Es como lo que decía ayer el Maestro de Cantos. Se detuvo en medio de una canción que nos estaba enseñando y dijo: «Ya no sé lo que significa este canto». Y salió de la sala. Algunos de los muchachos rieron, pero yo sentí como si el suelo se hubiese hundido bajo mis pies.

El Curador miró el rostro fresco e inteligente del muchacho, y luego, bajando los ojos, el rostro del Invocador, rígido y frío. —Volverá a nosotros —dijo—. Y los cantos no serán olvidados.

Pero esa noche el Transformador se marchó de Roke. Nadie vio de qué modo se había marchado. Durmió en un aposento cuya ventana daba a un jardín; la ventana estaba abierta por la mañana, y él había desaparecido. Pensaron que él mismo se había transformado en un pájaro o un insecto, o en un viento o una bruma, porque ninguna forma ni sustancia le era inaccesible, y que así había huido de Roke, tal vez en busca del Archimago. Algunos, sabiendo que quien se transforma puede quedar apresado en sus propios hechizos, si en algún momento le fallan la pericia o la voluntad, temían por él, pero no hablaban de estos temores.

Así pues, tres de los Maestros estaban perdidos para el Consejo de los Sabios. A medida que pasaban los días y no llegaban noticias del Archimago, y el Invocador yacía como muerto, y el Transformador no regresaba, el frío y la tristeza crecían en la Casa Grande. Los

muchachos cuchicheaban entre ellos, y algunos hablaban de marcharse de Roke, pues nadie les enseñaba lo que habían ido a aprender. —Tal vez —dijo uno— eran todas mentiras desde el principio, esas artes, esos poderes secretos. De todos los Maestros, sólo el Maestro Malabar sigue haciendo trucos, y como todos sabemos son mera ilusión. Y ahora los otros se esconden, o se niegan a intervenir porque sus supercherías han sido desenmascaradas.

Otro que lo escuchaba dijo: —Al fin y al cabo, ¿qué es la hechicería? ¿Qué es este arte de la magia, fuera de un juego de apariencias? ¿Ha salvado alguna vez a un hombre de la muerte, o le ha dado siquiera una vida más larga? ¡Seguro que si los magos tuvieran el poder que dicen, vivirían todos eternamente!

Y éste y el otro muchacho se pusieron a rememorar la muerte de los grandes magos: Morred, muerto en combate, y Nereger, a manos del Mago Gris, y Erreth-Akbé, por un dragón, y Gensher, el último Archimago, de una simple enfermedad, en su lecho, como un hombre cualquiera. Algunos de los muchachos escuchaban con regocijo, porque tenían envidia en el corazón; otros escuchaban y estaban atribulados.

Durante todo este tiempo el Maestro de Formas permanecía solo en el Boscaje y no dejaba que nadie entrase en él.

Pero el Portero, aunque rara vez se lo viera, no había cambiado. En sus ojos no había sombras. Sonreía y guardaba las puertas de la Casa Grande esperando a que el Señor regresara.

10. El Paso de los Dragones

En los mares del extremo Confín del Poniente, aquel Señor de la Isla de los Sabios, al despertar acalambrado y entumecido en una pequeña barquichuela en una mañana clara y fría, se incorporó y bostezó. Y después de un momento, señalando el norte, dijo a su aún no del todo despierto compañero: —¡Allá! Dos islas. ¿Las ves? Las más meridionales de las islas del Paso de los Dragones.

—Tenéis ojos de halcón, señor —dijo Arren, escrutando el mar a través del sueño, y no viendo nada.

—Es por eso que soy el Gavilán —dijo el mago; todavía estaba alegre, como si hubiese olvidado presagios y presentimientos—. ¿No las ves?

—Veo gaviotas —dijo Arren después de frotarse los ojos y avizorar todo el horizonte azul-gris delante de la barca.

El mago rió. —¿Podría aun un halcón ver gaviotas a veinte millas de distancia?

A medida que el sol expandía su luz por encima de las brumas del levante, las diminutas manchas que Arren veía revolotear en el aire parecían centellear, como polvo de oro que se agitara en el agua, o partículas de polvo en un rayo de sol. Y entonces Arren supo que eran dragones.

Cuando *Miralejos* se aproximó a las islas, Arren vio los dragones que se remontaban y volaban en círculos en el viento de la mañana, y el corazón le saltó en el pecho, hacia ellos, en un rapto de alegría, un júbilo triunfante, que era como un dolor. Toda la gloria de la mortalidad se reflejaba en ese vuelo, cuya belleza estaba hecha de la fuerza terrible, del delirio absoluto, y de la gracia de la razón. Porque aquéllas eran criaturas pensantes, capaces de hablar y de una antigua sabiduría: en las figuras de aquel vuelo había una armonía voluntaria y feroz.

Arren no habló, pero pensó: No me importa lo que pueda ocurrir después; he visto los dragones en el viento de la mañana.

De vez en cuando las figuras se alejaban y los círculos se quebraban, y a menudo en pleno vuelo los ollares de un dragón echaban una larga cinta de fuego que ondulaba y flotaba un instante en el aire, repitiendo la curva y el brillo del largo y arqueado cuerpo del dragón. El mago los observó un momento y dijo: —Están encolerizados. Danzan su cólera en el viento.

Y un momento después: —Ahora estamos en el avispero. —Porque los dragones habían visto la pequeña vela sobre las olas, y primero uno y luego otro suspendieron el torbellino de la danza y descendieron en una fila larga por el aire, batiendo las grandes alas,

en línea recta hacia la barca.

El mago miró a Arren, que estaba en el timón, porque había marejada de proa. El muchacho sujetaba la barra con mano firme, pero no apartaba los ojos del batir de aquellas alas. Como satisfecho con lo que había visto, Gavilán se dio vuelta otra vez, y de pie junto al mástil, quitó de la vela el viento mágico. Luego levantó la vara y habló en voz alta.

Al sonido de la voz del mago y las palabras del Habla Arcana, algunos de los dragones dieron media vuelta en pleno vuelo y se dispersaron y regresaron a las islas. Otros se detuvieron y planearon, las garras aceradas de los miembros delanteros medio extendidas. Uno, dejándose caer casi a ras del agua, voló lentamente hacia ellos: en dos aletazos estuvo encima de la barca, el vientre acorazado suspendido sobre el mástil. Arren vio, entre la coyuntura de la escápula y el pecho, la carne rugosa, indefensa, que es junto con el ojo la única parte vulnerable del dragón, a menos que se lo ataque con una lanza dotada de un poderoso encantamiento. Un humo nauseabundo, de olor a carroña, salía en grandes bocanadas del largo hocico dentado y asfixiaba y estremecía al muchacho.

La sombra pasó. Volvió a pasar, de nuevo volando bajo, y esta vez Arren sintió el aliento abrasador antes que el humo. Oyó la voz de Gavilán, clara y tajante. El dragón sobrevoló la barca y se alejó. Y tras él partieron los otros, regresando en ondulada procesión hacia las islas como pavesas llevadas por una ráfaga de viento.

Arren se recobró y se enjugó el sudor glacial que le cubría la frente. Al mirar a su compañero, notó que se le habían blanqueado los cabellos: el aliento el dragón los había quemado, encrespándole las puntas. Y la gruesa lona de la vela estaba chamuscada de un lado, de un color herrumbre.

—Tienes un poco quemada la cabeza, muchacho —dijo Gavilán.

—También lo está la vuestra, señor.

Gavilán se pasó la mano por el pelo, sorprendido. —¡Es verdad! Eso ha sido una insolencia; mas no deseo entrar en discordia con estas criaturas. Parecen estar enloquecidas, o atontadas. No han hablado. Jamás he conocido a un dragón que no hablase antes de atacar, aunque sólo fuese para atormentar a su presa… Ahora tenemos que seguir. No los mires a los ojos, Arren. Da vuelta la cara si es preciso. Navegaremos con el viento del mundo, que es propicio y sopla desde el sur, y es posible que yo necesite de mi arte para otros menesteres. Quédate en el timón, pero déjala ir como quiera.

Miralejos continuó navegando, y pronto pasó entre una isla distante a la izquierda, y las dos islas gemelas que habían visto antes a la derecha. Éstas se elevaban del mar en riscos bajos, y toda la roca desnuda estaba blanqueada por los excrementos de los dragones y de

las pequeñas y temerarias golondrinas de mar de cabeza negra, que anidaban entre ellos.

Los dragones habían volado muy alto y describían círculos en el aire, como buitres. Ni uno solo volvió a descender en picado hacia la barca. A veces se llamaban unos a otros, con gritos ásperos y estridentes a través de los pozos de aire, pero si había palabras en aquellos alaridos, Arren no pudo distinguirlas.

La barca bordeó un pequeño promontorio, y Arren vio en la orilla lo que en un momento le pareció una fortaleza en ruinas. Era un dragón. Una de las alas negras estaba replegada y la otra extendida a través de la arena y hasta la orilla del mar, de modo que el vaivén de las olas la sacudía de adelante hacia atrás en un remedo de vuelo. El cuerpo serpentino yacía cuan largo era sobre la roca y la arena. Le faltaba una pata de delante; del gran arco de las costillas le habían arrancado el caparazón de malla, y tenía el vientre desgarrado, de modo que la venenosa sangre de dragón había ennegrecido la arena, en metros a la redonda. Sin embargo, la criatura vivía aún. Tan prodigiosa es la fuerza de la vida en los dragones que sólo un poder igual de hechicería puede matarlos rápidamente. Los ojos auriverdes estaban abiertos; y la cabeza enorme y enjuta se sacudió apenas al paso de la barca, y con un silbido bronco, entrecortado, un vapor mezclado con una espuma sanguinolenta le brotó de golpe de los ollares.

En la playa, entre el dragón moribundo y la orilla del mar, se veían las marcas y estrías dejadas por las zarpas y los cuerpos pesados de otros dragones; las entrañas de la criatura yacían desparramadas y pisoteadas en la arena.

Ni Arren ni Gavilán hablaron hasta que estuvieron a una buena distancia de la isla, avanzando a través de las aguas turbulentas del Paso de los Dragones, flanqueado de arrecifes, pináculos y figuras de roca, hacia las islas septentrionales de la doble cadena. Sólo entonces habló Gavilán: —Fue un espectáculo funesto —dijo, y su voz era lúgubre y fría.

—¿Se… comen a los de su misma especie?

—No. No más que nosotros. Han enloquecido. Les han quitado el don de la palabra. Ellos, que hablaron antes que los hombres, ellos, más antiguos que cualquier otra criatura, los Hijos de Segoy… reducidos al mudo terror de las bestias. ¡Ah, Kalessin! ¿A dónde te han llevado tus alas? ¿Has vivido para ver a tu raza caída en la vergüenza?

La voz del mago vibraba como golpes de martillo sobre el yunque; con los ojos en alto, escudriñaba el cielo. Pero los dragones estaban atrás, girando ahora en círculos más bajos sobre las islas rocosas y la playa ensangrentada, y en lo alto no se veía nada más que el cielo azul y el sol del mediodía.

No había entonces ningún hombre viviente que hubiera cruzado, o visto, el Paso de los Dragones, excepto el Archimago. Hacía veinte años y más lo había navegado en toda su longitud de este a oeste, y de regreso. Era el delirio, para un navegante, y la maravilla. El agua se extendía en un laberinto de canales azules y bancos de verdor, y ahora él y Arren, en ese laberinto, por medio de la mano y la palabra y la más celosa vigilancia, buscaban un paso para la barca entre las rocas y los arrecifes: algunos tan bajos que el flujo de la marea los sumergía por completo. Otros afloraban a medias, cubiertos de anémonas y hálanos y serpentinos helechos de mar; como monstruos surgidos de las aguas, cascarudos o sinuosos. Otros se elevaban desde el mar en pináculos y acantilados, y había arcos y medios arcos, torres talladas, formas fantásticas de animales, lomos de jabalí y cabezas de serpiente, y todo inmenso, deforme, difuso, cual si la vida misma se agitase consciente a medias en la roca. El ruido de las olas era como una respiración sobre los arrecifes, que el rocío brillante y amargo humedecía. En una de esas rocas se veían claramente los hombros encorvados y pesados de un hombre, de noble cabeza, que meditaba frente al mar; pero cuando la barca hubo pasado y miraron desde el norte, el hombre había desaparecido, y la roca reveló una caverna contra la que el mar se estrellaba y caía con un estampido fragoroso y hueco; y parecía haber una palabra en aquel ruido. A medida que continuaban navegando, los ecos distorsionados se atenuaban y esa sílaba se percibía con más claridad; y Arren dijo entonces:

—¿Hay una voz en esa gruta?

—La voz del mar.

—Pero pronuncia una palabra.

Gavilán escuchó; miró a Arren de soslayo, y otra vez la caverna.

—¿Cómo la oyes tú?

—Como diciendo el sonido *ahm*.

—En el Habla Arcana significa el principio, o hace mucho tiempo. Pero yo oigo *ohb*, que es una forma de decir el fin. ¡Mira, mira adelante! —concluyó bruscamente, en el mismo momento en que lo ponía en guardia—. ¡Vados! —Y pese a que *Miralejos* se abría paso como un gato esquivando los peligros, estuvieron ocupados algún tiempo en la barra del timón, y lentamente la caverna que rugía aquella eterna y enigmática palabra fue quedando atrás.

Ahora navegaban en aguas más profundas, fuera ya de la fantasmagoría de las rocas, y delante de ellos, asomaba una isla que parecía una torre. Los acantilados eran negros, cilíndricos, como grandes y apretados pilares, de bordes rectos y superficies planas, y se elevaban a pico cien metros por encima del mar.

—Ese es el Alcázar de Kalessin —comentó el mago—. Así lo llamaban los dragones, cuando estuve aquí hace mucho tiempo.

—¿Quién es Kalessin?

—El más anciano…

—¿Él mismo construyó este lugar?

—No lo sé. No sé si fue construido. Ni qué edad puede tener. Digo «él», pero ni siquiera eso sé… Comparado con Kalessin, Orm Embar es como un niño de un año. Y tú y yo somos como criaturas de un día. — Escrutó las monumentales empalizadas, y Arren las miró, intranquilo, imaginando que un dragón podía lanzarse desde aquella lejana cornisa negra y caer sobre ellos casi al mismo tiempo que su sombra. Pero no apareció ningún dragón. Surcaron lentamente las aguas tranquilas a sotavento de la roca, no oyendo nada más que el murmullo y el chapoteo de las olas sombrías sobre las columnas de basalto. Allí el agua era profunda, sin rocas ni arrecifes; Arren maniobraba la barca y Gavilán, de pie en la proa, escudriñaba los acantilados y el cielo luminoso.

La barca salió al fin de la sombra del Alcázar de Kalessin a la luz del sol del atardecer. Habían cruzado el Paso de los Dragones. El mago levantó la cabeza, como quien ve de pronto aquello que esperaba ver, y surcando el vasto espacio de oro, el dragón Orm Embar apareció ante ellos sobre alas doradas.

Arren oyó que Gavilán le gritaba: *«¿Aro Kalessin?»*. Adivinó el significado de estas palabras, pero no pudo entender la respuesta del dragón. Sin embargo, cada vez que oía el Habla Arcana tenía siempre la impresión de que estaba a punto de comprender, que casi comprendía: como si fuese una lengua que había olvidado, no una que nunca había conocido. Cuando el mago la hablaba, su voz era mucho más clara que cuando hablaba en hárdico, y parecía envuelta en una especie de silencio, como el más leve toque sobre una gran campana. Pero la voz del dragón era como un gongo, profunda y a la vez estridente, o como el tañido sibilante de los címbalos.

Arren contempló a su compañero de pie en la angosta proa, hablando con la criatura monstruosa que planeaba sobre él ocultando la mitad del cielo; y una especie de orgullo jubiloso embargó el corazón del muchacho, al ver qué cosa tan pequeña es un hombre, tan frágil, y tan terrible. Porque el dragón hubiera podido arrancarle la cabeza con un solo zarpazo, hubiera podido triturar la barca y hundirla como una piedra hunde una hoja que flota sobre el agua, si sólo se tratase de una cuestión de tamaño. Pero Gavilán era tan peligroso como Orm Embar: y el dragón lo sabía.

El mago volvió la cabeza. —Lebannen —dijo, y el muchacho se levantó y se adelantó, pese a que no tenía ningún deseo de acercarse, ni un solo paso, a aquellas mandíbulas de casi cinco metros y a aquellos ojos auriverdes y rasgados de pupilas hendidas que ardían sobre él desde el aire.

Gavilán no le dijo nada, pero le puso una mano sobre el hombro y de nuevo le habló al dragón, brevemente.

—Lebannen —dijo la voz profunda sin ninguna pasión—. *¡Agni Lebannen!*

Arren levantó la cabeza; sintió en seguida la presión de la mano del mago, y evitó la mirada de los ojos de oro verde.

No sabía hablar la Lengua Arcana; pero no era mudo: —Te saludo, Orm Embar, Señor Dragón —dijo con voz clara, como un príncipe que saluda a otro príncipe.

Se hizo un silencio, y el corazón de Arren latió desacompasado y con violencia. Pero Gavilán sonreía de pie junto a él.

Después de esto el dragón habló de nuevo, y Gavilán le respondió; y ese diálogo le pareció largo a Arren. Al fin acabó, y de repente. El dragón remontó vuelo con un golpe de alas que estuvo a punto de hacer zozobrar la embarcación, y desapareció. Arren miró al sol y descubrió que no parecía estar más cerca del ocaso; en realidad, no había pasado mucho tiempo. Pero el rostro del mago tenía un color de cenizas húmedas, y los ojos le resplandecían cuando se volvió hacia Arren. Se sentó en la bancada.

—Magnífico, muchacho —dijo—. No es fácil… hablar a los dragones.

Arren fue a buscar víveres, pues no habían probado bocado en todo el día; y el mago no dijo nada más hasta que hubieron comido y bebido. El sol tocaba ahora el horizonte, aunque en aquellas latitudes septentrionales, y no mucho después del solsticio de verano, la noche llegaba tarde y lentamente.

—Bueno —dijo al fin—. Orm Embar me ha dicho, a su manera, muchas cosas. Dice que aquél a quien buscamos está y no está en Selidor… Le es difícil a un dragón hablar claro. No tienen mentes claras. Y aun cuando uno de ellos quiera decirle la verdad a un hombre, cosa nada frecuente, ignora qué aspecto tiene la verdad para un hombre. Así que le pregunté: «¿De la misma manera que está tu padre Orm en Selidor?». Porque como tú sabes, allí es donde Orm y Erreth-Akbé murieron combatiendo. Y él respondió: «No y sí. Lo encontrarás en Selidor, pero no en Selidor». —Gavilán hizo una pausa y reflexionó, mientras mascaba una corteza de pan duro—. Tal vez quiso decir que aunque el hombre no está en Selidor, es allí adonde tengo que ir para encontrarlo. Tal vez… Le pregunté entonces por los otros dragones. Dijo que ese hombre ha estado con ellos, y sin sentir ningún temor, porque aunque ha muerto retorna una y otra vez de la muerte, en carne y hueso, vivo. Por lo tanto ellos le temen como a una criatura sobrenatural; y por ese temor los domina con magia, y los ha despojado del Habla de la Creación, dejándolos librados a su propia naturaleza. Y así se devoran unos a otros, o se quitan ellos mismos la

vida arrojándose al mar… una muerte abominable para la serpiente de fuego, la bestia del viento y el fuego. Le dije entonces: «¿Dónde está el señor Kalessin?», y todo cuanto me dijo fue: «En el Oeste», lo cual podría significar que Kalessin ha volado hacia esas tierras que según los dragones se extienden más allá de las aguas conocidas; o quizá no signifique eso. Así que terminé con mis preguntas, y él empezó con las suyas, diciendo: «He volado sobre Kaltuel volviendo al norte, y sobre las Puertas de Torin. En Kaltuel vi a unos aldeanos que sacrificaban a un niño de pecho sobre la piedra de un altar, y en Ingat a un hechicero que las gentes de su propia comunidad habían matado a pedradas. ¿Te parece, Ged, que se comerán al niño? ¿Regresará el hechicero de la muerte y apedreará a su propio pueblo?». Yo pensé que se burlaba de mí, y estaba a punto de contestarle con cólera, pero no, no se burlaba. Dijo: «El sentido ha desaparecido de las cosas. Hay un agujero en el mundo, y el mar escapa por él. La luz se está acabando. Nos quedaremos en la tierra yerma. No habrá más agua ni más muerte». Y entonces comprendí, por fin, lo que quería decirme.

Arren no sólo no comprendía; estaba, además, muy perturbado. Porque Gavilán, al repetir las palabras del dragón se había nombrado a sí mismo con su nombre verdadero, era evidente. Y eso había despertado en la memoria de Arren el penoso recuerdo de la mujer de Lorbanería gritando a quien quisiera oírla: «¡Mi nombre es Akaren!». Si los poderes de la magia, y los de la música y la palabra, y los de la confianza se estaban debilitando y marchitando entre los hombres, si un miedo demente se estaba apoderando de ellos de modo que, como los dragones privados de razón, se volvían unos contra otros para destruirse, si eso ocurría, ¿escaparía su señor a ese destino? ¿Era en verdad tan fuerte?

No parecía fuerte, encorvado sobre su cena de pan y pescado ahumado, el pelo encanecido y chamuscado por el fuego, las manos frágiles, la cara fatigada.

Sin embargo, el dragón le temía.

—¿Qué te atormenta, hijo?

Con él, sólo cabía la verdad.

—Habéis pronunciado vuestro nombre verdadero, mi señor.

—Oh, sí. Olvidé que no lo había dicho antes. Necesitarás de mi nombre verdadero, si vamos allá adonde debemos ir. —Alzó los ojos hacia Arren, todavía masticando—. ¿Pensaste que me estaba volviendo senil, y que iría pregonando mi nombre a los cuatro vientos, como un viejo legañoso que ha perdido la razón y la vergüenza? ¡No, hijo, todavía no!

—No —dijo Arren, tan azorado que no pudo decir nada más. Estaba rendido; el día había sido largo, y poblado de dragones. Y las perspectivas eran cada vez más sombrías.

—Arren —dijo el mago—. ¡No! Lebannen, allí adonde vamos, no hay nada que ocultar. Allí todos llevan sus verdaderos nombres.

—Nadie puede hacer daño a los muertos —dijo Arren, sombrío.

—Pero no es sólo allí, no sólo en la muerte, donde la gente recobra sus nombres. Aquellos que pueden ser más dañados, los más vulnerables, aquellos que han dado amor, y no lo piden de vuelta: ésos se llaman unos a otros por sus nombres. Los fieles de corazón, los capaces de dar vida… Pero estás rendido, hijo. Échate y duerme. No hay nada que hacer ahora, salvo mantener el rumbo toda la noche. Y en la mañana veremos la última isla del mundo.

En la voz del mago había una extrema gentileza. Arren se acurrucó en la proa y al instante el sueño empezó a invadirlo. Oyó que el mago entonaba un cántico en voz muy queda, casi un murmullo, no en lengua hárdica sino en el Habla de la Creación; y cuando empezaba al fin a comprender, y a recordar lo que las palabras significaban, justo antes de comprenderlas, se quedó dormido.

En silencio el mago guardó el pan y la carne, inspeccionó las líneas, puso todo en orden en la barca, y luego, tomando el cabo de guía de la vela en la mano y sentándose en la bancada de popa, puso en la vela el fuerte viento de magia. Incansable, *Miralejos* enfiló hacia el norte, una flecha sobre el mar.

Miró a Arren, el rostro dormido del muchacho iluminado por el oro rojo del largo crepúsculo, la áspera cabellera movida por el viento. Ya no era el adolescente de aspecto delicado, sereno y principesco que pocos meses antes lo aguardara sentado junto a la fuente de la Casa Grande; éste era un rostro más delgado, más duro y mucho más fuerte. Pero no menos hermoso.

—No he encontrado a nadie que me siguiera en mi camino —dijo Ged el Archimago en voz alta, hablándole al joven dormido, o quizá al viento hueco—. A nadie más que a ti. Y tú has de seguir tu camino, no el mío. Sin embargo, tu reino, en parte, será también mi reino. Porque yo te reconocí, ¡yo fui el primero en reconocerte! Y más me alabarán por esto en los días del futuro que por todas mis hazañas de magia… Si hay días en el futuro. Porque ante todo tenemos que encontrar el punto de Equilibrio, el centro pendular del mundo. Y si yo caigo, caerás tú, y todo el resto… Por un tiempo, por un tiempo. No hay oscuridad que dure eternamente. Y aún allí, hay estrellas… Oh, cuánto me gustaría verte coronado en Havnor, y el sol resplandeciendo sobre la Torre de la Espada, y sobre el Anillo que para ti trajimos de Atuan, desde las tumbas tenebrosas, Tenar y yo, ¡antes aún que tú nacieras!

Rió, y volviéndose de cara al norte, dijo entre dientes en la lengua común: —¡Un cabrerizo sentando en el trono al heredero de Morred! ¿No aprenderé nunca?

Luego, siempre con el cabo de guía en la mano y la vela henchida

y roja a los últimos resplandores del poniente, habló otra vez en voz baja: —Ni en Havnor quisiera estar, ni en Roke. Es tiempo de acabar con el poder. De abandonar los juguetes viejos y seguir andando. Es tiempo de que vuelva a casa. Quisiera ver a Tenar. Quisiera ver a Ogion, y hablar con él antes de que muera, en la casa de los acantilados de Re Albi. Ardo en deseos de caminar por la montaña, la montaña de Gont, por los bosques en otoño, cuando las hojas brillan. No hay ningún reino que pueda compararse a los bosques. Es tiempo de que vaya allí, de que vaya en silencio, solo. Y acaso allí aprenda al fin lo que ninguna acción, ningún arte, ningún poder puede enseñarme, lo que nunca he aprendido.

El poniente entero estallaba en rojas llamaradas de furia y de gloria, y el mar se teñía de púrpura, y la vela en lo alto brillaba como la sangre; y luego cayó silenciosa la noche. Toda esa noche el muchacho durmió y el hombre veló, mirando adelante, escrutando la oscuridad. No había estrellas.

11. Selidor

Por la mañana, al despertar, Arren vio delante de la barca, brumosas y bajas en el oeste azul, las costas de Selidor.

En el Palacio de Berila había viejos mapas, trazados en los tiempos de los Reyes, cuando los mercaderes y los exploradores navegaban más allá de las Comarcas Interiores y los Confines eran mejor conocidos. Un gran mapa del Norte y el Oeste se extendía a lo largo de dos paredes de mosaico en la sala del trono, con la isla de Enlad, en oro y gris, sobre la cabecera del trono. Arren lo veía ahora con el ojo de la mente como lo había visto miles de veces en la niñez y la adolescencia. Al norte de Enlad estaba Osskil, y al oeste de Osskil, Ebosskil, y al sur de éste, Semel y Paln; y allí se terminaban las Comarcas Interiores, y en el mosaico de un pálido verdeazul no había nada más que mar vacío, con la diminuta figura de una ballena o un delfín puesta aquí y allá. Por fin, pasando el ángulo en el que el muro del Norte se encontraba con el muro del Oeste, aparecía Narveduen, y más allá de ella tres islas menores. Y luego otra vez mar, y mar vacío, mar y mar; hasta el borde mismo de la pared, y el contorno del mapa, donde emergía Selidor, y más allá la nada.

La recordaba vívidamente, la forma curva, la ancha bahía en el corazón de la isla, abriéndose en un estrecho hacia el levante. No habían llegado aún tan al norte, pero ahora enfilaban hacia una cala profunda, en el cabo más meridional de la isla, y allí, mientras el sol estaba todavía bajo, velado por la bruma de la mañana, bajaron a tierra.

Así concluyó la larga travesía desde las Rutas de Balatrán hasta la Isla Occidental. La inmovilidad del suelo les pareció extraña, cuando vararon la barca en la arena y después de tanto tiempo pisaron tierra firme.

Ged escaló una duna baja coronada de hierbas, cuya cresta se inclinaba sobre la pendiente, consolidada en cornisas por las duras raíces de los pastos. Cuando llegó a la cima se detuvo, atisbando el este y el norte. Arren se había demorado en la barca para ponerse los zapatos, que no usaba desde hacía muchos días; sacó luego la espada de la caja de herramientas y se la puso al cinto, esta vez sin preguntarse si debía o no debía hacerlo. Luego subió a reunirse con Ged y contemplar el paisaje.

Las dunas, bajas y herbosas, se sucedían tierra adentro en una franja de media milla de ancho; luego había lagunas, con una espesa vegetación de juncos y cañaverales, y más allá se extendían las lomas, pardo-amarillentas y desiertas, hasta perderse de vista. Hermosa y desolada era Selidor. Nada indicaba que allí trabajara o habitara algún

hombre. No se veía ninguna bestia, y en los lagos tupidos de cañaverales no había bandadas de gaviotas, ánades silvestres o algún otro pájaro.

Bajaron la cuesta interior de la duna, y del otro lado, aislado del ruido de las rompientes y el silbido del viento por el inclinado muro de arena, todo estaba en silencio.

Entre esa primera duna, la más próxima al mar, y la siguiente había una cañada de arena límpida, en cuya cuesta occidental resplandecía el sol cálido de la mañana.

—Lebannen —dijo el mago, porque ahora usaba el nombre verdadero de Arren—, anoche no he podido dormir, y ahora necesito descansar. Quédate conmigo y vigila. —Se tendió al sol, porque a la sombra hacía frío, se puso un brazo sobre los ojos, suspiró, y se durmió. Arren se sentó a su lado. No alcanzaba a ver nada más que las barrancas blancas de la cañada y las hierbas de la cima de la duna que se encorvaban contra el azul brumoso del cielo y el sol amarillo. No se oía otro ruido que el murmullo apagado del oleaje, y de vez en cuando una ráfaga de viento desplazaba las partículas de arena con un débil cuchicheo.

Arren vio, volando muy alto, lo que hubiera podido ser un águila; pero no era un águila. Describió un amplio círculo, y arqueándose como un halcón, se lanzó en picada con el trueno y el silbido estridente de las doradas alas desplegadas. Se posó sobre las enormes zarpas en la cresta de la duna. Contra el sol, la gran testa era negra, con reflejos de fuego.

El dragón reptó un corto trecho cuesta abajo, y habló: —Agni Lebannen —dijo.

Irguiéndose entre él y Ged, Arren respondió: —Orm Embar — y blandió la espada desnuda.

Ahora no la sentía pesada. El pomo bruñido parecía ajustarse al hueco de la mano. La hoja había salido ligera, impaciente, de la vaina. El poder y aun la vejez del arma lo favorecían, porque ahora sabía qué uso darle. Era su espada.

El dragón habló otra vez, pero Arren no pudo comprenderlo. Volviendo la cabeza, echó una mirada a Ged, que no había despertado a pesar de todo aquel estrépito, y dijo al dragón: —Mi señor está fatigado: duerme.

Al oír esas palabras Orm Embar se arrastró serpeando hasta el fondo de la cañada. Era pesado en tierra, no ligero y libre como en el aire, pero había una gracia siniestra en la lentitud con que desplazaba las enormes zarpas y enroscaba la espinosa cola. Una vez en el fondo, replegó las patas debajo de él, alzó la testa poderosa y se quedó inmóvil: como un dragón grabado en el yelmo de un guerrero. Arren sentía el peso de la mirada amarilla y el ligero olor a quemado que

flotaba alrededor de la criatura. No era un olor a carroña; seco y metálico, armonizaba con los efluvios del mar y de la arena salina: un olor limpio, salvaje.

El sol en pleno ascenso le bañaba los flancos y Orm Embar resplandecía como un dragón esculpido en hierro y oro.

Y Ged aún dormía, distendido, tan poco consciente del dragón como un labriego que duerme sin acordarse de su perro.

Así pasó una hora, y Arren, despertando con un sobresalto, advirtió que el mago estaba sentado junto a él.

—¿Tanto te has acostumbrado a los dragones que ya te duermes entre sus zarpas? —dijo Ged, y se rió y bostezó. Luego, levantándose, le habló a Orm Embar en la lengua de los dragones.

Antes de responder Orm Embar bostezó, también él, tal vez de sueño, o acaso desafiando a Ged. Pocos hombres han sobrevivido a este espectáculo: las hileras de dientes blanco-amarillentos largos y afilados como dagas, la lengua bífida, de un rojo ígneo y dos veces más larga que el cuerpo de un hombre, la caverna humeante de las fauces.

Orm Embar habló, y Ged se disponía a responder cuando los dos se volvieron de pronto para mirar a Arren. Habían oído, claro en el silencio, el murmullo hueco del acero contra la vaina. Arren tenía los ojos fijos en la cresta de la duna, y la espada alerta en la mano.

Allá arriba, clara y radiante a la luz del sol, las ropas agitadas por la brisa, se recortaba la silueta de un hombre. Inmóvil como una figura esculpida, excepto aquel suave revuelo de la orla y la capucha del ligero albornoz. Los cabellos, largos y negros, le caían en una masa de bucles relucientes; era ancho de hombros y alto, un hombre vigoroso y bien plantado. Parecía mirar más allá de ellos, hacia el mar. Sonrió.

—Conozco a Orm Embar —dijo—. Y también te reconozco a ti, Gavilán, pese a que has envejecido desde la última vez que nos vimos. Me dicen que ahora eres Archimago. Te has hecho famoso, además de viejo. Y tienes contigo a un joven servidor: un aprendiz de mago, sin duda, uno de los que aprenden sabiduría en la Isla de los Sabios. ¿Qué hacéis aquí los dos, tan lejos de Roke y de los muros invulnerables que protegen a los Maestros de todo mal?

—Hay una grieta en muros más grandes que aquéllos —dijo Ged, apretando la vara con ambas manos y alzando los ojos hacia el hombre—. Mas ¿no vendrás a nosotros en carne y hueso, para que podamos saludar a quien tanto tiempo hemos buscado?

—¿En carne y hueso? —dijo el hombre, y volvió a sonreír—. ¿Acaso cuenta tanto la mera carne, el cuerpo, la carne cruda, entre dos magos? No, encontrémonos de mente a mente, Archimago.

—Eso, creo, no podemos hacer. Hijo, baja tu espada. No es más

que un espectro, una apariencia, no un hombre de verdad. Tanto te valdría esgrimir tu acero contra el viento. Allá en Havnor, cuando tus cabellos eran blancos, te llamaban Araña. Pero ése no era más que un nombre común. ¿Cómo hemos de llamarte cada vez que te encontremos?

—Me llamaréis Señor —dijo la alta figura desde la cresta de la duna.

—Bien. ¿Y qué más?

—Rey y Maestro.

Al oír eso Orm Embar silbó, un silbido estridente y horrendo, y los ojos enormes le centellearon; sin embargo volvió la cabeza para evitar la mirada del hombre, y se hundió acurrucado en el mismo sitio, como si no pudiera moverse.

—¿Y dónde te encontraremos, y cuándo?

—En mi dominio, y cuando a mí me plazca.

—Muy bien —dijo Ged, y levantando la vara la agitó un momento apuntando a la alta figura, y el hombre desapareció, como la llama de una bujía apagada de un soplo.

Arren clavaba los ojos en la arena, y el dragón se irguió poderosamente sobre las cuatro patas ganchudas, la coraza de malla tintineando como el acero, los labios contraídos sobre los dientes afilados. Pero el mago se apoyó otra vez sobre la vara.

—Era sólo un espectro. Una manifestación o una imagen del hombre. Puede hablar y oír, pero no hay en él ningún poder, salvo el que nuestro miedo pueda prestarle. Y ni siquiera en apariencia es fiel a la realidad. No lo hemos visto como es ahora, me temo.

—¿Suponéis que está cerca de aquí?

—Los espectros no cruzan las aguas. Está en Selidor. Pero Selidor es una isla grande: más ancha que Roke o Gont, y casi tan larga como Enlad. Es posible que tengamos que buscarlo durante un largo tiempo.

Entonces el dragón habló. Ged escuchó, y se volvió a Arren. —Así ha hablado el Señor de Selidor: «He regresado a mi tierra y no la abandonaré. Encontraré al Destructor y os llevaré hasta él, para que juntos podamos aniquilarlo». ¿Y no he dicho yo que lo que un dragón busca, lo encuentra?

Y Ged hincó una rodilla en tierra ante la enorme criatura, como un vasallo ante su rey, y le dio las gracias en hárdico. El aliento del dragón, tan cercano, era como un fuego sobre la cabeza inclinada de Ged.

Orm Embar arrastró una vez más cuesta arriba la escamosa mole de su cuerpo, batió las alas, y se elevó en el aire.

Ged se sacudió la arena de las ropas y le dijo a Arren: —Ahora me has visto de rodillas. Y quizá me verás así una vez más, antes del fin.

Arren no le preguntó qué quería decir; en aquel largo viaje

compartido había aprendido que siempre había alguna razón en la reserva del mago. Sin embargo, le pareció que aquellas palabras eran un mal augurio.

Escalaron de nuevo la duna para volver a la playa y asegurarse de que la barca estaba a buen resguardo de las mareas y la tempestad, y recoger de ella capotes para la noche y los víveres que les quedaban. Ged se detuvo un instante junto a la proa delgada que durante tanto tiempo lo llevara tan lejos por mares extraños; puso la mano sobre ella, pero no echó ningún sortilegio ni pronunció ninguna palabra. Luego fueron una vez más tierra adentro, hacia el norte, hacia las colinas.

Caminaron todo el día, y al anochecer acamparon a la orilla de un río que descendía serpeando hacia los lagos y marismas sofocados por los cañaverales. Aunque era pleno verano soplaba un viento frío, un viento que venía del oeste, desde los innumerables piélagos vírgenes de tierras de la Mar Abierta. Una bruma velaba el cielo y ni una sola estrella brillaba sobre aquellas colinas que jamás conocieran la luz de una ventana, la lumbre de un hogar.

Arren despertó en la oscuridad. La pequeña hoguera se había apagado, pero una luna descendía hacia el poniente y alumbraba la tierra con una luz gris y brumosa. En el valle del río y en la falda de la colina había una gran multitud de hombres y mujeres, todos inmóviles, todos silenciosos, los rostros vueltos hacia Ged y Arren.

Arren no se atrevió a hablar, pero puso una mano sobre el brazo de Ged. El mago se despertó con un sobresalto y se incorporó diciendo: —¿Qué pasa? —Siguió la mirada de Arren y vio la muchedumbre silenciosa.

Todos vestían ropas oscuras, hombres y mujeres. En aquella luz débil, no era posible distinguir claramente los rostros, pero a Arren le pareció que entre los que estaban más cerca de ellos, del otro lado del arroyuelo, había algunos que conocía, aunque no hubiera podido decir quiénes eran.

Ged se levantó, dejando caer la capa. El rostro, el cabello, la camisa le brillaban con un pálido color plateado, como si la luz de la luna se concentrara en él. Extendió los brazos en un amplio ademán y dijo en voz alta: —¡Oh vosotros que habéis vivido, sed liberados! Rompo los lazos que os atan: *¡Anvassa mane harw pennodathe!*

Por un momento todos permanecieron inmóviles, aquella muchedumbre silenciosa, luego se volvieron lentamente, y pareció que caminaban hacia la penumbra gris, y desaparecieron.

Ged se sentó. Miró a Arren y posó una mano sobre el hombro del muchacho; el contacto era cálido y firme. —No hay nada que temer, Lebannen —dijo con una dulzura un tanto burlona—. Eran sólo los muertos.

Arren asintió, pese a que le castañeteaban los dientes y sentía el cuerpo helado.— ¿Cómo…? —comenzó, pero la mandíbula y los labios no le obedecieron.

Ged comprendió. —Han venido invocados por él. Esto es lo que él promete: vida eterna. Si él los llama, pueden retornar. Si él lo ordena, han de remontar las colinas de la vida aunque no puedan mover ni una brizna de hierba.

—Entonces… entonces, ¿él también está muerto?

Ged sacudió la cabeza, pensativo. —Los muertos no pueden llamar a los muertos de vuelta al mundo. No, tiene los poderes de un hombre vivo; y más… Pero si alguno pensaba acompañarlo, se ha burlado de ellos. No comparte esos poderes. Se ha asignado el papel de Rey de los Muertos; y no sólo de los muertos… Pero eran sólo sombras.

—No sé por qué les tengo miedo —dijo Arren con vergüenza.

—Les tienes miedo porque tienes miedo a la muerte, y con razón: porque la muerte es terrible, y hay que temerla —dijo el mago. Agregó leña al fuego, sopló las pequeñas ascuas bajo las cenizas, y una llama pequeña y brillante floreció sobre las ramas secas, una luz que reconfortó a Arren—. Y también la vida es una cosa terrible —dijo Ged—, y hay que temerla y glorificarla.

Los dos habían vuelto a sentarse, arrebujados en los capotes. Durante un rato permanecieron callados. Luego Ged habló, en tono grave: —Lebannen, cuánto tiempo seguirá hostigándonos, con espectros y sombras, es algo que no sé. Pero tú sabes a dónde irá él al fin.

—Al reino de las sombras.

—Sí. Entre ellas.

—Ahora las he visto. Iré con vos.

—¿Es la fe en mí lo que te impulsa? Puedes confiar en mi amor, pero no en mi fuerza. Porque creo que me he topado con un igual.

—Iré con vos.

—Pero si fuese derrotado, si mi poder y mi vida se agotaran, no podría guiarte de regreso; y solo no podrás regresar.

—Regresaré con vos.

Ante esas palabras Ged dijo: —Entras en la edad del hombre a las puertas de la muerte. —Y luego pronunció, en voz muy baja, aquella palabra o nombre con que el dragón había llamado dos veces a Arren: — Agni… Agni Lebannen.

Después de eso no volvieron a hablar y pronto el sueño los venció otra vez, y se echaron a dormir junto a la lumbre de la hoguera pequeña y efímera.

Llegó la mañana y reanudaron la marcha, rumbo al norte y al oeste; y esta vez por decisión de Arren, no de Ged, quien dijo: —Elige

tú nuestro camino; para mí todos son iguales.

Caminaban sin prisa; no tenían una meta, y esperaban alguna señal de Orm Embar. Siguieron la cadena de colinas más baja, la más exterior, casi constantemente con el océano a la vista. Los pastos eran cortos y secos, sin cesar zarandeados por el viento. A la derecha se elevaban las colinas doradas y desiertas, y a la izquierda se extendían las ciénagas salinas y el mar occidental. Una vez divisaron una bandada de cisnes en vuelo, muy lejos en el sur. Ninguna otra criatura viviente se les apareció en todo ese día. Una especie de fatiga medrosa, el cansancio de esperar lo peor, fue invadiendo a Arren a lo largo del camino. La impaciencia lo dominaba, y una cólera sorda. Al fin dijo, luego de horas de silencio:

—¡Esta tierra está tan muerta como el mismísimo reino de la muerte!

—No digas eso —replicó el mago con aspereza. Siguió caminando un momento y luego prosiguió, con una voz distinta—: Contempla esta tierra: mira alrededor de ti. Éste es tu reino, el reino de la vida. Ésta es tu inmortalidad. Observa las colinas, las colinas mortales. No son imperecederas. Las colinas con las hierbas vivas que crecen en ellas, y el agua que fluye por las vertientes. En el mundo entero, en todos los mundos, en toda la inmensidad del tiempo no hay otro río, otro arroyo que sea igual a uno de éstos, que surgen fríos de las entrañas de la tierra, donde no hay ojos que los vean, y que a través de la luz del sol y de las tinieblas corren hacia el mar. Profundas son las fuentes del ser, más profundas que la vida, que la muerte…

Calló, pero en sus ojos, mientras miraba a Arren y las colinas bañadas por el sol, había un amor inmenso, inefable, atormentado. Y Arren vio eso, y viéndolo, lo vio a él, lo vio por primera vez, entero, tal como era.

—No puedo expresar lo que quiero —dijo Ged con tristeza.

Pero Arren pensó en aquella primera hora en el Patio de la Fuente, en el hombre que se arrodillaba al pie de manantial; y la alegría, límpida como el agua que recordaba, brotó de pronto en él. Miró a su compañero y dijo: —He dado mi amor a lo que es digno de amor. ¿No es eso el reino, y la fuente imperecedera?

—Sí, muchacho —dijo Ged, con dulzura, y con dolor.

Siguieron andando juntos y en silencio. Pero Arren veía ahora el mundo con los ojos de su compañero, veía el vivo esplendor que se revelaba en torno de ellos en aquella tierra silenciosa y desolada (como por un poder de encantamiento que sobrepasaba a cualquier otro) en cada brizna de hierba encorvada por el viento, en cada sombra, en cada piedra. Así acontece cuando uno ve por última vez un lugar querido, antes de emprender un viaje sin retorno: lo ve entonces por completo y tal como es, y más querido aún, como no lo ha visto

nunca y nunca volverá a verlo.

A medida que se acercaba la noche las nubes se elevaban en hileras apretadas desde el oeste, traídas por los grandes vientos marinos, y llameaban delante del sol, enrojeciendo el ocaso. Mientras recogía leña menuda en el valle de un arroyo, en aquella luz purpúrea, Arren alzó los ojos y vio a un hombre de pie, a menos de diez pasos. La cara del hombre era borrosa y extraña, pero Arren lo reconoció: el Tintorero de Lorbanería, Sopli, que había muerto.

Más atrás había otros, todos con caras tristes, de mirada inmóvil. Parecían hablar, pero Arren no alcanzaba a oír las palabras, sólo una especie de murmullo arrastrado por el viento del oeste. Algunos avanzaban lentamente hacia él.

Se irguió y los miró, y otra vez miró a Sopli; y luego les volvió la espalda, y se agachó, y a pesar de que le temblaban las manos, recogió otra rama seca de las malezas. La agregó a las demás, y recogió otra, y otra. Luego se enderezó y se volvió. No había nadie en el valle, sólo aquella luz purpúrea que ardía sobre el pasto. Fue a reunirse con Ged, depositó la carga en el suelo, y nada dijo de lo que había visto.

Toda la noche, en la brumosa oscuridad de aquella comarca huérfana de almas vivientes, cada vez que despertaba de un sueño entrecortado, oía alrededor aquel cuchicheo de las almas de los muertos. Se dominaba, decidía no escuchar, y volvía a dormirse.

Tanto él como Ged despertaron tarde, cuando el sol, ya un palmo por encima de las colinas, salía al fin de la niebla e iluminaba la tierra fría. Mientras comían la frugal colación matutina llegó el dragón, girando en el aire sobre ellos. Echaba fuego por las fauces, y humo y chispas por los ollares rojos; los dientes le brillaban como dagas de marfil en aquel resplandor espeluznante. Nada dijo, sin embargo, pese a que Ged lo saludó, gritándole en su lengua:

—¿Lo has encontrado, Orm Embar?

El dragón echó la cabeza hacia atrás y arqueó el cuerpo de una manera extraña, rasgando el aire con las zarpas filosas. Luego se remontó en vuelo veloz hacia el oeste, volviéndose para mirarlos mientras se alejaba.

Ged empuñó la vara y la golpeó contra el suelo. —No puede hablar —dijo—. ¡No puede hablar! Le han quitado las palabras de la Creación, dejándolo como una culebra, un gusano sin lengua, con una sabiduría muda. ¡Pero aún puede guiarnos, y nosotros podemos seguirlo! —Echándose los morrales sobre los hombros, emprendieron la marcha hacia el oeste a través de las colinas, la dirección en que volara Orm Embar.

Ocho millas o más anduvieron, sin aminorar el paso rápido y sostenido del principio. Ahora el mar se extendía a ambos lados, y seguían el dorso de una larga cadena descendente que atravesaba

cañaverales secos y lechos de arroyos serpeantes, e iba a morir en una playa que se adentraba en el mar, de arena de color marfil. Era el cabo más occidental de todas las islas, el último confín de la tierra.

Orm Embar yacía agazapado sobre esa arena de marfil, la cabeza gacha como un gato enfurecido, respirando en jadeantes bocanadas de fuego. A cierta distancia, entre él y las largas y bajas rompientes del mar, se alzaba algo que parecía una cabaña o una choza, blanca, construida con maderas descoloridas por el tiempo y la intemperie. Pero no había despojos de naufragios en esa playa, que no miraba hacia ninguna otra tierra. Cuando se acercaron, Arren vio que aquellas paredes destartaladas estaban construidas con huesos enormes: huesos de ballena, pensó en el primer momento, y entonces vio los triángulos blancos, filosos como cuchillos y supo que eran huesos de dragón.

La luz del sol que se reflejaba sobre el mar centelleaba a través de las grietas entre hueso y hueso. El dintel de la puerta era un fémur más largo que un hombre, coronado por una calavera humana que contemplaba con ojos vacíos las colinas de Selidor.

Allí se detuvieron, y en el momento en que alzaban los ojos hacia la calavera, un hombre apareció en el quicio de la puerta. Llevaba una armadura de bronce dorado, de los días antiguos, y con rajaduras, como si la hubieran golpeado con un hacha; la vaina recamada de la espada estaba vacía. El rostro, de cejas negras y arqueadas y nariz afilada, tenía una expresión grave; los ojos eran oscuros, penetrantes y tristes. Tenía heridas en los brazos, y en la garganta y el flanco; ya no sangraban, pero eran heridas mortales. Estaba muy erguido y quieto, y los miraba.

Ged dio un paso hacia él. Así, frente a frente, se parecían un poco.

—Tú eres Erreth-Akbé —dijo Ged. El otro lo seguía mirando, y asintió una vez con un gesto, pero no habló.

—Aun tú, aun tú tienes que obedecerle. —Había furia en la voz de Ged—. ¡Oh mi señor, el mejor y el más valiente de todos nosotros, descansa en tu honra y en tu muerte! —Y Ged alzó las manos y luego las bajó en un amplio ademán, diciendo una vez más las palabras que pronunciara ante la muchedumbre de los muertos. Por un momento, sus manos dejaron en el aire una ancha estela luminosa. Cuando la luz se desvaneció, también el hombre de la armadura se había desvanecido, y sólo el sol resplandecía sobre la arena donde él había estado.

Ged golpeó con su vara la cabaña de huesos, y ésta se desmoronó y desapareció. No quedó nada en ella, excepto una enorme costilla clavada en la arena.

Se volvió a Orm Embar: —¿Es aquí, Orm Embar? ¿Es éste el sitio?

El dragón abrió la boca y emitió un largo siseo, jadeante.

—Aquí, en la última orilla del mundo, sí, está bien. —Y

sosteniendo la negra vara de tejo en la mano izquierda, Ged abrió los brazos y habló. Y aunque habló en la Lengua de la Creación, Arren comprendió al fin, como por fuerza ha de comprender todo aquel que oiga esa invocación, ya que tiene poder sobre todas las cosas.—¡Ahora te invoco a ti y en este lugar, mi enemigo, ante mis ojos y en tu carne, y por la palabra que no será pronunciada hasta el fin de los tiempos, te conmino a venir!

Pero en vez de pronunciar el nombre de aquél a quien invocaba, Ged sólo dijo: Mi enemigo.

Siguió un silencio, como si hasta los ruidos del mar se hubiesen extinguido. A Arren le pareció que el sol se debilitaba y empañaba, aunque estaba alto aún, en un cielo claro. Y de pronto, como si miraran a través de un vidrio oscuro, una sombra descendió sobre la playa; y delante de Ged la sombra se espesó, y era difícil ver qué había allí. Era como si no hubiese nada allí, nada en que la luz pudiera posarse, ninguna forma.

De esa oscuridad surgió de pronto un hombre. Era el mismo hombre que habían visto en la cresta de la duna, de cabellos negros y de brazos largos, alto y esbelto. Ahora tenía en la mano una larga vara o espada de acero, con runas grabadas todo a lo largo y la inclinó hacia Ged cuando lo enfrentó. Pero había algo extraño en sus ojos, como si, deslumbrados por el sol, no pudieran ver.

—Vengo —dijo— como se me antoja y a mi manera. Tú no puedes invocarme, Archimago. Yo no soy una sombra. Estoy vivo. ¡Sólo yo estoy vivo! Tú crees estarlo, pero te estás muriendo, muriendo. ¿Sabes qué es esto que tengo en la mano? Es la vara del Mago Gris: el que silenció a Nereger, el Maestro de mi arte. Pero ahora el Maestro soy yo. Y ya me he cansado de jugar contigo. —Y al decir esto blandió repentinamente la hoja de acero para alcanzar a Ged, que lo miraba como si no pudiera moverse, y no pudiera hablar. Arren estaba a sólo un paso detrás de él, empeñado en actuar; pero ni siquiera podía llevar la mano al pomo de la espada, y se había quedado sin voz.

Mas, por encima de Ged y de Arren, por encima de sus cabezas, enorme y llameante, el poderoso cuerpo del dragón se contorsionó en un salto, y se precipitó con toda su fuerza sobre el hombre, y la hoja de acero hechizada le entró cuan larga era en el pecho acorazado. El dragón se derrumbó sobre el hombre, y lo aplastó y lo quemó.

Levantándose de la arena, arqueando el lomo y batiendo las grandes alas membranosas, Orm Embar aulló vomitando goterones de fuego. Intentó volar pero no podía volar. Maligno y frío, el metal le traspasaba el corazón. Se acurrucó en la arena, y la sangre empezó a manarle a borbotones de la boca, negra, venenosa y humeante, y el fuego ardió en sus ollares hasta que quedaron convertidos en pozos de

cenizas. Al fin inclinó la cabeza sobre la arena.

Así murió Orm Embar, allí donde pereciera su antepasado Orm, sobre la osamenta de Orm enterrada en la arena.

Pero allí, en el sitio en que aplastara a su enemigo, quedaba una cosa horrible y arrugada, como el cuerpo de una gran araña que se ha secado en la tela. Había sido quemada por el aliento del dragón, estrujada por sus zarpas. Sin embargo, mientras Arren la observaba, la cosa se movió. Se alejó del dragón, arrastrándose.

La cara se alzó hacia ellos. No quedaba en ella ningún encanto, sólo ruina, vejez que había sobrevivido a la vejez. La boca se le había marchitado, las cuencas de los ojos estaban vacías, y desde hacía mucho tiempo. Así Ged y Arren vieron por fin la cara viva del enemigo.

Se volvió. Los brazos calcinados, ennegrecidos, se tendieron envueltos en una sombra apretada, aquella misma sombra que se expandía y velaba la luz del sol. Entre los brazos del Destructor era como una arcada o un portal, aunque borrosa y sin contornos; y del otro lado no había ni arena pálida ni océano, sino una larga pendiente de oscuridad que se perdía en las tinieblas.

Por ese boquete entró la forma aplastada y rastrera, y en el momento en que llegó a la oscuridad, pareció erguirse súbitamente, y avanzar con rapidez; y desapareció.

—Ven, Lebannen —dijo Ged, posando la mano derecha sobre el brazo del muchacho, y juntos se encaminaron hacia la tierra yerma.

12. La Tierra Yerma

En la mano del mago, la vara de madera de tejo brillaba en la monótona y ominosa oscuridad con destellos de plata. Otro tenue centelleo atrajo la mirada de Arren: un resplandor de luz a lo largo del filo desnudo de la espada que llevaba en la mano. Cuando la muerte del dragón había roto el hechizo, Arren había desenvainado la espada, allí, en la playa de Selidor. Y aquí, pese a no ser nada más que una sombra, era una sombra viviente, y llevaba la sombra de la espada.

No había ninguna otra luz. Era como la nubosa penumbra de un anochecer de fines de noviembre, de aire hosco, frío, neblinoso, que permitía ver, mas no con claridad ni a lo lejos. Arren conocía este paraje, los páramos y yermos de sus sueños desesperanzados, pero le parecía estar más lejos, inmensamente más lejos que en cualquiera de sus sueños. No podía distinguir nada con claridad, excepto que él y su compañero estaban detenidos en la ladera de una colina, y que delante de ellos había un muro de piedra, no más alto que la rodilla de un hombre.

Ged seguía con la mano derecha apoyada en el brazo de Arren. Echó a andar, y Arren marchó con él; pasaron al otro lado del muro.

Informe, la larga pendiente se perdía delante de ellos, descendiendo a la oscuridad.

Pero en lo alto, donde Arren esperaba ver una espesa techumbre de nubes, el cielo era negro, y había estrellas. Las miró, y sintió como si se le encogiera el corazón, pequeño y frío, dentro del pecho. Jamás había visto estrellas como ésas. Brillaban inmóviles, sin parpadear. Eran las estrellas que no salen ni se ponen, que ninguna nube puede ocultar, que ninguna aurora hará palidecer. Pequeñas e inmóviles brillan sobre la tierra yerma.

Ged bajó por la colina del otro lado del muro de la vida y Arren lo acompañó paso a paso. Había terror en él, pero estaba tan resuelto y decidido que no lo gobernaba el miedo, y ni siquiera lo tenía muy en cuenta: era sólo como si algo gimiera muy dentro de él, como un animal encerrado en un cubículo y encadenado.

El descenso de aquella ladera de la colina parecía interminablemente largo; pero quizá fuera corto: porque no había tiempo allí, donde ningún viento soplaba, y las estrellas no se movían. Por fin desembocaron en las calles de una de esas ciudades que hay allí, y Arren vio las casas en cuyas ventanas jamás se enciende una luz, y de pie en algunos portales, con los rostros quietos y las manos vacías, los muertos.

Las plazas de los mercados estaban todas desiertas. En aquel lugar no había venta ni compra, ni ganancia y desembolso. No se utilizaba

nada; no se producía nada. Ged y Arren caminaban solitarios por las calles estrechas, aunque de vez en cuando, en alguna esquina, veían otra figura lejana y apenas visible en la oscuridad. En el primero de esos encuentros Arren se sobresaltó y desenvainó la espada, pero Ged meneó la cabeza y siguió andando. Arren vio entonces que la figura era una mujer que caminaba lentamente y no huía de ellos.

Todos aquellos que veían —no muchos, porque aunque muchos son los muertos, inmensa es la comarca— estaban inmóviles o se desplazaban lentamente y sin rumbo. Ninguno de ellos parecía herido, como el espectro de Erreth-Akbé invocado a la luz del día en el lugar donde había muerto. No había en ellos rasgo alguno de enfermedad. Estaban intactos, y curados. Curados del dolor, y de la vida. No eran repulsivos, como había temido Arren, ni aterradores como había imaginado. Tenían rostros apacibles, libres de la cólera y el deseo, y en sus ojos sombríos no había ninguna esperanza.

En vez de miedo, entonces, una inmensa piedad despertó en el corazón de Arren, y si había en ella un fondo de miedo, no era por él mismo, era por todos nosotros. Porque veía a la madre y al niño que habían muerto juntos, y juntos estaban en la tierra oscura; pero el niño no corría ni lloraba, y la madre no lo tenía en brazos, ni siquiera lo miraba. Y aquellos que habían muerto por amor se cruzaban en las calles sin verse.

El torno del alfarero estaba inmóvil, el telar vacío, el horno frío. Ninguna voz cantaba, jamás.

Las calles oscuras se sucedían entre las casas oscuras, y ellos las atravesaban. No se oía más ruido que el de sus pasos. Hacía frío. Arren no había notado ese frío al principio, pero era un frío que se le escurría en el espíritu, que allí era también su carne. Se sentía muy cansado. Debía de haber recorrido un largo camino. ¿Para qué seguir?, pensó, y sus pasos se hicieron un poco más lentos.

De improviso Ged se detuvo, volviéndose para enfrentar a un hombre que estaba en el cruce de dos calles. Era alto y esbelto, con una cara que Arren creía haber visto antes, pero no recordaba dónde. Ged le habló, y ninguna otra voz había roto el silencio desde que cruzaran el muro de las piedras: —¡Oh Thorion, amigo mío, cómo has venido aquí!

Y tendió ambas manos al Invocador de Roke.

Thorion no respondió ni con un gesto. Siguió inmóvil, inmóvil también el semblante; pero la luz plateada de la vara de Ged rasgó las sombras profundas de los ojos del Invocador, encendiendo en las pupilas una pequeña luz, o encontrándola. Ged tomó la mano que no se le ofrecía, y dijo una vez más: —¿Qué haces tú aquí, Thorion? Tú aún no eres de este reino. ¡Vuélvete!

—He seguido al que no muere. Y perdí mi camino. —La voz era

queda y sorda, como la de un hombre que habla en sueños.

—Cuesta arriba: hacia el muro —dijo Ged, señalando el camino que él y Arren habían recorrido, la larga y oscura calle descendente. Un temblor estremeció la cara de Thorion, como si de pronto una esperanza lo hubiese atravesado de lado a lado, una espada intolerable.

—No puedo encontrar el camino —dijo—. Mi señor, no puedo encontrar el camino.

—Tal vez lo encuentres —dijo Ged, y lo abrazó, y echó a andar otra vez. Detrás de él, en el cruce, Thorion continuaba inmóvil.

A medida que avanzaba le parecía a Arren que en aquella penumbra intemporal no había en verdad ninguna dirección, adelante o atrás, este u oeste, no había ningún camino por donde ir. ¿Habría una salida? Pensaba en cómo habían bajado la colina, siempre descendiendo, incluso en los recodos. Y en la ciudad oscura las calles descendían aún, de modo que para regresar al muro de las piedras sólo tendrían que subir, y lo encontrarían en la cresta de la colina. Pero no se volvían. Lado a lado, avanzaban, avanzaban siempre. ¿Seguía él a Ged? ¿O lo guiaba?

Llegaron a las afueras de la ciudad. El campo de los muertos innumerables estaba vacío. Ni un árbol ni un espino, ni una brizna de hierba crecía en la tierra pedregosa bajo las estrellas que nunca se ponían.

No había horizonte, porque el ojo no alcanzaba a ver tan lejos en la penumbra; pero delante de ellos había una ancha franja de cielo sin aquellas estrellas diminutas e inmóviles, y en ese espacio sin estrellas el terreno era escabroso y empinado como una cadena montañosa. A medida que avanzaban, las formas parecían más nítidas; altos picos, que no azotaba ningún viento, ninguna lluvia. No había nieve que centelleara a la luz de las estrellas. Eran negros. Al verlos, a Arren se le encogió el corazón. Apartó los ojos. Pero él los conocía; los reconocía, y volvía a mirarlos; y cada vez que los miraba, un peso frío le agobiaba el pecho, y se sentía a punto de desfallecer. Pero seguía andando, siempre cuesta abajo, porque la tierra descendía en pendiente hacia el pie de la montaña. Al fin dijo: —Mi señor, ¿qué son…? —señaló las montañas, porque no pudo seguir hablando; tenía la garganta seca.

—Lindan con el mundo de la luz —respondió Ged— lo mismo que el muro de las piedras. No tienen otro nombre que Dolor. Hay un camino que las atraviesa. Está vedado para los muertos. No es largo. Pero es un amargo camino.

—Tengo sed —dijo Arren, y su compañero respondió:

—Aquí se bebe polvo.

Siguieron andando.

A Arren le parecía que su compañero avanzaba ahora con más lentitud y que por momentos vacilaba. Él mismo no sentía ya ninguna vacilación, aunque estaba cada vez más cansado. Era preciso que siguieran adelante, que continuaran descendiendo.

De vez en cuando atravesaban otras ciudades de los muertos, donde los tejados sombríos se alzaban en ángulos contra las estrellas, esas estrellas que brillaban eternamente en el mismo sitio. Después de las ciudades, reaparecían las tierras yermas, donde nada crecía, las tierras tenebrosas. Nada era visible, adelante o atrás, excepto las montañas cada vez más cercanas, gigantescas. A la derecha la pendiente informe se hundía en la oscuridad como desde que traspusieran, ¿cuánto tiempo hacía?, el muro de piedras. —¿Qué hay de este lado? —murmuró Arren porque deseaba oír el sonido de una voz, pero el mago meneó la cabeza:

—No sé. Puede que sea un camino sin fin.

En la dirección que seguían, el declive parecía cada vez menos pronunciado. El suelo rechinaba bajo los pies, áspero como polvo de lava. Y ellos avanzaban, avanzaban, y Arren ya no pensaba en el regreso, ni en cómo podrían volver atrás. Ni se le había ocurrido detenerse, pese a que se sentía muy cansado. Por un momento pretendió aclarar la yerta oscuridad, el cansancio y el horror que pesaban dentro de él, evocando la tierra natal; pero no pudo recordar cómo era la luz del sol, ni el rostro de su madre. No había más alternativa que seguir andando.

De pronto sintió el suelo llano bajo los pies; y a su lado Ged vaciló. Entonces él también se detuvo. Aquel largo descenso había terminado: ése era el fin; no había forma de seguir adelante, era inútil continuar.

Estaban en el valle directamente al pie de las Montañas del Dolor. Había rocas en el suelo, y peñascos alrededor, ásperos al tacto como la escoria, como si ese angosto valle pudiera ser el seco lecho de un antiguo río, o el curso de un río de fuego enfriado hacía mucho tiempo, nacido de los volcanes cuyos picos descollaban en las alturas, negros e inmisericordes.

Allí se detuvo, inmóvil, en el angosto valle de oscuridad, y Ged estaba inmóvil junto a él. Inmóviles los dos y sin rumbo, como los muertos, mirando hacia la nada, silenciosos. Arren pensó con un cierto temor: «Hemos venido demasiado lejos».

No parecía tener mucha importancia.

Ged repitió en voz alta el pensamiento de Arren: —Hemos venido demasiado lejos para volver atrás. —La voz era queda, pero tenía una resonancia que la lóbrega e inmensa oquedad de alrededor no apagó del todo, y Arren se reanimó un poco al oírla. ¿No habían ido hasta allí para encontrar a aquél a quien buscaban?

Una voz dijo en la oscuridad: —Habéis venido demasiado lejos.

Arren le respondió: —Sólo demasiado lejos es suficientemente lejos.

—Habéis venido hasta el Río Seco —dijo la voz—. Ya no podréis volver al muro de piedras. Ya no podréis volver a la vida.

—No por este camino —dijo Ged hablando a las tinieblas. Arren apenas alcanzaba a verlo, aunque estaban cerca uno del otro, pues la mole de las montañas ocultaba la mitad de la luz de las estrellas, y era como si la corriente del Río Seco fuese la oscuridad misma—. Pero nos enseñarás tu camino.

Ninguna respuesta.

—Aquí nos encontramos de igual a igual. Si tú estás ciego, Araña, nosotros estamos en la oscuridad.

Ninguna respuesta.

—Aquí ningún daño podemos hacerte. No podemos matarte. ¿Qué puedes temer?

—No tengo miedo —dijo la voz en la oscuridad. Luego lentamente, centelleando un poco como con esa luz que irradiaba a veces la cara de Ged, el hombre apareció a cierta distancia río arriba de Ged y Arren, entre las moles indistintas de las piedras. Era alto, ancho de hombros y de brazos largos, como la figura que se les había aparecido en la cresta de la duna y en la playa de Selidor, pero más viejo; el pelo blanco le caía en una espesa maraña sobre la frente alta. Así aparecía en espíritu, en el reino de la muerte, no mutilado, no consumido por el fuego del dragón; pero no intacto. Las cuencas de los ojos estaban vacías.

—No tengo miedo —dijo—. ¿Qué puede temer un hombre muerto? —Se rió. La carcajada sonó tan falsa y siniestra, allí en aquel angosto valle pedregoso bajo las montañas, que Arren se quedó un instante sin aliento. Pero empuñó la espada y escuchó.

—No sé qué podría temer un hombre muerto —respondió Ged—. No la muerte, por cierto. Sin embargo, parece que tú la temes. Has encontrado la forma de esquivarla.

.—Es verdad. Estoy vivo: mi cuerpo vive.

—No muy bien —dijo secamente el mago—. La ilusión puede ocultar la edad; pero Orm Embar no ha sido piadoso con ese cuerpo.

—Yo puedo repararlo. Conozco secretos para curar y rejuvenecer que no son meras ilusiones. ¿Por quién me tomas? ¿Porque a ti te llaman Archimago, me tomas a mí por un hechicero de aldea? ¡A mí, el único entre todos los magos que haya encontrado el Camino de la Inmortalidad, que ningún otro ha encontrado nunca!

—Tal vez no lo buscamos —dijo Ged.

—Lo buscasteis, sí. Todos vosotros. Lo buscasteis y no pudisteis encontrarlo, y entonces inventasteis sabios discursos sobre la

aceptación y el equilibrio, el equilibrio de la vida y de la muerte. Pero eran palabras, mentiras para ocultar vuestro fracaso… ¡vuestro miedo a la muerte! ¿Qué hombre no querría vivir eternamente, si pudiera? Y yo puedo. Yo soy inmortal. He hecho lo que tú no pudiste hacer, y por tanto soy tu amo; y tú lo sabes. ¿Te gustaría saber cómo lo hice, Archimago?

—Me gustaría.

Araña se acercó un paso. Arren observó que aunque no tenía ojos, no se movía como un hombre totalmente ciego; parecía saber con exactitud dónde estaban Ged v Arren, aunque en ningún momento volviera la cabeza hacia Arren. Tenía sin duda una segunda vista mágica, semejante al oído y la vista que tienen los espectros y las apariciones: algo capaz de percibir, aunque podía no ser un verdadero sentido de la vista.

—Fui a Paln —le dijo a Ged—, después de que tú, en tu orgullo, creíste que me habías humillado y enseñado una lección. ¡Oh, una lección me enseñaste, en verdad, pero no la que tú te proponías! Entonces me dije: He visto la muerte ahora, y no la aceptaré. Que toda la estúpida naturaleza siga su estúpido curso, pero yo soy un hombre, mejor que la naturaleza, superior a la naturaleza. ¡Yo no seguiré ese camino! ¡No dejaré de ser yo! Y así resuelto, me dediqué otra vez al estudio del Saber Pelniano, pero ahí sólo encontré alusiones e ideas fragmentarias de lo que yo necesitaba. Entonces retejí todo, lo recreé, y urdí un sortilegio… el más prodigioso de todos los sortilegios que jamás se inventaron. ¡El más prodigioso y el último!

—Y al obrar ese sortilegio, moriste.

—¡Sí! Morí. Tuve el coraje de morir, para descubrir lo que vosotros, cobardes, nunca pudisteis descubrir: el camino de regreso a la muerte. Abrí la puerta que había estado cerrada desde el comienzo del tiempo. Y ahora vengo libremente a este lugar, y libremente regreso al mundo de los vivos. Sólo yo, entre todos los hombres de todos los tiempos, soy el Señor de los dos Reinos. Y la puerta que he abierto, no está abierta sólo aquí, sino también en la mente de los vivos, en los abismos y lugares secretos de ellos mismos, allí donde en las tinieblas todos somos uno. Ellos lo saben, y vienen a mí. Y también los muertos han de acudir a mí, todos, porque yo no he perdido el poder mágico de los vivos: tienen que saltar por encima del muro de piedras cuando yo lo ordeno, todas las almas, los señores, los magos, las altivas mujeres; ir y venir, de la vida a la muerte, a mi orden. Todos tienen que venir a mí, los vivos y los muertos, ¡a mí, que he muerto y estoy vivo!

—¿Adónde vienen, Araña? ¿Dónde estás tú?

—Entre los mundos.

—Pero eso no es ni vida ni muerte. ¿Qué es la vida, Araña?

—Poder.

—¿Qué es el amor?

—Poder —repitió pesadamente el ciego, encorvando los hombros.

—¿Qué es la luz?

—¡Oscuridad!

—¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre.

—Todos en este reino llevan un nombre verdadero.

—¡Dime el tuyo, entonces!

—Yo me llamo Ged. ¿Y tú?

El ciego titubeó, y dijo: —Araña.

—Ése era tu nombre común, no tu nombre verdadero. ¿Dónde está tu nombre? ¿Dónde está tu verdad? ¿La dejaste en Paln, donde moriste? ¡De muchas cosas te has olvidado, oh Señor de los dos Reinos! Te has olvidado de la luz, y del amor, y de tu propio nombre.

—Ahora conozco el tuyo, y tengo poder sobre ti, Ged el Archimago… ¡Ged que fue Archimago mientras vivía!

—De nada te sirve mi nombre —dijo Ged—. Tú no tienes sobre mí ningún poder. Yo estoy vivo; mi cuerpo yace sobre la playa de Selidor, bajo el sol, sobre la tierra que gira. Y cuando ese cuerpo muera, aquí estaré: pero sólo en nombre, en nombre sólo, en sombra. ¿No comprendes? ¿No has comprendido nunca, tú, que a tantas sombras has llamado de entre los muertos, que has invocado todas las legiones de los difuntos, hasta a mi señor Erreth-Akbé, el más sabio de todos nosotros? ¿No has comprendido que él, sí, hasta él, no es nada más que una sombra y un nombre? Su muerte no ha disminuido la vida. Ni lo ha disminuido a él. Él está allá, ¡allá, no aquí! Aquí no hay nada, polvo y sombras. Allá están la tierra y la luz del sol, las hojas de los árboles, el vuelo del águila. Allá él está vivo. Y todos aquellos que un día murieron, viven aún; han vuelto a nacer y no tienen fin, ni habrá jamás un fin. Todos, salvo tú. Porque tú rechazaste la muerte. Has perdido la vida, has perdido la muerte para salvarte tú. ¡Tú! ¡Tu yo inmortal! ¿Qué es? ¿Quién eres tú?

—Yo soy yo. Mi cuerpo no se pudrirá ni morirá…

—Un cuerpo vivo sufre, Araña; un cuerpo vivo envejece, muere. La muerte es el precio que pagamos por nuestra vida, y por la vida toda.

—¡Yo no lo pago! ¡Yo puedo morir y en ese mismo instante vivir otra vez! ¡A mí no me pueden matar, soy inmortal, soy yo para siempre!

—¿Quién eres tú, entonces?

—El Inmortal.

—Di tu nombre.

—El Rey.

—Di mi nombre. Te lo he dicho hace un minuto apenas. ¡Di mi nombre!

—Tú no eres real. Tú no tienes nombre. Sólo yo existo.

—Tú existes, sin nombre, sin forma. No puedes ver la luz del día; no puedes ver la oscuridad. Vendiste la tierra verde y el sol y las estrellas para salvarte tú. Pero tú no eres tú. Todo cuanto vendiste, eso eras tú. Has dado todo por nada. Y ahora quieres atraer el mundo hacia ti, toda esa luz y la vida que perdiste, para llenar tu nada. Pero es imposible. Todos los cantos de la tierra, todas las estrellas del cielo no podrían llenar tu nada.

La voz de Ged resonaba como el hierro, allí en el valle frío al pie de las montañas, y el hombre ciego retrocedió, sobrecogido. Alzó el rostro, y la mortecina claridad de las estrellas lo iluminó; parecía llorar, pero sin una lágrima, pues no tenía ojos. Abría y cerraba la boca, llena de oscuridad, pero de ella no brotaban palabras, sólo un gemido ronco. Al fin dijo una palabra, formada a duras penas con los labios contraídos, y esa palabra era «Vida».

—Te daría la vida, Araña, si pudiera. Pero no puedo. Estás muerto. Pero puedo darte la muerte.

—¡No! —bramó el ciego, y luego dijo—: No, no… —y se dejó caer en el suelo sollozando, aunque sus mejillas seguían tan secas como el lecho pedregoso del río por el que sólo corría noche, no agua —. Tú no puedes. Nadie podrá liberarme, nunca. He abierto la puerta entre los mundos, y no puedo cerrarla. Nadie puede cerrarla. No volverá a cerrarse nunca más. Me llama, me atrae. Necesito volver a ella, necesito transponerla, y regresar aquí, al polvo y al frío y al silencio. Me aspira, me sorbe. No puedo alejarme de ella. No la puedo cerrar. Acabará por sorber la luz, toda la luz del mundo. Y todos los ríos serán semejantes al Río Seco. ¡No hay poder capaz de cerrar la puerta que yo he abierto!

Muy extraña era la mezcla de desesperanza y vindicación, de terror y vanidad, las palabras y la voz del ciego.

Ged sólo dijo: —¿Dónde está?

—Por allá. No lejos. Puedes ir. Pero no podrás hacer nada. No la podrás cerrar. Aunque en ese solo acto empeñaras y perdieras todo tu poder, no sería bastante. Nada es bastante.

—Puede ser —respondió Ged—. Pero si tú has elegido la desesperación, recuerda que nosotros todavía no. Condúcenos.

El ciego alzó el rostro, en el que luchaban visiblemente el miedo y el odio. Triunfó el odio.

—No quiero —dijo.

Arren se adelantó entonces, y dijo: —Querrás.

El ciego no se movió. El frío silencio y las tinieblas del reino de los muertos los envolvían, envolvían las palabras.

—¿Y tú quién eres?

—Mi nombre es Lebannen.

Ged habló: —Tú, tú que te llamas Rey, ¿no sabes quién es éste?

Otra vez Araña enmudeció. Luego habló, jadeando un poco: —Pero él está muerto… Estáis muertos los dos. No podéis volver atrás. No hay ninguna salida. ¡Estáis atrapados! —Y mientras hablaba la débil luz que lo envolvía se extinguió; y lo oyeron dar media vuelta en la oscuridad y echar a andar de prisa, alejándose de ellos, hacia las tinieblas.

—¡Dadme luz, mi señor! —gritó Arren, y Ged enarboló la vara por encima de su cabeza, dejando que la luz blanca desgarrase la arcana oscuridad, erizada de rocas y de sombras, por entre las que corría la alta figura encorvada, remontando el lecho pedregoso con un andar extraño, ciego y seguro a la vez. Detrás de él partió Arren, espada en mano; y detrás de Arren, Ged.

Arren pronto se alejó de su compañero, y la luz, ahora muy tenue, se interrumpía una y otra vez a causa de las rocas y las sinuosidades del lecho del río; pero el ruido de la marcha, la presencia invisible de Araña delante de él, eran guía suficiente. A medida que el camino se hacía más escabroso, Arren se aproximaba lentamente al hombre ciego. Iban escalando una garganta abrupta, atascada de piedras; próximo ya a su nacimiento, el Río Seco se estrechaba, serpeando entre riberas escarpadas. Las rocas se despeñaban bajo sus pies, y también bajo sus manos, porque se veían obligados a gatear. Arren adivinó el estrechamiento final de las orillas y abalanzándose de un salto llegó hasta Araña y lo aferró por el brazo, inmovilizándolo. Estaban en una especie de hoya rocosa de unos dos metros de ancho, que quizá fuera antaño un estanque, si alguna vez había corrido agua por allí; y encima de la hoya había un derrumbado peñasco de roca y escoria. En ese peñasco se abría un boquete negro, la fuente del Río Seco.

Araña no había intentado librarse de la mano que lo sujetaba. Se había quedado inmóvil, y la luz que se acercaba con Ged le iluminó el rostro, el rostro sin ojos que ahora se volvía hacia Arren. —Aquí es —dijo al cabo, mientras una especie de sonrisa se le formaba en los labios—. Éste es el sitio que buscas. ¿Lo ves? Aquí puedes resucitar. Basta con que me sigas. Vivirás en la inmortalidad. Seremos reyes juntos.

Arren miró el negro y seco manantial, el boquete polvoriento, el lugar en el que un alma muerta, arrastrándose dentro de la tierra y la oscuridad había nacido otra vez, muerta, y le pareció un sitio abominable, y dijo con voz áspera, tratando de vencer una náusea mortal: —¡Ciérrate!

—Se cerrará —dijo Ged, emergiendo junto a ellos: y ahora era él,

eran sus manos y su cara las que irradiaban aquella luz blanquísima, como si fuera una estrella caída a la tierra en esa infinita noche. Ante él se abría el manantial, el negro boquete de la puerta. Era ancha y cavernosa, pero si era o no profunda, no había modo de saberlo. Nada había allí en que la luz pudiera caer, nada que el ojo pudiese distinguir. Era el vacío. Del otro lado, ni luz ni oscuridad, ni vida ni muerte. La nada. Un camino que no conducía a ninguna parte.

Ged alzó las manos y habló.

Arren seguía sujetando el brazo de Araña; el ciego había apoyado la mano libre contra las rocas del acantilado. Los dos estaban mudos, paralizados por el poder del sortilegio.

Con toda la pericia de una larga vida de entrenamiento, y con toda la pujanza de su corazón, Ged se esforzaba por cerrar aquella puerta, por restituir la unidad del mundo. Y al conjuro de su voz, y las órdenes de sus manos, las rocas empezaron a acercarse una a otra penosamente, tratando de volver a unirse. Pero al mismo tiempo la luz se debilitaba, desaparecía de las manos y el rostro del mago, se extinguía en la vara de tejo hasta que sólo quedó un pequeño y tenue resplandor. A aquella débil luz Arren vio que la puerta estaba casi cerrada.

Bajo su mano, el ciego sintió el movimiento de la roca, cómo las piedras se juntaban y sintió también que el arte y el poder estaban agotándose en él, consumiéndose… Gritó, de pronto: —¡No! —y de un tirón se desprendió de la mano que lo sujetaba, y se abalanzó sobre Ged y lo inmovilizó en un ciego, poderoso abrazo. Derribándolo bajo su peso, cerró las manos alrededor de la garganta del mago a fin de estrangularlo.

Arren blandió entonces la espada de Serriadh, y la hoja descendió precisa y con fuerza sobre el cuello encorvado bajo la maraña de pelo.

El espíritu viviente tiene peso en el mundo de los muertos, y la sombra de la espada de Arren tenía filo. La hoja abrió una herida profunda, seccionando la espina dorsal del ciego. La sangre saltó a borbotones, negra a la luz de la espada.

Pero es en vano matar a un muerto; y Araña estaba muerto, muerto hacía muchos años. La herida se cerró, reabsorbiendo la sangre. El hombre ciego se irguió, muy alto, los largos brazos buscando a tientas a Arren, el rostro contraído de rabia y de odio: como si sólo ahora hubiese comprendido quién era su verdadero rival y enemigo.

Tan horrible fue verlo recobrarse de un golpe mortal, esta imposibilidad de morir, más horrible que cualquier agonía, que un frenesí de repulsión se apoderó de Arren, una furia demente. Blandiendo la espada asestó un nuevo golpe, un golpe implacable y terrible. Araña se desplomó con el cráneo partido en dos y el rostro

enmascarado de sangre, pero Arren se precipitó al instante sobre él, para golpear otra vez, antes que la herida se cerrase, para golpear hasta matar…

A su lado Ged, intentando ponerse de rodillas, pronunció una palabra.

Al sonido de la voz de Ged, Arren se detuvo como si una mano le hubiese aferrado la mano que empuñaba la espada. El ciego, que había empezado a levantarse, también quedó paralizado. Ged se puso de pie; se tambaleaba un poco. Cuando pudo mantenerse derecho, se volvió hacia el acantilado.

—¡Ciérrate y únete! —dijo con voz clara, y con la vara trazó una figura en líneas de fuego y a través de la grieta de las rocas: la Runa de Agnen, la runa que sella los caminos, la que se inscribe sobre las lápidas de las sepulturas. Y no quedó entonces brecha alguna ni hueco entre las piedras. La puerta se había cerrado.

El suelo de la Tierra Yerma tembló bajo los pies de los hombres, y el largo fragor de un trueno estremeció el cielo estéril e inmutable.

—Por la palabra que no será pronunciada hasta el fin de los tiempos, te he convocado. Por la palabra que fue dicha a la hora de la creación de las cosas, yo ahora te libero. ¡Libérate! —E inclinándose sobre el hombre ciego, caído de rodillas, Ged le habló en un murmullo al oído, bajo el blanco cabello enmarañado.

Araña se levantó. Miró lentamente alrededor. Miró a Arren, luego a Ged. No dijo nada pero los escrutó con ojos sombríos. No había dolor en su rostro, ni cólera, ni odio. Lentamente dio media vuelta, y se alejó cuesta abajo por el lecho del Río Seco, y pronto desapareció.

La luz se había apagado en la vara de tejo y en el rostro de Ged. Estaba allí de pie, en la oscuridad. Cuando Arren se le acercó, se aferró al brazo del joven para sostenerse. Por un momento, lo sacudió el espasmo de un sollozo ronco. —Está hecho —dijo—. Todo ha pasado.

—Hecho está, mi amado señor. Es tiempo de volver.

—Sí. Es tiempo de volver a casa.

Ged daba la impresión de un hombre aturdido o exhausto. Descendió el curso del río siguiendo a Arren, tropezando, avanzando con penosa lentitud entre las rocas y los pedregones. Arren no se apartaba de él. En las riberas bajas del Río Seco, donde el suelo era menos escarpado, se volvió un momento a mirar el camino por el que habían venido, la larga pendiente informe que subía hacia las tinieblas. En seguida reanudó la marcha.

Ged no hablaba. Tan pronto como se detuvieron, se había dejado caer sobre una roca de lava, agotado.

Arren sabía que el camino por el que había venido estaba cerrado para ellos. La alternativa era seguir adelante. Tenían que continuar,

continuar hasta el fin. Ni siquiera demasiado lejos es bastante lejos, pensó. Alzó los ojos hacia los picachos oscuros, fríos y silenciosos contra las estrellas inmóviles, terribles; y una vez más la voz irónica, burlona de su voluntad habló en él, implacable: «¿Te detendrás a mitad de camino, Lebannen?».

Se acercó a Ged y le dijo con dulzura: —Es preciso que continuemos, mi señor.

Ged no respondió, pero se puso en pie.

—Tendremos que ir por las montañas, me parece.

—Tu camino, hijo —dijo Ged en un ronco murmullo—. Ayúdame.

Empezaron a caminar, remontando las pendientes de polvo y escoria que penetraban en las montañas; Arren ayudaba a su compañero lo mejor que podía. En la negra oscuridad de las curvas y gargantas, tenía que buscar a tientas el camino, y no le era fácil sostener a Ged al mismo tiempo. Caminar era difícil, un tropezar constante, pero cuando tuvieron que trepar y gatear por las pendientes cada vez más abruptas fue todavía más difícil. Las rocas eran ásperas, y les quemaban las manos, como hierro al rojo. Sin embargo hacía frío, más y más frío a medida que ascendían. Era un tormento tocar aquella tierra. Quemaba como brasas encendidas: un fuego ardía dentro de las montañas. Pero el aire era siempre frío, siempre oscuro. Ni un solo ruido. Ni un soplo de viento. Las rocas erizadas se quebraban bajo las manos, cedían bajo los pies. Negros, cortados a pico, los espolones y los abismos se alzaban delante de ellos y se precipitaban junto a ellos en la oscuridad. Atrás, abajo, el reino de los muertos se perdía en las sombras. Adelante, arriba, los picos y las rocas se alzaban contra las estrellas. Y nada se movía a todo lo largo y lo ancho de aquellas montañas negras, excepto las dos almas mortales.

Ged, deshecho de fatiga, trastabillaba a cada paso, o perdía pie. Le costaba respirar, y cuando sus manos tropezaban con las rocas, ahogaba un grito de dolor. Oyéndolo, a Arren se le encogía el ánimo. Trataba de impedir que se cayera. Pero a menudo el sendero era demasiado angosto para que pudieran avanzar juntos, y Arren tenía que adelantarse a estudiar el terreno. Y al fin, en una ladera que trepaba abrupta hasta las estrellas, Ged resbaló y cayó de bruces, y no volvió a levantarse.

—Mi señor —dijo Arren, arrodillándose junto a él, y luego dijo su nombre—: Ged.

Ged no respondió ni se movió.

Arren lo alzó en brazos y así lo llevó cuesta arriba por la escarpada ladera. Ésta culminaba en un trecho de terreno llano, y allí Arren puso a Ged en el suelo, y se dejó caer junto a él, exhausto y dolorido, sin ninguna esperanza. Aquélla era la cima del desfiladero entre los dos picos negros, la que con tanto esfuerzo había tratado de

alcanzar. Aquél era el paso, y el fin. Imposible ir más allá. El extremo de la meseta era el borde cortante de un acantilado: más allá continuaban las tinieblas, y las estrellas colgaban pequeñas e inmóviles en el abismo negro del cielo.

La tenacidad puede sobrevivir a la esperanza. Arren avanzó arrastrándose, en cuanto pudo hacerlo. Se asomó por encima del filo de oscuridad. Y allá abajo, sólo un corto trecho más abajo, vio la playa de arena de marfil; las olas blancas y ambarinas se encrespaban y rompían en espuma contra ella, y más allá del mar el sol se ponía en una bruma de oro.

Arren volvió a la oscuridad. Volvió atrás. Alzó a Ged lo mejor que pudo, y con él en brazos avanzó penosamente hasta que le flaquearon las fuerzas y no pudo dar un paso más. Allí todo cesó: el dolor y la sed, y la oscuridad, y la luz del sol, y el ruido de las rompientes marinas.

13. La Piedra del Dolor

Cuando Arren despertó, una niebla gris ocultaba el mar y las dunas y las colinas de Selidor. Las rompientes emergían de la niebla murmurando en un trueno contenido y se retiraban siempre murmurando. Había marea alta, y la playa era mucho más angosta que cuando llegaran allí por primera vez: las últimas espumas de las olas lamían la mano izquierda extendida de Ged, que yacía de cara sobre la arena.

Tenía las ropas y los cabellos empapados, y las ropas heladas se le pegaban al cuerpo, como si una ola al menos hubiese caído sobre él. Del cuerpo sin vida de Araña no había rastros. Tal vez el oleaje lo había arrastrado al mar. Pero detrás de Arren, cuando volvió la cabeza, el cuerpo de Orm Embar, enorme y borroso en la niebla, se alzaba como una torre en ruinas.

Arren se levantó, tiritando; a duras penas podía mantenerse en pie, a causa del frío, del entumecimiento, y de esa debilidad y ese mareo que se sienten cuando uno ha estado acostado largo tiempo. Se tambaleaba como un borracho. En cuanto pudo mover las piernas, se acercó a Ged, y consiguió arrastrarlo un poco más arriba, fuera del alcance de las olas, pero eso fue todo cuanto pudo hacer. Muy frío, muy pesado le pareció el cuerpo de Ged; había cruzado con él en brazos la frontera de la muerte hacia la vida, aunque tal vez en vano. Puso el oído contra el pecho de Ged, pero no pudo dominar el temblor de sus propios miembros y el castañeteo de sus dientes. Se levantó otra vez, y trató de patear con fuerza para darse un poco de calor; y finalmente, temblando y arrastrándose como un viejo, partió en busca de las alforjas. Las habían dejado a la orilla de un arroyuelo que bajaba desde la cresta de las colinas, mucho tiempo atrás, cuando descendieron hasta la casa de huesos. Era el arroyo lo que estaba buscando, porque no pensaba en otra cosa que en agua, en agua dulce.

Antes de lo que esperaba llegó al arroyo, allí donde descendía hacia la playa serpeando laberíntico y se ramificaba como un árbol de plata para volcarse en la orilla del mar. Allí se dejó caer de bruces y bebió, con la cara y las manos sumergidas en el agua, sorbiendo el agua con la boca y con la mente.

Se irguió al fin, y en ese momento vio del otro lado del arroyo, enorme, un dragón.

La cabeza —color de hierro, moteada como por una herrumbre rojiza alrededor de los ollares, las órbitas y la quijada— colgaba frente a él, casi sobre él. Las zarpas se hundían profundamente en la blanda arena húmeda de la orilla del arroyo. Las alas, replegadas y visibles en parte, eran como velas, pero el largo cuerpo oscuro se perdía en la

bruma.

No se movía. Podía haber estado agazapado allí hacía horas, años, o siglos. Estaba tallado en hierro, modelado en piedra… pero los ojos, esos ojos que Arren no se atrevía a mirar, los ojos como de aceite girando sobre agua, como un humo amarillo detrás de un vidrio, esos ojos opacos, profundos y amarillos observaban a Arren.

No había nada que pudiera hacer; de modo que se levantó. Si el dragón quería matarlo, lo mataría; y si no, iría y trataría de socorrer a Ged, si aún era posible socorrerlo. Se levantó y echó a andar cuesta arriba por la orilla del riacho, en busca de las alforjas.

El dragón no hizo nada. Acurrucado e inmóvil, observaba a Arren. Arren encontró las alforjas, llenó los dos odres en el arroyo, y a través de la arena volvió al sitio en que dejara a Ged. Apenas se hubo alejado unos pocos pasos del arroyo, el dragón desapareció en la espesura de la niebla.

Le dio agua a Ged, pero no consiguió reanimarlo. Yacía inerte y frío, la cabeza pesada en el brazo de Arren. El rostro cetrino tenía un color grisáceo, y la nariz, los pómulos y la antigua cicatriz parecían sobresalir en la cara, inflamados. Hasta el cuerpo estaba quemado, y enflaquecido, como consumido en parte.

Arren permaneció sentado sobre la arena húmeda, la cabeza de su compañero sobre las rodillas. La niebla era una esfera vaga y flotante alrededor de ellos, más ligera sobre sus cabezas. En medio de esa niebla, en alguna parte, estaba el dragón muerto, Orm Embar, y el dragón vivo esperando a la orilla del arroyo. Y en algún lugar, en la orilla opuesta de Selidor, estaba la barca *Miralejos*, vacía de provisiones, en otra playa. Y más allá el mar, hacia el este. Trescientas millas quizá hasta cualquier otra isla del Confín del Poniente; mil hasta el Mar Interior. Una larga travesía. «Tan lejos como Selidor», solían decir en Enlad. Las viejas historias que se contaban a los niños, los mitos, comenzaban así: «Había una vez, en tiempos tan remotos como la eternidad, y en tierras tan lejanas como Selidor, un príncipe…».

Él era el príncipe; pero en los viejos cuentos, eso era el comienzo; y esto parecía ser el fin.

Sin embargo, no estaba abatido. Aunque muy cansado, y afligido por su compañero, no sentía la más mínima amargura, ningún pesar. Sólo que ya no había nada más que hacer. Estaba todo hecho.

Tan pronto como recobrara las fuerzas, pensó, probaría suerte en la pesca de aguas bajas con la línea que llevaba en la alforja; porque una vez saciada la sed, había empezado a sentir la mordedura del hambre, y los víveres, excepto un paquete de pan duro, se habían agotado. Y ese pan él no lo tocaría, porque si lo remojaba y lo ablandaba en agua, podría tal vez conseguir que Ged comiese un poco.

Y eso era todo cuanto le quedaba por hacer. Más allá, no veía nada: lo cercaba la bruma.

Buscó a tientas en sus bolsillos, allí, acurrucado junto a Ged en la niebla, para ver si tenía algo que pudiera serle útil. En el bolsillo de la túnica encontró un objeto duro, de bordes afilados. Lo sacó y lo miró, perplejo. Era una piedra pequeña, negra, porosa y dura. Estuvo a punto de tirarla. Luego sintió en la mano las aristas filosas, ásperas y quemantes, sintió el peso, y supo qué era: un trocito de roca de las Montañas del Dolor. Se lo había metido en el bolsillo mientras trepaba o cuando se arrastraba con Ged a cuestas hacia el borde del desfiladero. La sostuvo en la mano, esa cosa inmutable, la Piedra del Dolor. Cerró la mano, y la apretó. Y sonrió entonces, una sonrisa que era a la vez sombría y jubilosa, conociendo, por primera vez en su vida, allá en el confín del mundo, a solas, y sin nadie que lo alabara, el sabor de la victoria.

Las nieblas se disipaban y dispersaban. A lo lejos, a través de ellas, vio brillar el sol sobre la Mar Abierta. Las dunas y las colinas aparecían y desaparecían, incoloras y agrandadas por los velos de niebla. La luz del sol brilló de pronto sobre el cuerpo de Orm Embar, magnífico en la muerte.

El dragón de hierro negro continuaba agazapado, inmóvil en la otra orilla del arroyo.

Pasado el mediodía, el sol brilló más luminoso y cálido, ahuyentando los últimos celajes de bruma. Arren se quitó las ropas mojadas, las puso a secar, y caminó desnudo, llevando sólo el cinto y la espada. Puso a secar también las ropas de Ged, pero aunque un baño agradable y reparador de calor y de luz caía sobre él, Ged no reaccionaba.

Se oyó un ruido, como de metal frotado contra metal, el chasquido de espadas que se cruzan. El dragón color de hierro se había levantado sobre las patas combadas. Se puso en marcha y cruzó el arroyo, arrastrando el largo cuerpo por la arena con un suave siseo.

Arren vio las arrugas de las articulaciones de la escápula, la malla de los flancos desgarrados y escarados como la armadura de Erreth-Akbé, y los largos dientes romos y amarillentos. En todo esto, y en los movimientos seguros, mesurados, y en la calma profunda y aterradora que envolvía a la criatura, Arren adivinó los signos de la edad: una edad inmemorial, incalculable. Así pues, cuando el dragón se detuvo a pocos pasos de donde yacía Ged, Arren, de pie entre los dos, dijo en hárdico, porque no conocía el Habla Arcana: —¿Eres tú, Kalessin?

El dragón no respondió, pero pareció sonreír. Luego, bajando la enorme cabeza y estirando el cuello, miró a Ged, y dijo su nombre.

La voz del dragón era enorme, y suave, y olía como una fragua.

Habló otra vez, y una vez más; y a la tercera, Ged abrió los ojos.

Al cabo de un momento intentó incorporarse. Arren se arrodilló y lo sostuvo. Entonces Ged habló. —Kalessin —dijo—, *¡senvannisai'n ar Roke!* —Y quedó sin fuerzas; apoyó la cabeza en el hombro de Arren y cerró los ojos.

El dragón no contestó. Volvió a agacharse, inmóvil como antes. La niebla reapareció, velando el sol que descendía hacia el mar.

Arren se vistió y envolvió a Ged en el capote. Tenía la intención de llevar a su compañero un poco más arriba, hasta el suelo más alto y seco de las dunas, pues la marea, que se había retirado a lo lejos, refluía otra vez, y él empezaba a recobrar las fuerzas.

Pero cuando se inclinaba para levantar a Ged, el dragón extendió una enorme pata acorazada hasta casi tocarlo. Las zarpas de esa pata eran cuatro, con un espolón trasero, como la pata de un gallo, pero éstos espolones eran de acero, largos como guadañas.

—*¡Sobriost!*—dijo el dragón, como un viento de enero a través de cañaverales.

—Deja en paz a mi señor. Salvándonos a todos, ha consumido sus energías, y quizá su vida misma. ¡Déjalo en paz!

Así habló Arren, vehemente e imperioso. Estaba harto de temores y terrores. Los había sufrido en demasía y no los soportaría nunca más. El dragón lo enfurecía, su enormidad lo exasperaba, su fuerza bestial, esa ventaja injusta. Él había conocido la muerte, el sabor de la muerte: ya ninguna amenaza tenía poder sobre él.

El viejo dragón Kalessin lo espió con un ojo rasgado, terrible, dorado. Había siglos, eones, en ese ojo de mirada insondable que albergaba la aurora del mundo. Y aunque Arren no lo miraba, sabía que la criatura lo contemplaba con una profunda y mansa hilaridad.

—*Arw sobriost* —dijo el dragón, y los herrumbrados ollares se le dilataron, y el fuego contenido y sofocado chisporroteó.

Arren, que sostenía a Ged por las axilas, y que se disponía a levantarlo cuando el movimiento del dragón lo detuvo, sintió que la cabeza de Ged giraba lentamente, y oyó su voz: —Eso significa: montad aquí.

Por un instante Arren no se movió. Todo aquello era descabellado. Pero ahí estaba la enorme pata con sus zarpas, posada delante de él como un escalón; y más arriba, la curvatura del codo; y más arriba aún la protuberancia de la escápula y la musculatura del ala, allí donde emergía de la clavícula: cuatro peldaños; una escalera. Y allí, entre el nacimiento de las alas y la primera púa de hierro del acorazado espinazo, en el hueco de la nuca, había sitio suficiente para que un hombre se sentase a horcajadas, o dos hombres. Si estaban locos, y desesperados, y dejaban de pensar.

—¡Montad! —dijo Kalessin en la Lengua de la Creación.

Y Arren se irguió y ayudó a su compañero a mantenerse en pie.

Ged levantó la cabeza, y guiado por los brazos de Arren subió aquellos extraños escalones. Los dos se sentaron a horcajadas en el áspero y acorazado hueco de la nuca del dragón, Arren atrás, listo para sostener a Ged en caso necesario. Los dos sintieron que un calor entraba en ellos, un calor benéfico como el del sol. La vida ardía como fuego bajo aquella armadura de hierro.

Arren advirtió que la vara de tejo del mago había quedado enterrada a medias en la arena; el mar trepaba hacia ella y se la llevaría. Intentó apearse para ir a buscarla, pero Ged lo retuvo. —Déjala. He consumido en ese seco manantial toda mi magia, Lebannen. Ya no soy mago ahora.

Kalessin volvió la cabeza y los miró de soslayo. La antigua risa persistía en la mirada del dragón. Si era macho o hembra, nadie podía decirlo; lo que Kalessin pensaba, nadie podía saberlo. Lentamente desplegó las alas. No eran doradas como las de Orm Embar, sino rojas, oscuras, como la herrumbre o la sangre o como la seda púrpura de Lorbanería. El dragón alzó las alas, con cuidado, para no golpear a los minúsculos jinetes, y tomó impulso irguiéndose sobre las grandes ancas, y saltó al aire como un gato, y las alas se abatieron y los transportaron por encima de la niebla que flotaba sobre Selidor.

Batiendo con esas alas purpúreas el aire del anochecer, Kalessin giró por encima de la Mar Abierta, y se volvió hacia el este, y voló.

Cierto día de verano, sobre la isla de Ully, se vio volar a poca altura un enorme dragón, y más tarde en Usidero, y en el norte de Ontuego. Aunque los dragones son temidos en el Confín de Poniente, pues los pobladores los conocen demasiado bien, después que éste hubo pasado, y cuando los aldeanos salieron de sus escondites, quienes lo habían visto decían: —No han muerto, como creíamos, todos los dragones. Tal vez tampoco los hechiceros. En ese vuelo había por cierto un gran esplendor, quizá fuera el Patriarca.

Dónde Kalessin se posaba cuando bajaba a tierra, nadie lo sabía. En las islas lejanas hay junglas, hay colinas agrestes que pocos hombres han visitado alguna vez, y en las que hasta el descenso de un dragón puede pasar inadvertido.

Pero en las Noventa Islas hubo gritería y alboroto. Los hombres cruzaban en sus barcas los canales entre las pequeñas islas, hacia el oeste, gritando: —¡Escondeos! ¡Escondeos! ¡El Dragón de Pendor ha roto el juramento! ¡El Archimago ha perecido y el Dragón viene a devorarnos!

Sin posarse, sin mirar hacia abajo, la enorme culebra color de hierro voló sobre las pequeñas islas, las aldeas y las alquerías, sin molestarse siquiera en echar un eructo de fuego por tan poca cosa. Así pasó sobre Geath y sobre Serd, y cruzó los estrechos del Mar Interior, y llegó a la vista de Roke.

Jamás en la memoria humana, y casi nunca en la memoria de la leyenda, había desafiado un dragón los muros visibles e invisibles de esa bien defendida isla. Éste, sin embargo, no vaciló, y con un batir de alas lento, acompasado, sobrevoló la costa occidental de Roke y las aldeas y los prados, hasta la colina verde que se alza en el centro del burgo de Zuil. Allí descendió al fin, lentamente, y alzó las alas rojas y las replegó, y se posó en la cima del Collado de Roke.

Los muchachos salieron corriendo de la Casa Grande. Nada hubiera podido retenerlos. Pero fueron menos rápidos que sus Maestros, y no los primeros en alcanzar el Collado. Cuando llegaron, ya estaba allí el Maestro de Formas, que había venido del Boscaje, los rubios cabellos brillantes al sol. Con él estaba el Transformador, que había regresado dos noches antes bajo el aspecto de una gaviota, con un ala caída y exhausto; largo tiempo sus propios encantamientos lo habían tenido aprisionado en la forma de esa ave marina, y no pudo recobrar la suya hasta que entró en el Boscaje, la noche en que se restableció el Equilibrio y lo que estaba roto volvió a unirse. El Invocador, frágil y demacrado, que había abandonado el lecho el día anterior, también estaba allí, junto con el Portero. Y los otros Maestros de la Isla de los Sabios.

Vieron desmontar a los jinetes, uno ayudando al otro. Vieron cómo miraban alrededor con una extraña expresión de contento, de desazón y asombro. El dragón agachado permaneció como una piedra mientras ellos bajaban del lomo y se detenían a un lado. Volvió un poco la cabeza cuando el Archimago le habló, y le respondió brevemente. Los que asistían a la escena vieron la mirada oblicua del ojo amarillo, fría y risueña. Los que comprendían le oyeron decir: —He traído al joven rey a su reino, y al anciano a su tierra.

—Todavía falta un poco, Kalessin —replicó entonces Ged—. Yo no he llegado aún adonde tengo que ir.

Miró un momento, allá abajo, los tejados y las torres de la Casa Grande a la luz del sol, y pareció que una sonrisa le asomaba a los labios. Luego se volvió hacia Arren, que estaba de pie, alto y esbelto, las ropas gastadas y no del todo seguro sobre sus piernas, fatigado tras la larga cabalgata y desconcertado por todo lo que había ocurrido. A la vista de todos, Ged se arrodilló ante él, las dos rodillas en tierra, e inclinó la encanecida cabeza.

Luego se levantó y besó al joven en la mejilla diciendo: —Cuando llegues a tu trono en Havnor, mi señor y amado compañero, gobierna por muchos años, y bien.

Miró de nuevo a los Maestros y a los jóvenes hechiceros y a los muchachos y a la gente de la villa congregada en las laderas y al pie del Collado. Tenía una expresión serena y en sus ojos brillaba algo semejante a la risa de los ojos de Kalessin. Dando media vuelta, montó

otra vez por la pata y la escápula del dragón, y se sentó en el arzón sin riendas, entre las grandes crestas de las alas, sobre la nuca del dragón. Las alas rojas se alzaron con un tamborileo, y Kalessin, el Patriarca, saltó hacia el aire. Un fuego le brotó de las fauces, y batió las alas con un ruido de trueno y viento huracanado. Voló otra vez alrededor de la colina, y se alejó volando, hacia el norte y el este, hacia la región de Terramar donde se alza la isla montañosa de Gont.

El Portero, sonriendo, dijo: —Ha concluido su tarea. Vuelve a casa.

Y todos siguieron con la mirada el vuelo del dragón entre la luz del sol y el mar hasta que se perdió de vista.

Cuenta la *Gesta de Ged* que el que fuera Archimago asistió a la Coronación del Rey de Todas las Islas en la Torre de la Espada de Havnor, en el corazón del mundo. Dice el Cantar que cuando la ceremonia de la coronación concluyó, y comenzaron los festejos, se alejó del bullicio de las gentes y se encaminó a solas al puerto de Havnor. Allí, sobre las aguas, castigada por las tempestades y carcomida por la intemperie de los años, se mecía una barca; no tenía vela y estaba vacía. Ged la llamó por su nombre, *Miralejos*, y ella acudió a la llamada. Bajando a la barca desde el muelle, Ged volvió la espalda a la tierra, y sin viento ni vela ni remo la barca se hizo a la mar, alejándolo del abrigo protector del puerto, hacia el oeste por entre las islas, hacia el oeste a través del mar; y nada más se supo de él.

Pero en la Isla de Gont narran la historia de otra manera, diciendo que el mismo Rey Lebannen fue en busca de Ged para llevarlo a la coronación. Mas no lo encontró en Gont ni tampoco en Re Albí. Nadie supo decirle dónde podía estar, sólo que había partido a pie hacia los bosques de la montaña. Lo hacía con frecuencia, dijeron, y no volvía en muchos meses, y ningún hombre conocía los caminos de su soledad. Algunos ofrecieron ir a buscarlo, pero el Rey lo prohibió, diciendo: «Él gobierna en un reino más grande que el mío». Y se fue de la montaña, y embarcó en una nave, y regresó a Havnor para ser coronado.